HILAIRE BELLOC

LA REVOLUCION FRANCESA



EDITORIAL HUEMUL, S. A.
SANTA FE 2237 - BUENOS AIRES

Título del original en inglés:
The French Revolution

Versión castellana de
SYLVIA M. ZULETA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Santa Fe 2237, Buenos Aires

Impreso en la Argentina

INDICE

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO I

LA TEORIA POLITICA DE LA REVOLUCION

La teoría política que sirvió de fundamento a la Revolución ha sido puesta en ridículo, sobre todo en Inglaterra, por local, por efímera, y por falaz. Es, en cambio, universal, es eterna, y es verdadera.

Puede resumírsela así: que una comunidad que aspira a la soberanía, es decir, que aspira al derecho moral de defender su existencia frente a todas las demás comunidades, deriva la autoridad civil y temporal de sus leyes, no de sus gobernantes efectivos, y ni siquiera de su magistratura, sino de sí misma.

Pero la comunidad no puede manifestar su autoridad a menos que posea *iniciativa orgánica;* es decir, a menos que la masa de sus unidades componentes logre combinarse para alcanzar una expresión común, que tenga conciencia de una voluntad común, y que tenga algo en común, capaz de hacer que el conjunto sea realmente soberano.

Es posible que esta facultad de iniciativa orgánica y de expresión común esté vedada a los hombres. De ser así no puede decirse que exista comunidad soberana alguna. De ser así "patriotismo", "opinión pública", "genio de un pueblo", son expresiones sin sentido. Pero la raza humana en todas

las épocas y en todos los lugares ha aceptado que tales expresiones tienen sentido, y la idea de que una comunidad pueda vivir, ordenarse y ser ella misma, es una idea humana tan afín a la naturaleza del hombre como su sentido del bien y del mal; es una parte mucho más íntima de esa naturaleza que los accidentes comunes que determinan la vida humana, tales como la alimentación, la reproducción o el reposo: más íntima aún que todo lo que se relacione con el cuerpo.

Esta teoría de la moral política, si bien expuesta a una ilimitada degradación en la práctica, subyace la argumentación de todo hombre que pretenda considerar la conducción del Estado como un asunto que afecta la conciencia de los ciudadanos. En ella se apoya toda protesta contra la tiranía y toda denuncia de agresión extranjera.

Aun el más enamorado de cualquier mecanismo para el gobierno de los hombres, el que considera la función sacramental de un monarca hereditario, el carácter orgánico de una oligarquía autóctona, el procedimiento automático de elección por mayorías, o aun, en caso de crisis, la intensa convicción y, por tanto, la intensa actividad y el poder decisivo de las multitudes, como saludables para el Estado, acudirá invariablemente, cada vez que alguno de estos mecanismos le fracase en el logro de lo que desea para su país, a la doctrina de una comunidad en última instancia soberana. Aducirá quejoso que, si bien una elección ha derrotado su ideal, sin embargo la auténtica tradición nacional y el auténtico sentimiento nacional estaban de su lado. Si defiende la conducta de una oligarquía local contra los jefes de la plebe, lo hace mediante la explicación (más o menos explícita) de que la oligarquía es

más verdaderamente nacional, más verdaderamente comunal, que la opinión manipulada de la que han sido portavoces los demagogos (como los llamará). Aun al reprochar a quienes critican o restringen los poderes de un monarca hereditario, el partidario de esa monarquía aducirá que sus adversarios realizan una acción antinacional, anticomunal; en una palabra, ningún hombre cuerdo puede disputar, en cuestiones temporales y civiles, la autoridad definitiva de aquello que se considera (¡mas qué difícil es definirlo!) el sentido cívico general que es el fundamento del Estado.

Estas palabras, "civil" y "temporal", deben conducir al lector a la siguiente consideración; la de que la autoridad última no reside ni siquiera en la comunidad.

Todos los que hayan reflexionado sobre su propia naturaleza y sobre la de sus semejantes deben reconocer que la autoridad última en cualquier acto es Dios. O si el nombre de Dios resultara insólito en un libro inglés de esta época, la defectuosa frase que lo reemplaza para muchos: el "sentido moral".

De manera que si en algún paraje abandonado diera con sus huesos un grupo de familias tan depravadas o tan desvalidas que, contra las enseñanzas de su propia conciencia, y a sabiendas de que lo que hacen es lo que llamamos *mal*, convienen sin embargo en hacerlo, de común acuerdo, entonces ese pacto, aunque no pueda por cierto invocarse en su contra ninguna autoridad civil o temporal, es sin duda injustificable. Resta todavía una autoridad más alta. Esto sería aun más evidente si sobre un total de, digamos, doce, siete resolvieran (a sabiendas de estar obrando mal) a favor del acto malo, cinco se inclinaran por el bien, y se afirmase no

obstante que la mayoría formada por los siete constituye fundamento bastante para la perversa decisión.

Pero debe tenerse en cuenta que este axioma rige solamente cuando la autoridad de la ley moral (o de Dios, como preferiría decir el autor, con la venia de los lectores) es a la vez reconocida e infringida. Si esas doce familias creen sinceramente que semejante conducta general es buena, entonces su autoridad, al llevarla a la práctica, no es sólo una autoridad civil y temporal, sino que es una autoridad absoluta en todos los respectos; y además, si sometida la cuestión a votación una ínfima mayoría, o ni siquiera una mayoría sino por lo menos una corriente decisiva de opinión —decisiva por su peso y su intensidad, además del factor numérico— declara la bondad de determinada acción, entonces esa opinión decisiva otorga a la resolución una autoridad política no sólo civil y temporal sino también absoluta. Por detrás y por encima de ella no hay recurso.

En otras palabras, los hombres podrán con justicia condenar, y con justicia lo han hecho en mil oportunidades, la teoría de que una mera decisión de la mayoría de la comunidad es por necesidad moralmente recta. Desde luego es evidente de toda evidencia que si una comunidad decide en un sentido, y otra, igualmente soberana, decide en el sentido opuesto, no pueden ambas tener razón. También han protestado los hombres razonantes, y con justicia, contra la doctrina según la cual una mayoría numérica o aun (lo que es todavía más convincente) la totalidad de una comunidad, puede ordenar algo que no sólo esté mal, sino que esté más allá de la autoridad de esa comunidad, puesto que, aunque posea

autoridad civil y temporal, actúa en contra de esa autoridad última que es su propia conciencia del bien. Los hombres pueden protestar y de hecho protestan justamente contra la doctrina de que una comunidad es incapaz de hacer deliberadamente el mal; es tan capaz de hacerlo como lo es un individuo. Pero los hombres no niegan ni pueden negar en lugar alguno que cuando la comunidad actúa de acuerdo con lo que considera recto, es en última instancia soberana: contra una verdad tan luminosa no hay alternativa.

Aceptemos, pues, como indudable que en lo que se refiere al gobierno civil la comunidad es suprema, aunque más no sea por la simple razón de que ningún órgano dentro de la comunidad puede acreditar el derecho de resistir la voluntad colectiva una vez que esta voluntad colectiva se haya expresado.

Todos los argumentos que se aducen en contra de este axioma primario de la ética política resultan, a poco que se los analice, nacidos de una confusión mental. Por ejemplo, dirá alguno: "Esta doctrina llevaría a mi país a abandonar su soberanía sobre aquella otra nación, pero si yo consintiera en esto, estaría debilitando a mi país, al cual debo permanecer fiel". Pero la doctrina no lo obliga a incurrir en semejante dislate. La comunidad a la que pertenece está facultada para salvaguardar su seguridad, y obligada a preservar su propia vida. Corresponde a los oprimidos protestar y rebelarse.

De igual modo, los hombres creen que esta doctrina choca de alguna manera contra la inercia y la imbecilidad que de hecho exhiben los hombres en su acción colectiva. No hay tal cosa. Esa inercia, esa imbecilidad, y todas las demás fallas que limitan la aplicación de la doctrina, de ningún modo

enervan su racionalidad, así como el hecho de que el lenguaje de todos los hombres sea imperfecto no contradice el principio de que el hombre tiene el derecho moral de expresarse. El que un sordomudo no pueda hablar, sino que tenga que escribir, en manera alguna contradice, sino que demuestra la verdad de que el lenguaje es el modo primario de expresión del hombre; y de igual modo la existencia de una comunidad radicalmente incapaz de expresar su voluntad colectiva no contradice sino que demuestra la regla general de que tal expresión y la imposición de tales decisiones son normales para la humanidad. La rareza misma del contraste entre lo anormal y lo normal nos ayuda en nuestra decisión, y cuando vemos a un pueblo conquistado y no persuadido, pero que no intenta rebelarse, o a un pueblo libre de opresión extranjera pero azorado ante la perspectiva de tener que gobernarse, la rareza del fenómeno prueba la validez de nuestra regla.

Pero aunque todo esto sea verdad, se alza frente a la afirmación de nuestro axioma político, no una contradicción, sino una crítica; y todos los hombres que saben algo de sus semejantes y de sí mismos admiten sin vacilar, *primero*, que la psicología de la acción colectiva difiere esencialmente de la psicología de la acción individual, y *segundo*, que en proporción al número, a las discusiones, a la falta de intimidad, y en general a los conflictos entre los muchos, la acción colectiva de una comunidad, la autorrelación colectiva y la imposición de una voluntad colectiva, oscilan entre lo difícil y lo imposible.

Sobre esto no hay necesidad de malgastar palabras. Todos los hombres que razonan y que observan convienen en que, a medida que aumentan

la distancia, al número y a la complejidad, se vuelve más difícil la autoexpresión de la comunidad. En un pueblo vivaz tendremos quizás expresiones de voluntad popular, violentas, agudas y ciertamente reales; pero raras. Podremos tratar de obtener de un pueblo más apático algún reflejo de la voluntad popular mediante un mecanismo permanente de representación que haga posible, quizás en menor medida que cualquier otro, la auténtica expresión de una gran comunidad. Podremos apoyarnos en la simpatía nacional de una aristocracia o de un rey. Pero en todo caso sabemos que las comunidades grandes sólo pueden expresarse de manera indirecta e imperfecta en lo que atañe al gobierno permanente de sus intereses colectivos. Debemos satisfacer nuestra adhesión, que puede ser apasionada, a los derechos de la voluntad común, ya pidiendo una federación libre de pequeños estados autónomos, ya exponiendo el gobierno central de estados grandes a insurrecciones ocasionales y a violentas expresiones colectivas de opinión, que reajustarán las relaciones entre el gobernante y los gobernados.

Todo esto es verdad: pero semejante crítica de la teoría de ética política en que se apoyaba la Revolución, la teoría de que la comunidad es soberana, no importa una contradicción. Nos dice solamente que el derecho puro no puede operar sin impedimento alguno en los asuntos humanos, y que bajo ciertas condiciones actúa más dificultosamente que en otras: pero no otorga ni un ápice de validez a ninguna otra tesis [1].

[1] No merece la pena perder el tiempo con aquellos que hablan de que tal o cual forma de gobierno es buena porque "funciona". El empleo de semejante lenguaje revela

Tal es la teoría general de la Revolución a la cual Juan Jacobo Rousseau, con su dominio perfecto de la lengua francesa, dio expresión imperecedera en ese libro que por su estilo y su rigor lógico puede compararse a una exacta y resistente obra de ingeniería. Lo llamó el *Contrato Social*, y se convirtió en la fórmula del credo revolucionario. Pero aunque ningún hombre, quizás, haya expresado tan bien la verdad primaria de la ética política, esa verdad es tan vieja como el mundo; aparece en la retórica apasionada de mil conductores, y ha orientado o se ha entretejido en las leyes de innumerables estados libres. En lengua inglesa la Declaración de Independencia es quizás su expresión más noble. Y si bien este documento fue posterior a la gran obra de Rousseau y (mediante el genio de Jefferson) descendió en parte de ella, su lenguaje,

incapacidad para el esfuerzo mental. ¿Qué se entiende, en efecto, por "funcionar", es decir, acción exitosa, en cualquier terreno que fuere? El logro de determinados fines en ese terreno. ¿Cuáles son esos fines en el Estado? Si se reducen al bienestar material, habrá que dejar de hablar de patriotismo, de la nación, de la opinión pública y de todos los demás tópicos que, como bien sabemos, han sido siempre y serán siempre considerados por los hombres como asuntos de supremo interés público. Si la finalidad no es el bienestar material, sino una sensación de libertad política y el poder del ciudadano de influir sobre el Estado, entonces decir que una institución "funciona" aunque aparentemente no sea democrática, equivale simplemente a decir que bajo tales y cuales condiciones esa institución logra los fines de la democracia en la mayor medida posible. En otras palabras, contrastar el buen "funcionamiento" de una institución superficialmente no democrática con la teoría democrática es algo que carece de sentido. La institución "funciona" en la medida en que satisface aquella aspiración política que la democracia perfecta, si fuera alcanzable, satisfaría completamente.

y aun más las acciones de quienes la redactaron y la defendieron, bastan para explicar lo que quiero decir a mis lectores de habla inglesa.

Ahora bien, con esta teoría general se vinculan por una parte ciertos grandes principios sin los cuales carecería de sentido, y por la otra varios puntos de menor importancia que conciernen meramente a la mecánica de la política. Aquéllos son vitales para la democracia. Estos, pese a su gran popularidad en la época de la Revolución, y al hecho de haber sido sancionados por la Revolución, diré más, pese a su universalidad a partir de la Revolución, nada tienen que ver en realidad con la teoría revolucionaria en sí.

A la primera categoría pertenece típicamente la doctrina de la igualdad de los hombres; a la segunda, el simple mecanismo denominado "representativo".

La doctrina de la igualdad de los hombres es una doctrina trascendente: un "dogma", como llamamos a tales doctrinas en el campo de la religión trascendental. No corresponde a ninguna realidad física que podamos aprehender, y difícilmente se la puede siquiera esbozar mediante metáforas tomadas de objetos físicos. Podemos tratar de racionalizarla diciendo que lo que tienen en común todos los hombres no es *más* importante sino *infinitamente más* importante que los accidentes que los distinguen. Podemos comparar los atributos humanos a medidas tridimensionales, y los atributos personales a medidas bidimensionales; podemos decir que todo aquello que tiene el hombre en virtud de su propia naturaleza es el patrón humano, y podemos mostrar que en todas estas cosas los hombres son potencialmente iguales. Ninguna de estas metáforas explica

el problema; menos aún satisface ninguna de ellas los reclamos de aquellos para quienes el dogma puede resultar incomprensible.

Estos últimos pueden alcanzar la verdad de la doctrina mediante un razonamiento negativo. Si los hombres *no* son iguales entonces ningún esquema jurídico, ningún acto de justicia, ningún impulso de indignación humana, ninguna exaltación de solidaridad, tiene sentido alguno. La doctrina de la igualdad de los hombres, como muchas de las grandes doctrinas trascendentales, es de las que pueden demostrarse por los resultados que derivarían de su ausencia. Está en los hombres creer en ella, y todas las sociedades con vitalidad creen en ella.

Ciertamente no está al alcance de los hombres demostrar la doctrina de la igualdad salvo, como he dicho, en forma negativa; pero no se requiere una inteligencia excepcional para percibir que, desaparecida esa doctrina, desaparece la idea de libertad política y del derecho moral de las comunidades de gobernarse a sí mismas. Ahora, creer positivamente, ardientemente en esa doctrina, y lanzarse a una cruzada religiosa para imponerla, era típicamente francés. Se necesitaba el peculiar y atávico temperamento religioso francés, que a lo largo de los siglos había ido captando y definiendo nota tras nota en el carácter del hombre, para enamorarse de esta definición y para sentirla no en el intelecto, sino, por así decirlo, en los huesos. Por ella se hicieron soldados, y su gigantesca marcha por toda Europa, que podría muy bien parangonarse con sus aventuras del siglo doce, cuando emprendieron las Cruzadas, se inspiró con más fuerza en esta doctrina de la igualdad que en cualquier otra parte de la doctrina de la libertad política.

El desprecio que en aquella época merecía universalmente ese orgullo que se vincula con cosas no inherentes al hombre (notablemente, y más absurdamente, con las caprichosas diferencias de riqueza) nunca fue más profundo; y el apasionado sentido de la justicia que brota de este profundo y fundamental dogma social de la igualdad, así como empujó a Francia revolucionaria al frenesí, también la indujo a la creación.

Quienes se preguntan cómo fue posible que un grupo de hombres que soportaban todo el peso de la lucha civil en el interior y de la guerra universal en el exterior, encontraran tiempo bastante en veinte años para redactar los códigos que gobiernan a la Europa moderna, para echar los cimientos de la educación universal, de un sistema estrictamente impersonal de administración, y aun para remodelar en detalle la faz material de la sociedad —en una palabra, para hacer la Europa moderna— deben contentarse con esta respuesta: la energía republicana tenía por antorcha y estímulo una visión, un sentido casi físico de la igualdad de los hombres.

Los puntos de menor cuantía que se introdujeron en la práctica política de la democracia durante la Revolución, que no forman parte de sus principios, y que no alterarían su esencia, si se hiciera abstracción de ellos, son de una clase distinta y menos noble. El principal de ellos es el mecanismo de la diputación o "representación".

El sistema representativo se había elaborado para un fin determinado bajo la influencia de la Iglesia y especialmente de las órdenes monásticas (que lo inventaron) en la Edad Media. Se lo había practicado como un útil freno al poder de la monarquía nacional en Francia, y como una útil for-

ma de expresión nacional en tiempos de crisis o cuando la iniciativa nacional era particularmente necesaria.

En España, a medida que avanzaba la Edad Media, se convirtió en una institución muy vital, de orden nacional y local, con variaciones de lugar a lugar. No es sorprendente que España (en vista de que los primeros experimentos de representación se hicieron en su territorio) la haya conservado con este carácter popular y vital.

En Inglaterra la representación, tan vigorosa como en cualquier otra parte en la verdadera Edad Media, se contrajo y fue decayendo hacia el fin de esa época, hasta convertirse en el siglo diecisiete en el mero formulismo de un gobierno aristocrático.

En Francia, desde casi doscientos años antes de la Revolución, había caído en desuso, pero subsistía un activo recuerdo de ella; sobre todo el recuerdo de su valor en momento críticos, cuando se necesitaba consultar al pueblo íntegro, y cuando era preciso poner en marcha la iniciativa colectiva del pueblo íntegro para salvar el Estado.

No es sorprendente, en consecuencia, que los franceses, en la víspera de la Revolución, reclamaran el restablecimiento del sistema representativo, o, como se lo llamaba en francés, de los "Estados Generales". Pero como mecanismo permanente de gobierno nadie en toda Europa tenía la menor idea de cómo podía ese sistema servir los fines de la democracia. En Inglaterra la democracia no se practicaba, ni se vinculaba a la representación con la idea democrática. La nación había olvidado la democracia tan completamente como había olvidado la religión y los antiguos ideales de la Edad Media.

En aquellas zonas de la Cristiandad donde esta

antigua institución cristiana del parlamento no se había reducido hasta convertirse en la máscara de una oligarquía o en una mera costumbre provinciana, su uso había desaparecido. La antigua función representativa en su momento de mayor vigor, es decir, en la Edad Media, servía ocasionalmente para lanzar una política nacional en momentos críticos, pero más frecuentemente para establecer impuestos. Nadie podía haber concebido en 1789 todo lo que podía hacer un parlamento democrático.

Existía ya, por ciento, un gran ejemplo de representación democrática: el ejemplo de los Estados Unidos; pero la situación era completamente diferente de las que reinaban en Europa. Allí no existía aún un verdadero poder central, una antigua institución central, una Corona o Costumbre de la Ciudad. El número de hombres sobre los cuales ejercía entonces su poder la democracia representativa americana no podía compararse a los veinticinco millones que habitaban el reino de Francia. Y aun así, las cosas que más contaban en su vida estaban regidas por un sistema de autonomía altamente local, puesto que eran pocos y dispersos, y los más prudentes, fuertes y nobles dependían de esclavos. En Europa, repito, el experimento no había sido intentado; y es una de las faltas principales de los revolucionarios que, por haberse visto obligados en el momento crítico del comienzo de la Revolución a utilizar la elección y la representación, hayan considerado el uso permanente de un mecanismo semejante como algo sagrado y normal en el Estado democrático.

Es verdad que no podían haber previsto el parlamentarismo moderno. Nada podía ser más ajeno a su concepción del Estado que el deplorable método

de gobierno que el parlamentarismo tiende a introducir hoy en todas partes.

Es verdad que el pueblo francés, durante las guerras revolucionarias, hizo trizas la teoría parlamentaria, y consideró más adecuado al sentido nacional seguir a un soldado (pues todos se habían hecho soldados por aquel entonces) y encarnar en un dictador la voluntad de la nación.

Pero aunque los revolucionarios franceses no podían haber previsto lo que hoy llamamos "parlamentarismo", y aunque la sociedad de la que surgieron aniquiló las pretensiones oligárquicas de un parlamento cuando las realidades de la lucha nacional pasaron a primer plano, demostraron sin embargo una reverencia casi absurda al mecanismo representativo y electoral.

Hasta llegaron a injertarlo en su intento de reforma eclesiástica; lo introdujeron en todos los aspectos del gobierno civil, desde las unidades más pequeñas hasta las más altas. Y hasta juguetearon por un momento con esa ilusión en el juego más real que pueden practicar los hombres: el de las armas; en efecto, permitieron la elección de los oficiales. Fueron llevados a esto por ese difundido error, más excusable en ellos que entre nosotros, que consiste en confundir la voluntad individual con la voluntad colectiva. Un representante, pensaban, podía de algún modo ser el receptáculo permanente de su electorado. Imaginaban que la iniciativa colectiva era siempre suficientemente activa, no importa en qué nivel de división o subdivisión, para actuar de inmediato sobre el delegado, para guiarlo como se puede guiar a un animal de tiro, o para mandarlo como se puede mandar a un sirviente.

Fue en vano que Rousseau, el gran expositor

de la teoría democrática que Francia trató de aplicar, hubiera prevenido a la posteridad contra los posibles resultados del sistema representativo: cayeron en el error, y éste mantiene atrapados a muchos de sus descendientes hasta el día de hoy.

La aguda inteligencia de Rousseau no había captado en realidad otra cosa que la verdad general de que los hombres que consienten en un sistema representativo son libres solamente cuando los representantes no están reunidos. Pero (como ocurre tan a menudo con las intuiciones geniales) aunque no vio todo el mal, señaló su núcleo central, y de ese principio básico y exacto que estableció —el de que bajo un gobierno meramente representativo los hombres no pueden ser verdaderamente libres— se derivan todos los males que ahora sabemos vincular a ese método de gobierno. Lo que un epigrama algo tosco ha denominado "la audacia de los electos" forma parte de esta verdad. El espectáculo evidente de las naciones parlamentarias modernas, conducidas contra su voluntad a situaciones económicas que las espantan, procede de la misma verdad; el notorio y profundo desprestigio en que han caído en todas partes las instituciones parlamentarias deriva también de ella, y de ella deriva a su vez la plaga adicional de que los mismos representantes se han vuelto ahora más serviles que el electorado, y de que en todos los países parlamentarios unos pocos intrigantes son los indignos depositarios del poder, y puestos al servicio de las finanzas, permiten a los traficantes gobernarnos a todos. Rousseau, repito, el principal profeta de la Revolución, había advertido a los franceses contra este peligro. Ello es un ejemplo capital de su talento, puesto que el experimento de la representación democrática no

había sido aún intentado en su época. Pero mucho más aún lo es esa fuerza suya con la que acuñó y además puso en circulación el oro de la democracia como nunca hasta entonces había sido acuñado. Ningún hombre puede por sí solo hacer a un pueblo o darle su credo, pero Rousseau, en mayor grado que cualquier otro hombre, dio expresión al credo de un pueblo, y es conveniente o necesario para el estudioso de la Revolución considerar al comienzo de sus lecturas de qué carácter fue la poderosa influencia de Rousseau sobre los hombres que remodelaron la sociedad de Europa entre 1789 y 1794.

¿Por qué dominó esos cinco años, y cómo fue que los dominó en grado cada vez mayor?

Una explicación del poder de Rousseau merece una digresión especial, pues pocos autores ingleses se han esforzado por comprenderlo, y en las academias hombres de mentalidad provinciana se han contentado con tratar a este gran escritor como si fuera, de algún modo, inferior a ellos.

CAPÍTULO III

LOS PERSONAJES DE LA REVOLUCION

EL REY LUIS XVI

Como era de esperar, la personalidad del rey Luis XVI ha sufrido más deformaciones a manos de los historiadores que cualquier otra de las figuras de la revolución; ello se debe a que su personalidad individual iba unida a un cargo al cual se atribuían tradicionalmente determinados puntos de vista y métodos de acción que el historiador da por sobrentendidos al estudiar el carácter del personaje. Así como no puede pensarse en un juez que goce de algún prestigio en los tribunales ingleses, sin creer que sea hombre erudito y grave; o evocar a algún guerrero famoso sin atribuirle las cualidades que se asocian al arte militar, de igual manera los historiadores tienden a confundir la personalidad y el carácter de Luis XVI con la índole de su cargo; o exageran por contraste sus defectos, indignos de un rey, o por simpatía exageran su oposición de rey a toda reforma.

El estudioso hará bien en evitar este error y su fuente, y deberá esforzarse por pensar en Luis como en un hombre que se había visto casualmente introducido, casi sin preparación, en el cargo que

además puso en circulación el oro de la democracia como nunca hasta entonces había sido acuñado. Ningún hombre puede por sí solo hacer a un pueblo o darle su credo, pero Rousseau, en mayor grado que cualquier otro hombre, dio expresión al credo de un pueblo, y es conveniente o necesario para el estudioso de la Revolución considerar al comienzo de sus lecturas de qué carácter fue la poderosa influencia de Rousseau sobre los hombres que remodelaron la sociedad de Europa entre 1789 y 1794.

¿Por qué dominó esos cinco años, y cómo fue que los dominó en grado cada vez mayor?

Una explicación del poder de Rousseau merece una digresión especial, pues pocos autores ingleses se han esforzado por comprenderlo, y en las academias hombres de mentalidad provinciana se han contentado con tratar a este gran escritor como si fuera, de algún modo, inferior a ellos.

II

ROUSSEAU

Para poder apreciar lo que significó Rousseau para el movimiento revolucionario es preciso examinar el efecto del estilo sobre los hombres.

La palabra influye sobre los hombres. Hablada o escrita, la *palabra* es el órgano de la persuasión y por tanto del gobierno moral.

Pese a la degradación que ha sufrido en nuestra época, no hay otro término adecuado para expresar el uso exacto de las palabras salvo el de "estilo".

El estilo consiste en las palabras que empleamos y en el orden en que las colocamos; el hombre que se proponga influir sobre sus semejantes tiene a su disposición no uno solo, sino dos instrumentos correlacionados. No puede usar uno sin el otro. La debilidad de uno arruina al otro. Estos dos instrumentos son su idea y su estilo.

Por poderosa, auténtica y afín al estado de ánimo de su auditorio que sea la idea de un hombre, o por claramente demostrable que sea con relación a hechos nuevos, el autor no logrará persuadir a sus semejantes si carece de palabras para expresarla. Conseguirá en cambio persuadirlos en la medida en que sus palabras estén bien elegidas y dispuestas en el orden adecuado, orden que estará determi-

nado por el genio del idioma del cual se las tome.

Si la idea de la que Rousseau se convirtió en exponente en su célebre tratado es verdadera o falsa, es una cuestión que no tiene por qué seguir preocupándonos en este pequeño libro. Todos sabemos que el difícil intento de poner en práctica la libertad política ha atraído a diversas comunidades humanas en distintas épocas, y que ha espantado a otras. Lo que raramente oyen los lectores ingleses es que el triunfo de Rousseau no se debió sólo al primer factor de la persuasión, es decir a la intuición, sino también al segundo de los dos instrumentos correlacionados mediante los cuales un hombre puede influir sobre sus semejantes: el estilo. Fue su elección de palabras francesas y el orden en que las dispuso lo que le dio su enorme ascendiente sobre la generación que era joven cuando él ya envejecía.

Me he referido a su famoso tratado, el *Contrato Social*; conviene aquí hacer una segunda observación al respecto. Ese libro, que sirvió de texto a la Revolución, el documento en que se apoyaba su teoría política, no constituyó en manera alguna (como lo han imaginado algunos observadores extranjeros) la totalidad de la obra escrita de Rousseau. Imaginar semejante cosa es cometer el error tan común de confundir a un hombre con sus libros.

Rousseau escribió sobre muchas cosas: su carácter era de índole exaltada, nerviosa y enfermiza. Su excesiva sensibilidad degeneró con el avance de los años en algo muy parecido a la obsesión. Escribió sobre educación, y el brillo de su estilo convenció de aquello en que estaba acertado como de aquello en que la corta experiencia de cien años ha demostrado que estaba completamente equivocado. Escribió sobre el amor, y la mitad de las enseñanzas que contienen sus escritos son rechazadas por todo hombre en su sano juicio. Escribió largamente sobre botánica; escribió también sobre música; mas no tengo competencia para juzgar si tuvo éxito en alguna de estas disciplinas. Escribió sobre la desigualdad humana: y aunque las frases eran hermosas y el sentimiento justo, el análisis era muy insuficiente y la concepción histórica errada. Escribió sobre un proyecto de paz perpetua que era un disparate, y escribió una perfecta obra maestra sobre el gobierno de Polonia.

Pero cuando un gran escritor escribe, cada una de sus grandes obras tiene una vida propia, y ninguno de estos otros escritos de Rousseau, sobre el amor o la botánica, sirvió de texto a la Revolución. El texto de la Revolución fue su *Contrato Social*.

Y creo que no es excesivo afirmar que jamás en la historia de la teoría política una teoría política ha sido presentada tan lúcidamente, con tanto poder de convicción, con tanta concisión y exactitud como en este breve y maravilloso libro. Un editor inglés contemporáneo se avergonzaría de publicarlo: no por sus opiniones (que ahora resultarían lugares comunes), ni por su excelencia, que aseguraría su fracaso, sino por su brevedad. Es tan sucinto como un evangelio, y apenas ocuparía un centenar de páginas en algunas de nuestras revistas serias. Un moderno editor londinense no sabría qué precio asignar a semejante obra, y a un moderno lector inglés le costaría comprender cómo es posible encerrar una cosa tan grande en un volumen tan pequeño. Un debate parlamentario o el libreto de una larga pantomima ocupan más espacio.

No obstante, la lectura atenta del *Contrato So-*

cial revela que en él se dice todo lo que puede decirse acerca del fundamento moral de la democracia. Desde las primeras líneas se presume nuestra ignorancia de las bases históricas del Estado. La afirmación siguiente es la de la prioridad lógica de la familia sobre el Estado. El argumento ridículo y bochornoso de que la fuerza es la base de la autoridad —que jamás ha impresionado sino a los ignorantes o a los superficiales— es desechado con desdén mediante una sencilla prueba que constituye el tercer capítulo, y este capítulo no alcanza a llenar una página. Sólo con el quinto capítulo comienza la formidable argumentación, y la prioridad lógica de la *asociación humana* sobre cualquier forma particular de gobierno constituye la piedra fundamental del análisis. Es esto lo que explica el título de la obra: la autoridad de los hombres en comunidad deriva de la *asociación consciente;* o, para decirlo con más precisión, de un "contrato social". La concepción íntegra de la democracia en cuanto fundada en la única autoridad moral del Estado se sigue de este primer principio, y ha sido desarrollada en la extraordinaria obra de Rousseau, la cual, en medida mucho mayor que cualquier otro escrito no religioso, ha influido sobre el destino de la humanidad.

Es realmente asombroso para quien esté familiarizado no sólo con el contenido, sino también con el estilo del *Contrato Social,* observar el tipo de crítica que le han dirigido quienes no han leído la obra o la han leído con un conocimiento imperfecto del sentido de las palabras francesas. Las dos grandes objeciones, teórica una, y práctica la otra, que debe afrontar la democracia, han sido lúcidamente expuestas en sus páginas, aunque en una obra tan

breve el autor podía haberse excusado de hacerse cargo de ellas. El argumento teórico contra la democracia consiste, desde luego, en que, dada la inclinación del hombre hacia el mal, es necesario instalar un poder exterior a él e indiferente a sus pasiones para que lo gobierne; el pueblo se corrompe a sí mismo, pero un déspota o una oligarquía, una vez satisfechos sus corruptos deseos, dispone todavía de un ancho margen para gobernar bien porque es indiferente. Es imposible sobornar al déspota o al oligarca más allá del límite de sus deseos, en tanto que todo un pueblo puede lanzarse a la satisfacción total de sus deseos, y éstos infectarán a cualquier gobierno.

En consecuencia, dice Rousseau, la práctica plena de la democracia conviene más a los ángeles que a los hombres.

En cuanto al argumento práctico de que los hombres no tienen conciencia suficiente del Estado como para practicar la democracia, salvo en pequeñas comunidades, también se lo reconoce y nadie lo ha expuesto mejor que Rousseau. Este libro no consiste en una apología de la democracia como forma de gobierno, sino en la explicación de cómo y por qué la democracia es justa.

La tonta confusión entre sistema representativo y democracia jamás ha sido denunciada con tanto desdén y vigor como en el *Contrato Social,* que la destruye para siempre; claro que tocó a nuestra época comprobar en la escuela de la amarga experiencia cuánta razón tenía Rousseau en esta crítica.

Pese a la exigüidad de los límites dentro de los cuales el gran escritor caracteriza definitivamente la teoría de la democracia, encuentra espacio para tratar algunos aspectos marginales que en ningún

otro libro habían sido considerados en forma ordenada, y cuya sola mención revela la extraordinaria sabiduría del autor: que las leyes fundamentales, o vínculos originales y particulares, de una nueva democracia deben provenir de una fuente exterior a ella; que las disposiciones particulares del derecho, por democrática que sea la forma del Estado, deben conformarse a la naturaleza del pueblo para el cual se legisla; que una democracia no puede vivir sin "tribunos"; que no puede permitirse en el Estado la existencia de leyes absolutamente inflexibles —y de ahí la necesidad de la dictadura en momentos excepcionales—; que ningún código puede prever los detalles futuros, y otras tesis análogas.

Sería una tarea legítima y por cierto divertida desafiar a cualquiera que no haya leído el *Contrato Social* (lo cual incluiría a la mayor parte de los autores académicos que han escrito acerca del tratado) a proponer un argumento contra la democracia que no pueda encontrarse dentro de esas pocas páginas, o a sugerir una limitación a la democracia que no haya sido aludida por Rousseau.

Si fuera necesario dar prueba de los méritos especiales que exhibe este panfleto, bastaría con señalar que una época en la cual el problema de la religión era menos comprendido que nunca, cuando la práctica de la religión había llegado a su punto mínimo y el sentido de la religión había escapado de la mente de los hombres, Rousseau fue capaz de escribir su último capítulo.

No es sorprendente que el gran renacimiento religioso del siglo diecinueve haya demostrado la insuficiencia de la concepción de Rousseau acerca del puesto de la religión en el Estado, puesto que en la época en que escribía semejante renacimiento era

intempestivo; lo sorprendente es que haya tomado en cuenta el sentimiento religioso y, sobre todo, que haya comprendido la imposibilidad de que una selección del dogma cristiano pueda aceptarse como religión cívica.

Es aun más sorprendente que en esa época existiera un hombre capaz de comprender que para que el Estado tenga unidad, debe tener *una* religión; y el intento de Rousseau de definir ese mínimo o substrato religioso sin el cual no podría subsistir la unidad del Estado se convirtió por desgracia en un lugar común de los políticos, especialmente de los políticos ingleses que lo sucedieron. Cualquiera podría confundir el párrafo siguiente (aunque su estilo es muy superior al de cualquier político) con las consideraciones de algún político de Westminster acerca de lo que debería enseñarse en las escuelas del país:

"Los dogmas de la religión civil deberían ser sencillos, pocos, enunciados con precisión, sin explicaciones ni comentarios. La existencia de la Divinidad poderosa, inteligente, benéfica, previsora y providente, la vida venidera, la ventura de los justos, el castigo de los malvados, la santidad del contrato social y de las leyes: estos son los dogmas positivos. En cuanto a los dogmas negativos, los limito a uno solo: la maldad de la intolerancia."

Las cien páginas de Rousseau son la fuente directa de la teoría del Estado Moderno; su lucidez e inigualada economía de lenguaje; su análisis riguroso; su sabiduría y sus juicios epigramáticos: he aquí las fuentes de la democracia moderna. Los que ahora han resultado ser los errores de la democracia son errores contra los cuales el *Contrato Social* había prevenido a los hombres; la apología

moral de la democracia es la apología moral escrita por Rousseau; y si en este único tema de la religión dio una nota más confusa y menos resuelta que en los demás, es preciso recordar que en su tiempo ningún otro hombre entendió el papel que desempeñaba la religión en los asuntos humanos; pues en sus días los pocos que estudiaban la religión y la observaban no lograban vincularla de manera alguna con la naturaleza política del hombre; y de aquellos que contaban en la inteligencia europea, la enorme mayoría opinaba que los problemas políticos se resolverían mucho mejor si se tratara a la religión (que ellos habían perdido) como algo sin importancia. Estaban equivocados, y Rousseau, en sus generalidades acerca del alma, resultó insuficiente; ninguno alcanzó el nivel de una teoría definitiva del hombre, pero Rousseau se aproximó a la comprensión, aun sobre este tema de la religión, más que ninguno de sus contemporáneos.

III

PERSONAJES DE LA REVOLUCIÓN

EL REY LUIS XVI

Como era de esperar, la personalidad del rey Luis XVI ha sufrido más deformaciones a manos de los historiadores que cualquier otra de las figuras de la Revolución; ello se debe a que su personalidad individual iba unida a un cargo al cual se atribuían tradicionalmente determinados puntos de vista y métodos de acción que el historiador da por sobrentendidos al estudiar el carácter del personaje. Así como no puede pensarse en un juez que goce de algún prestigio en los tribunales ingleses sin creer que sea hombre erudito y grave; o evocar a algún guerrero famoso sin atribuirle las cualidades que se asocian al arte militar, de igual manera los historiadores tienden a confundir la personalidad y el carácter de Luis XVI con la índole de su cargo; o exageran por contraste sus defectos, indignos de un rey, o por simpatía exageran su oposición de rey a toda reforma.

El estudioso hará bien en evitar este error y su fuente, y deberá esforzarse por pensar en Luis como en un hombre que se había visto casualmente introducido, casi sin preparación, en el cargo que ocupaba. En otras palabras, el estudioso hará bien,

ocupaba. En otras palabras, el estudioso hará bien, al internarse en la literatura de la Revolución, en considerar a Luis XVI simplemente como un hombre, y a su carácter como un carácter privado. Pues es el caso que este último del largo e ininterrumpido linaje de los Capetos poseía un carácter esencialmente individual. Era de un tipo que se habría mantenido invariable frente a los más diversos accidentes de la fortuna. Jamás ha existido un hombre investido de un alto cargo que haya sido menos moldeado por su alto cargo.

Estos hombres impermeables a su medio ambiente lo son comúnmente por una de dos causas; o debido a una intensa y vivaz iniciativa personal que puede aproximarse a la locura, o por una especie de capa gruesa y pesada que recubre su constitución moral y que defiende su íntimo temperamento personal de toda acción externa. Esto último era lo que ocurría con Luis.

Era hombre de pensamiento muy lento, y de decisiones muy lentas. Eran lentos sus movimientos físicos. El movimiento de sus ojos era notablemente lento. Tenía el hábito de quedarse dormido, fatigado por el esfuerzo, en los momentos menos apropiados. Las cosas que lo divertían eran del género más basto y superficial. Juegos de manos, con un toque ocasional de excentricidad, y bromas muy simples pero inesperadas. Se lo podría definir en un aspecto diciendo que era uno de esos hombres a quienes jamás se hubiera podido convencer de nada. Las pocas cosas que aceptaba las aceptaba con toda simplicidad, y el proceso de razonamiento en boca de cualquiera que se le acercara le resultaba siempre demasiado rápido como para poder seguirlo. Pero no debe pensarse por esto que la en-

voltura moral así descripta encerrara un vacío. Por el contrario, encerraba un carácter bien definido. Luis tenía varias convicciones íntimas de las que era imposible apartarlo. Estaba profundamente convencido de la existencia y del valor de una tradición colectiva en el organismo que gobernaba: la nación francesa. Era un hombre nacional. En esto se diferenciaba de muchos de los pedantes, de los cortesanos, de los eclesiásticos y de las mujeres que lo rodeaban, especialmente de su mujer.

Además, estaba consubstanciado con todos los elementos de la fe católica.

Era por cierto cosa singular para un hombre de su situación, en esa época, adherir tan estrechamente a la religión: pero Luis lo hacía. Confesaba, comulgaba, asistía a misa, cumplía sus devociones ordinarias, no a modo de tradición o de obligación política, o de función de Estado —como ocurría con la práctica religiosa de la vasta mayoría de sus contemporáneos adinerados— sino que lo hacía como un individuo para quien estas cosas tenían un valor personal. Si este hombre, con precisamente el mismo espíritu interior, hubiese despertado una buena mañana simple hidalgo rural, para descubrir que su pasada realeza no había sido más que un sueño, habría continuado como antes la práctica de su religión.

Era este un punto bastante notable, puesto que el hidalgo campesino, el noble, el abogado, el catedrático universitario de la generación inmediatamente anterior a la Revolución, carecía por lo general de toda idea acerca de la Iglesia Católica. En ellos la fe estaba muerta, salvo en los casos excepcionales de unos pocos que la convertían, por así decirlo sin ánimo irreverente, en una obsesión, y

en sus exageraciones ofrecían la prueba viviente de la profunda decadencia a que había llegado la Iglesia Galicana.

Luis XVI era, pues, un hombre religioso: ello se ponía en evidencia en muchos de sus actos, en su vacilación para designar a no pocos de los muchos obispos ateos de la época. En su auténtica angustia de responsabilidad con motivo de la constitución civil del clero, y más aún en la particular sobriedad y en el severo ritual con que se preparó para una muerte trágica, súbita e ignominiosa.

Debe luego observarse que a pesar de no haber alcanzado una edad avanzada, y aunque era hombre despojado de toda manera de ardor, desde temprano había desarrollado una sólida base de coraje. Puede admitirse que esta cualidad suya tenía algo que ver con los lentos procesos de pensamiento y de acción que lo trababan, pero éstos no bastan para explicarla. Nadie se ha vuelto valiente por simple estupidez.

No fueron los episodios de la Revolución los que pusieron de manifiesto esta cualidad: sus hábitos físicos lo habían demostrado mucho antes. Era un jinete resuelto y diestro, y la aptitud para este ejercicio está vedada al cobarde. También descollaba en esos atributos accesorios del coraje que se revelan aun cuando no exista amenaza de peligro físico; no vacilaba en encararse con una multitud de hombres, y tenía destreza en un oficio mecánico, lo cual es un indicio cierto de virilidad.

Ya que se alude a su virilidad, es de primordial importancia para el estudioso recordar, si bien sólo podemos referirnos de pasada a este asunto, que Luis, en este aspecto de la vida física, sufría de un impedimento mecánico que perturbó gravemente los primeros años de su matrimonio, hecho que sin duda lo humillaba íntimamente, y que era posiblemente lo único que le causaba una permanente angustia. El defecto se corrigió por intervención médica en el verano de 1777, pero ya llevaba tres años de reinado y siete de matrimonio cuando logró ese alivio. La tragedia afectó a su vida íntegra y, repito, no debe ser olvidada en el estudio del carácter íntimo de Luis o de María Antonieta, y de su papel como actores del gran drama.

Por lo demás, el carácter de Luis exhibía ciertas ineptitudes (la palabra ineptitud es mucho más exacta a este respecto que la palabra "debilidad") que eran especialmente fatales para el cargo militar que desempeñaba y para la crisis beligerante que debió enfrentar.

Pocos hombres están dotados de la visión, de la sutil percepción, del rapidísimo poder de decisión, y de la comprensión de las diferencias y contrastes de carácter que conforman al auténtico jefe de una fuerza armada, grande o pequeña. La mayoría de los hombres ofrecen una conjunción mediocre de estas cualidades. Pero Luis era un caso excepcionalmente desesperado en lo que a ellas se refería. Nunca hubiera comprendido la posición más sencilla ni percibido las facetas militares de una persona o de un conjunto de hombres. Sabía cabalgar, pero no a la cabeza de una columna. Como militar no era meramente malo, sino una nulidad total. Reclutado como soldado raso en un ejército de conscriptos, jamás le habrían encomendado las funciones de cabo. Como sargento, habría resultado imposible; y, dotado de rango de oficial, la conciencia del ridículo le habría obligado a pedir el retiro.

Esta falla no se reveló solamente, ni principalmente, en su incapacidad para afrontar en persona la crisis militar de la revolución; no se puso de manifiesto solamente, ni principalmente, en su completo derrumbe ante el asalto al palacio del 10 de agosto: fue también, y en medida mucho mayor, la causa desastrosa de su incapacidad para vigilar, o siquiera para elegir, a sus consejeros militares.

Los que le aconsejan en la etapa inicial de la Revolución reprimir al populacho de París son excelentes jefes militares: pero Luis no lo sabe. Los que se suceden al frente del Ministerio de Guerra, o en el mando de los ejércitos durante la parte activa de la Revolución, exhiben cualidades muy diversas; pero para él son todos iguales. Entre un petimetre como Narbonne y un sutil y experimentado jefe de caballería como Dumouriez, Luis no percibe diferencia alguna. Las cualidades militares de La Fayette (que no eran despreciables) no le interesaban más que la música, buena o mala, a un sordo. Desde el principio hasta el fin del proceso revolucionario, el problema militar en su totalidad escapó a su comprensión.

Otra falla de su carácter que era de primordial importancia en semejante coyuntura, fue su incapacidad para aprehender con claridad cualquier problema social de alcance general. Comprendía con facilidad los mapas, y retenía bien las estadísticas; pero sus ojos protuberantes y letárgicos jamás lograron enfocar lo que podríamos llamar el paisaje de la Revolución. Era incapaz de percibir dónde estaba el peligro y dónde podía encontrar apoyo, en qué grandes masas estaban agrupadas tales y cuales contingentes, en qué direcciones avanzaban, o por dónde debían retroceder. En este aspecto era, como se verá al momento, la antítesis de Mirabeau, y fue por culpa de esta debilidad o, mejor dicho, de esta forma de nulidad, que Luis no supo aprovechar el gran poder de intuición de Mirabeau.

Por último, carecía de toda comprensión práctica de lo que era Europa. Ni siquiera exageró el poderío de los aliados en las etapas posteriores de la Revolución, cuando emprendieron su marcha sobre Francia. Tampoco subestimó ni exageró la política ni el poderío naval de Gran Bretaña, los recursos militares de sus propios súbditos, las probables inclinaciones de los Países Bajos (antiaustríacos pero católicos), la decadencia de España, la división e impotencia de la península itálica. Para Luis estas cosas simplemente no existían.

Puede completarse el cuadro (para los fines de un estudio tan breve como éste) diciendo que sólo una casualidad podría haberlo conducido por el laberinto de su época con éxito. Esa casualidad habría sido la presencia a su lado de un amigo a quien amara y en quien confiara desde la infancia, tan religioso como él mismo, y dotado, en cambio, precisamente de aquellas cualidades de que él carecía. Si Luis hubiera tenido a mano semejante lugarteniente, las cualidades que he mencionado habrían servido a modo de quilla y contrapeso para asegurar la monarquía, pues no era débil, ni era impulsivo, y ni siquiera era tonto: estaba míseramente solo en sus incapacidades. Por cierto que con un carácter semejante Luis no podía confiar ni descansar en persona alguna con quien no tuviera ese vínculo de intimidad, y el hecho es que no tenía amigos de tal índole, y menos aún amigos

íntimos que reunieran las cualidades que he sugerido.

Tal como era, Luis fue uno de los contados personajes que hicieron que la Revolución tomara el rumbo que siguió.

LA REINA

María Antonieta presenta a la historia una personalidad que interesa estudiar en su conjunto. Corresponde a sus biógrafos hacer ese estudio global de su carácter; pero en lo que se refiere a la Revolución sólo uno de sus aspectos tiene importancia, y es el de la actitud que ese carácter tenía que adoptar necesariamente hacia la nación francesa en medio de la cual vino a encontrarse la reina.

La solución integral del problema que nos plantea la conducta de la reina consiste en percatarnos del abismo que la separaba no sólo del temperamento francés, sino también de la comprensión de toda la sociedad francesa. Si hubiera sido una mujer carente de energía o de decisión, esta característica de su personalidad habría sido un asunto de poca monta, y su ignorancia de los franceses en todas las formas de su actividad, o más bien su incapacidad para comprenderlos, no habría pasado de ser otra cosa que una falla personal con ciertas consecuencias de carácter local e inmediato, y de ningún modo un factor determinante de las grandes líneas del movimiento revolucionario.

Pero en realidad su energía era abundante y además persistente; su acción se hizo más firme a medida que su intensidad aumentaba con los años, y la iniciativa que fijaba el rumbo a esa energía

En materia de religión (asunto que, como comprobará el lector de estas páginas, ejerció gran influencia sobre la revolución), la reina era al comienzo mucho más indiferente que su esposo, si bien observaba en alguna medida las prácticas religiosas. Sólo cuando se sintió abrumada por el peso de la desgracia apareció un elemento de devoción personal en su vida cotidiana, aunque debe reconocerse que, quizás por una especie de presentimiento del desastre, su interés por la religión comenzó a revivir en los meses inmediatamente anteriores al estallido de la revolución.

Queda por describir el efecto personal que hacía a quienes estaban en contacto directo con ella. La mayor parte de la aristocracia le tenía aversión. La misma desgracia que le impedía comprender el temperamento francés en su conjunto la mantenía divorciada de ese particular sector que encarnaba la tradición aristocrática francesa. María Antonieta no comprendía su rigidez, su detallismo, su esplendor ni su dureza: estas cuatro cualidades la disgustaban fuertemente.

Por este motivo producía en las grandes familias de su corte, y especialmente en las mujeres de esas familias, una impresión de vulgaridad. De haber sobrevivido, y si sus desgracias no hubieran sido de tan trágica intensidad, ciertamente habría dejado en la sociedad francesa una leyenda de incuria desaprensiva, de concupiscencia y de falta de dignidad, defectos que para los franceses de ese rango son tan intolerables como podrían serlo una voz estentórea, un acento ordinario o un insuficiente dominio de las reglas de la etiqueta, para los miembros que sobreviven en la Inglaterra de hoy de la categoría equivalente.

Tal como era, Luis fue uno de los contados personajes que hicieron que la Revolución tomara el rumbo que siguió.

LA REINA

María Antonieta presenta a la historia una personalidad que interesa estudiar en su conjunto. Corresponde a sus biógrafos hacer ese estudio global de su carácter; pero en lo que se refiere a la Revolución sólo uno de sus aspectos tiene importancia, y es el de la actitud que ese carácter tenía que adoptar necesariamente hacia la nación francesa en medio de la cual vino a encontrarse la reina.

La solución integral del problema que nos plantea la conducta de la reina consiste en percatarnos del abismo que la separaba no sólo del temperamento francés, sino también de la comprensión de toda la sociedad francesa. Si hubiera sido una mujer carente de energía o de decisión, esta característica de su personalidad habría sido un asunto de poca monta, y su ignorancia acerca de los franceses en todas las formas de su actividad, o más bien su incapacidad para comprenderlos, no habría pasado de ser otra cosa que una falla personal con ciertas consecuencias de carácter local e inmediato, y de ningún modo factor determinante de las grandes líneas del movimiento revolucionario.

Pero en realidad su energía era abundante y además persistente; su acción se hizo más firme a medida que su intensidad aumentaba con los años, y la iniciativa que fijaba el rumbo a esa energía jamás vacilaba, sino que era siempre directa y decidida. Sabía muy bien lo que pensaba, y se esforzaba, a menudo con éxito parcial, en llevar a la práctica sus convicciones. Durante los primeros años de la Revolución ninguno de los personajes que rodeaban al monarca tenía un carácter comparable al de ella en cuanto a fijeza de propósitos y definición de opiniones.

A esta energía y unidad de objetivos se debió que su incomprensión del material con que tenía que tratar adquiriera tan fatal importancia.

Ella fue quien eligió, antes del estallido de la Revolución, esa sucesión de ministros ya liberales, ya reaccionarios, cuyos imprudentes proyectos, por ambos lados, precipitaron la violencia. Fue ella quien llamó y luego despidió, para después volver a nombrarlo, al acaudalado y sobreestimado Necker; fue ella quien designó en su lugar, sólo para expulsarlo en el momento más inoportuno, a Calonne, el más nacional de los precursores de la Revolución, y desde entonces el más feroz de sus enemigos; fue ella quien recomendó los detalles más especialmente irritantes de la resistencia después de la reunión del primer parlamento revolucionario; fue ella quien dirigió (y contribuyó a malograr) los planes de fuga de la familia real; fue ella quien, tras el fracaso de esta fuga, elaboró concretamente un proyecto para someter al pueblo francés bajo el dominio de los gobiernos europeos: fue ella quien reveló a las cancillerías extranjeras el plan francés de campaña cuando la guerra se había tornado inevitable; por último, fue ella quien inspiró la declaración de Brunswick que acompañó la invasión del territorio francés, y fue ella en particular la autora de la famosa amenaza, contenida en dicha declaración, de pasar por las armas a todo París, y hacer responsables con su vida a las auto-

ridades populares de la restauración del estado de cosas prerrevolucionario.

A medida que avanza la investigación, se vuelven más evidentes para el historiador las enormes consecuencias de la constante y decidida injerencia de esta mujer. La concepción que tenía María Antonieta de la humanidad en general era la que podía prevalecer en una sociedad semejante a ese núcleo doméstico y cálido en el que había transcurrido su niñez. El afecto romántico de un puñado de iguales, la lealtad de unos pocos sirvientes personales, la vaga complacencia histriónica que embarga a los pobres frente al despliegue de carruajes suntuosos y ricos avíos, los vítores de la multitud cuando esos símbolos que acompañan a la monarquía se exhiben en las calles: en fin, estos eran para María Antonieta los sentimientos políticos fundamentales de la humanidad. Su ausencia le provocaba una honda perplejidad y la oposición activa a tales sentimientos le resultaba odiosa, como algo a la vez incomprensible y positivamente perverso.

Esta ilusión era alimentada en buena parte, claro está, por esa mentalidad que los ingleses llaman clase media y los franceses burguesía. Ignorar las cosas que suelen decir los sirvientes a las espaldas de sus amos; no comprender que la devoción heroica es cualidad de muy pocos; no haber imaginado jamás el descontento de los hombres en general, ni el deseo creador de autoexpresión que inspira a los hombres cuando actúan políticamente; desconocer que los hombres en general (y en particular el pueblo francés) no se dejan engañar por las accidentales diferencias de riqueza, ni atribuyen una real inferioridad a la pobreza; despreciar la

voluntad común de la mayoría o dudar de su existencia; ver a la sociedad como organizada en una jerarquía de ocio y no de función: todo esto puede parecer al demócrata una concepción muy inhumana y despreciable. Pero no era despreciable, ni mucho menos artificial, en el caso de María Antonieta: era la única experiencia y la única concepción de la sociedad que se le había transmitido. Siempre había creído, cuando contemplaba a una muchedumbre popular, que la diferencia entre ella y la multitud era una realidad moral. El contraste en los hábitos exteriores de los ricos, de la clase media y de los pobres —contraste que en última instancia es producto de la diferencia de oportunidad y del ocio que ofrece la riqueza— era para ella fundamental. Así como los niños y algunos animales domésticos ven tales accidentes económicos de la sociedad como si constituyeran diferencias sustanciales entre los hombres, así los veía ella; pero ocurre que María Antonieta albergaba esta ilusión en el seno de un pueblo —y a un día de camino de su capital— que estaba más libre de este falso concepto que cualquier otro de Europa.

De los rasgos propios de los franceses nada sabía, o, para expresarlo más enérgicamente, no podía creer que realmente existieran.

Los extremos de crueldad a que era capaz de llegar este pueblo le resultaban inconcebibles, igual que los extremos de coraje que podía alcanzar bajo los mismos estímulos que le inspiraban un odio supremo. Pero el rasgo del carácter francés que más absolutamente ignoró era la capacidad de *organización colectiva*.

Que una multitud pudiera instruirse y ordenarse para una finalidad común, obtener y designar

a los oficiales encargados de dirigir el logro de esa finalidad, y en general convertirse al momento de una mera multitud en un ejército incipiente... era esta una aptitud cuya realidad María Antonieta (como muchos de nuestros contemporáneos, especialmente los de sangre alemana) no podía admitir. Esta aptitud de los franceses, cuando se corporizó y se manifestó en las luchas armadas de la Revolución, le pareció hasta el final una especie de pesadilla; algo que, de acuerdo con todas las leyes de la realidad, no debería estar ocurriendo, pero que de alguna manera perversamente milagrosa *estaba* ocurriendo. Su ignorancia de este punto principalísimo fue lo que la hizo acudir con asiduidad al uso de las fuerzas regulares, y en número insuficiente. No podía menos que creer que un puñado de soldados instruidos eran necesariamente capaces de dominar a las grandes aglomeraciones de civiles; los uniformes eran un argumento decisivo para ella, y las meras agrupaciones de civiles, por numerosas que fueren, no eran a su juicio más que polvo de humanidad caótica y elemental. Creía que nada había que resistir o que atacar en la masa popular salvo las opiniones, los temores o las ambiciones de los individuos. Este error de apreciación sobre el pueblo francés no fue exclusivo de ella: se trata de un error cometido una y otra vez por los extranjeros, y aun por algunos comentaristas autóctonos al tratar de explicar ciertos movimientos nacionales de sus compatriotas. Corregir este error es lo primero que deben aprender a hacer quienes pretendan gobernar o resistir al pueblo francés.

En materia de religión (asunto que, como comprobará el lector de estas páginas, ejerció gran influencia sobre la Revolución), la reina era al comienzo mucho más indiferente que su esposo, si bien observaba en alguna medida las prácticas religiosas. Sólo cuando se sintió abrumada por el peso de la desgracia apareció un elemento de devoción personal en su vida cotidiana, aunque debe reconocerse que, quizás por una especie de presentimiento del desastre, su interés por la religión comenzó a revivir en los meses inmediatamente anteriores al estallido de la Revolución.

Queda por describir el efecto personal que hacía a quienes estaban en contacto directo con ella. La mayor parte de la aristocracia le tenía aversión. La misma desgracia que le impedía comprender el temperamento francés en su conjunto la mantenía divorciada de ese particular sector que encarnaba la tradición aristocrática francesa. María Antonieta no comprendía su rigidez, su detallismo, su esplendor ni su dureza: estas cuatro cualidades la disgustaban fuertemente.

Por este motivo producía en las grandes familias de su corte, y en especial en las mujeres de esas familias, una impresión de vulgaridad. De haber sobrevivido, y si sus desgracias no hubieran sido de tan trágica intensidad, ciertamente habría dejado en la sociedad francesa una leyenda de incuria desaprensiva, de concupiscencia y de falta de dignidad, defectos que para los franceses de ese rango son tan intolerables como podrían serlo una voz estentórea, un acento ordinario o un insuficiente dominio de las reglas de la etiqueta para los miembros que sobreviven en la Inglaterra de hoy de la categoría equivalente.

Por otra parte, se dejaba engañar fácilmente por la adulación de los ambiciosos, y el gran poder político que ejerció justo antes del estallido de la

Por otra parte, se dejaba engañar fácilmente por la adulación de los ambiciosos, y el gran poder político que ejerció justo antes del estallido de la Revolución la convirtió, en cierto modo, en una especie de víctima propiciatoria de los políticos.

La buscaban empeñosamente, dependían de su favor, y, al mismo tiempo, a sus espaldas la ridiculizaban. Su porte, que tenía por objeto impresionar a los circunstantes, y que en efecto lo lograba con la mayoría de los extranjeros, resultaba algo teatral y a veces hasta absurdo a los observadores franceses (desde luego, a los de rango suficiente como para tratarla familiarmente). El empeño que ponía de manifiesto en determinados asuntos, y notablemente en su decidida animadversión hacia ciertas personas (hacia La Fayette, por ejemplo), era de un cariz abierto y violento que les parecía sencillamente brutal y obtuso; además, el mundo refinado de Versailles advertía que sus lujos casi nunca respondían a su personal elección, sino que por lo común consistían en una estudiada imitación de los gustos ajenos.

En cuanto a su amor por el lujo, el lector debe tener presente que fue desmedidamente exagerado por sus contemporáneos, y que ha sido exagerado aun más por la posteridad. No era una mujer muy frívola, ni mucho menos de costumbres disipadas. Era deplorablemente indiscreta, pero ciertamente virtuosa.

Era jugadora, pero para la época, y para la fortuna supuestamente inagotable de la Corona, no eran frecuentes sus excesos; sus gastos en joyas y vestimenta resultarían hoy moderados en comparación con los de cualquier dama de nuestras familias más adineradas. En cambio, sus caprichos eran

constantes, y constantemente variables, especialmente durante el primer período de su vida.

Los cortesanos que la rodeaban, a quienes ella comprendía tan mal e inspiraba tan poca simpatía, estaban siempre dispuestos a lanzar infundios contra ella, y el de la disipación era el más accesible; pero la imputación no era justa.

Si el azar hubiese hecho de ella la mujer de un pobre, perteneciente a las clases más modestas, María Antonieta habría sido una excelente ama de casa: su abundante energía habría encontrado cauce adecuado, y no era por naturaleza una mujer dispendiosa.

Tenía unas pocas amistades muy apasionadas y quizá demasiado sentimentales, algunas de ellas correspondidas, en tanto que los destinatarios de las restantes las aprovechaban en beneficio propio. Sus amigas más famosas eran la princesa de Lamballe y madame de Polignac, quienes a menudo la inducían a imprudentes actos de favoritismo que eran inmediatamente recogidos y lanzados contra ella por el rumor popular. Era ésta una de las pocas debilidades que exhibía su carácter. Pero eran por cierto debilidades desorbitadas e imprudentes.

Se permitió también algunos devaneos amorosos, leves y sin importancia, de los que podría decirse que formaban parte de la rutina de su rango y de su mundo; en su vida tuvo sólo un gran afecto por un hombre, afecto que fue ardientemente correspondido. Tratábase de un noble sueco de su misma edad, el polo opuesto de lo francés en cuanto a temperamento: románticamente caballeresco, totalmente privado de sentido práctico, suave, intensamente reservado; era el conde Axel de Fersen. El romance se mantuvo puro, mas ella lo

amaba con todo su corazón, y en los últimos meses de su tragedia esta emoción constituyó la principal preocupación de su espíritu. Se veían muy raramente, y a menudo pasaban varios años separados; fue esto, quizás, lo que dio belleza y fidelidad a este extraño romance.

MIRABEAU

Mirabeau, el más importante de los "hombres prácticos" de la Revolución (así destaca la expresión inglesa el rasgo prominente de su actitud política), requiere un análisis muy especial. Su influencia en los comienzos de la Revolución fue tan considerable, el efecto de su muerte tan terminante y decisivo, la especulación acerca de lo que *habría* podido suceder si hubiese sobrevivido tan fructuoso, entretenido y común, y el resultado positivo de su actitud en el desenvolvimiento de la Revolución después de su muerte tan vasto, que no comprender a Mirabeau es, en gran medida, no comprender todo el movimiento; y Mirabeau, por desgracia, ha sido mal o superficialmente comprendido por muchos de los que ya son tres generaciones de historiadores; porque la comprensión de este personaje no es tema para la investigación ni para el abigarrado detalle histórico, sino más bien una labor de simpatía.

Mirabeau era esencialmente un artista, con las potencias y fragilidades que lógicamente asociamos con esa palabra; o sea, que la emoción violenta lo afectaba tanto en lo interno como en lo externo. Gozaba experimentándola en sí mismo y creándola en otros. Por consiguiente, analizaba y dominaba los ingredientes con que tal emoción puede crearse;

él mismo cedía a la emoción violenta y buscaba donde hallarla. Es tan necio el menoscabar como el exagerar esta clase de temperamento que, solo o mezclado con otras cualidades, es la base de la música, las artes plásticas y en gran medida la literatura permanente del mundo. Esta aptitud para gozar de la emoción y crearla en otros reviste la tarea intelectual de un modo que la vuelve permanente. Esto es lo que significamos al decir que el *estilo* es necesario al libro; que una gran civilización puede en parte ser juzgada por su arquitectura; que, como dice Platón, la música puede ser moral o inmoral, etc. El artista, aunque no esté en la raíz del quehacer humano, es aliado necesario y adecuado de su desenvolvimiento.

Cuando digo que Mirabeau era un artista, quiero decir que doquiera que sus energías hubiesen hallado cauce, habría deseado gozar y crear goce por algún medio concreto. Este medio era en parte literario, pero en mayor medida expresión oral. Ser un *tribuno*, que es ser la voz de grandes multitudes, persuadir, más aún, agradar por el acento y el ritmo mismo de sus frases, era lo que le atraía como hombre, pero también ponía en su arte aquello sin lo cual ningún arte grande puede existir: el puro intelecto.

Mirabeau creía en los principios por lo menos básicos que subyacían el movimiento revolucionario, los entendía y estaba dispuesto a difundirlos; pero su dominio de los hombres no se debía a esta convicción; su dominio de los hombres era por entero el de un artista, y si por acaso se hubiera dedicado a librar un ataque contra la democracia, habría sido casi tan famoso como llegó a serlo por su defensa. Debemos, pues, considerar siempre a

Mirabeau como orador, si bien dotado de una inteligencia fina y preclara y de no pequeña dosis de fe razonada.

Mucho queda todavía por decir de él.

Era un caballero, es decir, disfrutaba y sufría a la vez las consecuencias inherentes a la riqueza heredada y al ambiente que rodea su dispendio. Por esta razón, estando personalmente provisto de escasas riquezas, vivía endeudado, y consideraba las sumas necesarias a su tren de vida y a sus grandes oportunidades como algo que la sociedad, si así pudiera decirse, le debía. Estamos en lo cierto cuando afirmamos que aceptaba sobornos, pero nos equivocamos al pensar que tales sobornos le creaban las mismas obligaciones que a un hombre de carácter más mezquino o de origen menos afortunado. Condescendía, como cualquier caballero, a toda suerte de bajas intrigas para obtener "lo necesario y lo efectivo": esto es, dinero para vivir su papel. Pero tenía detrás una fuerza propulsora enraizada en todo él, que impedía que esas sumas dirigieran su oratoria o lo convirtieran en simple vocero. Nunca fue ese impurísimo fenómeno político, el "hombre de partido". Aun cuando hubiera nacido cien años después y se hubiese lanzado a la suciedad de la vida parlamentaria moderna, jamás habría sido "un diestro parlamentario".

Mirabeau tenía tras de sí una cierta historia personal que hay que conocer para comprender su temperamento.

Había viajado mucho, conocía bien a los ingleses y alemanes de las clases más pudientes. Al populacho lo conocía mal, aun al de su mismo país; al del extranjero, absolutamente nada. Había sufrido por el desafecto de su padre, por las consecuen-

cias de sus propias pasiones desenfrenadas, y no poco por infortunios meramente casuales. Capaz de un prolongado y fiel afecto hacia alguna mujer, la oportunidad de tal afecto no se le ofreció hasta pocos meses antes de su muerte. Capaz de prestar leales y diligentes servicios a algún sistema político, ninguno lo había elegido como servidor. Es materia de fructíferas especulaciones el meditar qué habría hecho por la monarquía francesa si el destino le hubiese llevado tempranamente a la corte y dado intervención en los asuntos del poder ejecutivo francés antes de que estallara la Revolución. Tal cual las cosas, la Revolución le brindó su oportunidad sólo porque derribó viejas barreras y convenciones, y porque destruyó la estructura del Estado en que vivía. Se vio compelido a participar en la Revolución como una especie de destructor puesto que su ocasión no se le brindó por otro acceso; pero por naturaleza aborrecía la destrucción. Lo que quiero decir (ya que esta frase es algo vaga) es que Mirabeau aborrecía ese espíritu que priva a una nación de ciertas instituciones permanentes que sirven propósitos definidos, sin un claro plan acerca de cómo remplazarlas por otras que sirvan a fines similares. Por ello fue un defensor sumamente auténtico y sincero de la monarquía, institución permanente que sirve a los fines definidos de la unidad nacional y la represión de tendencias oligárquicas dentro del Estado.

Mirabeau no tenía ninguna "visión" revolucionaria. Por sus ideas era viejo prematuramente, ya que su mente había recorrido con rapidez un campo muy vasto de experiencias. La doctrina pura de la democracia que para muchos de sus contemporáneos era una religión —con todas las consecuencias

de tal— nunca había pensado aceptarla. Pero ciertas consecuencias de las reformas propuestas le atraían poderosamente. Deseaba verse libre de barreras inertes y absurdas, de privilegios que ya no correspondían a diferencias sociales verdaderas, de viejas tradiciones en el manejo del comercio que ya no correspondían a las circunstancias económicas de su época, y (este es el punto clave) de los fósiles de un viejo credo religioso que, como la mayoría de los de su rango, daba sencillamente por muerto: porque Mirabeau se hallaba totalmente divorciado de la Iglesia Católica.

Mucho se ha dicho y se dirá en estas páginas acerca de la querella religiosa que, aunque los hombres apenas lo vislumbraron en ese entonces, abrió una brecha a través del esfuerzo revolucionario y estaba destinada a ser la línea de ruptura permanente en la vida francesa. Se repetirá una y otra vez lo que ya se ha escrito, que una reconciliación entre la Iglesia Católica y la reconstrucción de la democracia era, aunque los hombres no lo sabían, el principal negocio temporal de la época, y el lector de estas páginas podrá por ellas llegar a conocer bien la degradación en que había caído la religión entre los espíritus cultivados de esa generación. Pero en el caso de Mirabeau esa ausencia de religión debe destacarse en particular. Tan lejos se hallaba Mirabeau de pensar que la fe católica tenía un futuro como lo estaría (digamos) un político inglés treinta años atrás de pensar que los irlandeses podrían transformarse en una comunidad rica o que un gobierno inglés de su época podría llegar a sufrir dificultades monetarias. Utilizo este paralelismo con el objeto de robustecer mi argumento, pero en realidad es un paralelismo ineficaz.

Ningún paralelismo contemporáneo en estos nuestros tiempos extraños y rápidamente cambiantes corresponde a la certeza firme que saturaba todo el fin del siglo XVIII acerca de que la Fe Católica había muerto. Quizá Mirabeau jamás en su vida entró en íntimo contacto con un solo hombre que tomara los sacramentos católicos seriamente o que sufriera momentánea angustia por los dogmas de su credo.

Mirabeau sabía, por cierto, que algunas mujeres y un número mucho menor de hombres insignificantes se sumergían en viejas prácticas de una extraña especie supersticiosa; sabía que grandes extensiones anodinas de campesinos ignorantes, en proporción a su pobreza y aislamiento, repetían mecánicamente las viejas fórmulas de la Fe. Pero de la Fe como cosa viva Mirabeau no podía tener ni idea.

Veía, por un lado, una institución clerical, de carácter económico, que proveía de plazas y rentas a hombres de su misma clase; conocía a esos hombres y nunca descubrió que tuviesen ninguna religión. Por otro lado veía una sociedad propuesta en la cual ese fósil, injusto y absurdo, debía renunciar a la posesión de sus grandes rentas. Pero la Fe como fuerza social, como algo capaz de revivir, no podía concebirla. Le hubiera parecido simple locura sugerir que el futuro podría dar cabida a la posibilidad de tal resurrección. La disolución de las órdenes religiosas, que fue en gran parte obra suya, la Constitución civil del clero sobre la cual presidió, eran para él las leyes más naturales del mundo. Era solamente arrasar con una cantidad de materia inorgánica que obstaculizaba al Estado moderno. A este respecto sentía lo que podríamos sentir noso-

tros acerca de la compra de espacios vacíos en nuestras ciudades o la confiscación a los malos propietarios que los retuviesen. La Iglesia no servía a ningún propósito, nadie de importancia creía en ella, la defendían sólo los que gozaban grandes rentas por la supervivencia de lo que una vez fue —pero que ya no era— una función social viviente.

En todo aquello que comprendía acerca de la Revolución, Mirabeau era partidario de la prudencia. No era indiferente a una concepción de gobierno popular, ni siquiera le inspiraba desconfianza, pero no podía concebirlo sino actuando por medio de la fuerza establecida de las clases más adineradas. Juzgaba al poder militar muy principalmente a través de ojos prusianos. Y en pasajes extensos y entusiastas describía como invencible al ejército prusiano. Si hubiera vivido para verlo, el entusiasmo militarista de los republicanos le habría inspirado un recelo total. Su corazón se inclinaba por una maquinaria social aristocrática, aunque no por una teoría aristocrática del Estado; se hallaba en un todo dispuesto a conservar la monarquía tradicional de Francia como un órgano nacional disminuido pero viviente; sentía curiosidad por una serie de detalles que estaban presentes y conocía muy de cerca: sistemas de votación, limitaciones constitucionales, códigos de comercio y demás. También le interesaban los minúsculos equilibrios de la diplomacia y el observar a los hombres que actuaban ante su vista inmediata en el Parlamento.

En el Parlamento encontró campo para toda su actividad; desde allí comenzó a orientar a la Revolución; después de su muerte, su ausencia es lo que más siente el Parlamento en el verano de 1791.

Este brevísimo esbozo no basta para presentar

a Mirabeau al lector. Sólo pueden presentarlo dignamente sus discursos y documentos más retóricos. Es probable que a medida que el tiempo avance, su reputación a ese respecto crezca. Sus ideas constitucionales, basadas como lo estaban en instituciones foráneas —especialmente las inglesas de esa época— no eran aplicables a su propio pueblo y hoy día están casi olvidadas. Estaba equivocado acerca de la política inglesa al igual que en lo referente a los ejércitos alemanes, pero ejerció su arte sobre los hombres y su personalidad perdura y aumenta con el tiempo.

LA FAYETTE

El carácter de La Fayette ha sufrido principalmente, por una parte, debido a su mismo distanciamiento de sus contemporáneos y, por otra, debido a su rígida adhesión a principios. Ambas causas están claramente relacionadas. Esa misma cualidad suya que lo hacía de principios tan tenaces lo volvía desdeñoso hacia el común de los hombres que lo rodeaban. Fundamentalmente estaba más cerca de los republicanos extremistas que de cualquier otra clase, por el mismo hecho de poseer un franco credo político y la determinación para seguirlo hasta sus lógicas consecuencias. Pero no tuvo oportunidad de comprender el aspecto concreto del movimiento ni a los hombres en él embarcados, porque su gran fortuna, heredada a temprana edad, lo aisló de la experiencia. Su defecto moral fue, sin duda, la ambición. Era una ambición que obraba en el vacío, por así decirlo, y no podía medirse con las capacidades o las oportunidades de los demás hombres. La Fayette no tenía aspiraciones de ascenso, no

porque hubiera menospreciado el uso razonable de la intriga, sino porque era incapaz de manejarla. Era en exceso afecto a la popularidad, y cuando la tenía le parecía muy natural; a su vez la impopularidad la veía como prueba de la perversidad de los que lo despreciaban. Se consideraba en demasía la medida de su mundo.

Indudablemente una gran parte de la formación de su carácter provenía de su experiencia en los Estados Unidos de América. Por ese entonces se hallaba en el período más impresionable y formativo de la vida humana: era apenas algo más que un mozo, o por lo menos estaba a punto de entrar en la primera etapa de madurez. Recién se había casado y empezado a administrar su enorme fortuna. En ese momento participó en la triunfante rebelión de las colonias inglesas, y es de imaginar cuán poderoso fue el efecto de esa visión juvenil sobre su vida futura; por no existir proletariado en las colonias, nunca vio ni comprendió a las clases desposeídas de París —como tampoco vio ni comprendió jamás a los campesinos franceses de sus propias tierras—; porque una milicia fortuita de voluntarios, en las condiciones peculiares del semipoblado litoral atlántico en conjunción con la armada francesa y con la ayuda de dinero y armamento franceses, había podido sobreponerse a las fuerzas pequeñas y heterogéneas de Jorge III, creyó que una nación militar como Francia, en medio de poderosos enemigos, podría sacar partido de una fuerza civil de aficionados; porque un cierto tipo de desahogo en las relaciones sociales era el ideal de muchos, quizá de la mayoría, de aquellos con quienes había servido en América, confundió un ideal tan sencillo y temporal con el feroz estallido de las Cruzadas y la sagrada pasión por la igualdad que agitaba a su propia nación, cuando le llegó el momento de dirigir.

Puede decirse de La Fayette con justicia que nunca en ocasión alguna hizo lo que convenía. Puede decirse también con justicia que nunca en lo político hizo algo de consideración que su propia conciencia pudiera más tarde reprocharle. Es de destacar que la Reina le profesó un odio especial. Había sido un joven y acaudalado noble de la Corte, amigo de todas sus amigas, y por ello su simpatía para con la Revolución en sus albores se le antojaba a la Reina nada menos que una traición. Sin duda también había algo en la modalidad de La Fayette que la repelía terriblemente; no podemos dudar —los acontecimientos se encargan de demostrarlo— de que era pagado de sí mismo, y con frecuencia un inútil, y por ende exasperaba a las mujeres. Pero el violento antagonismo personal de María Antonieta contra La Fayette no era común, aunque varios espíritus ardientes (entre ellos Danton) lo compartían. El grueso de los que se cruzaron con La Fayette sentían hacia él cierta irritación o un cierto desdén o cierto respeto bastante mínimo y distante; no inspiraba entusiasmos, y cuando intentó tímidamente rebelarse contra el nuevo gobierno tras la caída de la monarquía, nadie quiso sacrificarse por él ni seguirle.

Puede afirmarse de La Fayette que, si no hubiera vivido, la Revolución habría seguido con mucho el mismo curso que siguió, con esta salvedad: que no se habría formado una guardia armada, netamente de clase media, que provocó fricciones en París: la Guardia Nacional habría sido más accesible a todas las clases.

En lo religioso La Fayette era anodino. Católico naturalmente por haber recibido el bautismo, pero en definitiva protestante por su moral y tono general, por dogma fue, claro está, librepensador (y hasta el fin de sus días) como todos sus contemporáneos. En lo personal era valiente, pero neciamente despreciaba el duelo. Una anécdota entre muchas ayudará a precisar su carácter en la mente del lector. Mirabeau, tanteando como de costumbre a su alrededor en busca de alivio a sus deudas, apeló con urgencia a La Fayette como a un camarada aristócrata, político y defensor de la Corona, pidiéndole un préstamo de 2.000 libras. La Fayette le acordó 1.000.

DUMOURIEZ

Dumouriez presenta un carácter particularmente difícil para la comprensión de un inglés moderno, tan lejano está en lo esencial y lo circunstancial de nuestra época.

De buen origen pero nacido en una generación en la cual las diferencias sociales se habían convertido en una burla para los hombres activos e inteligentes (y él lo era), valiente, con buen conocimiento de su oficio de soldado, de decisiones rápidas y excelente juicio en lo concerniente a tropas o terrenos, estaba absolutamente a ciegas con respecto a comprensión de los hombres, y no profesaba ninguna lealtad hacia el Estado.

Este último rasgo es el que sorprenderá especialmente al lector inglés, porque es ventaja singular y permanente de las comunidades oligárquicas, tales como la británica, el mantener bajo cualquier tensión, y demostrar en toda la extensión de la

nación, el sentido del Estado. Traicionar al Estado, actuar contra sus intereses, hallarse imperfectamente consciente de su existencia, son crímenes o debilidades desconocidas para los ciudadanos de una oligarquía, y un ciudadano de este país no puede hoy día concebirlas con facilidad. En las democracias y en los despotismos, por otra parte, olvidar el deber de cada uno para con el Estado, echar casi en el olvido su existencia colectiva, es una debilidad común. Hay aquí una compensación, y precisamente en la misma medida en que el despotismo y la democracia permiten acción rápida, efectiva y compulsiva de parte del Estado, en tanto permiten entusiasmos repentinos y a veces milagrosos que salvan o que confirman a un Estado, por eso también carecen de la tranquila y persistente conciencia del Estado que la oligarquía estimula y determina.

El mérito de Dumouriez como general sólo puede ser apreciado por los que hayan analizado de cerca la constitución de las fuerzas que iba a comandar y los adversarios con que había de medirse. Es cualidad primordial de un gran comandante el tener la mente preparada para cualquier cambio de las circunstancias o del material a su alcance, y aun cuando hayamos admitido el elemento de suerte, tan importante en cuestiones militares, no debemos olvidar que Dumouriez salvó sin desastres a los grupos infortunados y desorganizados —bisoños y muy rebelados contra sus antiguas unidades, inútiles e inexpertos para las nuevas— que en el Argonne y más allá tuvieron que enfrentar al ejército modelo de Prusia.

No debemos olvidar que su plan para la invasión de los Países Bajos era preciso y sensato, ni tampoco con qué habilidad, después de la inevitable

derrota y retirada de la primavera de 1793, salvó su comando intacto.

Como subordinado de un ejecutivo armado, del gobierno de Napoleón por ejemplo, este hombre habría sido inapreciable. Más aún, si las circunstancias le hubieran permitido conservar el mando supremo tanto del poder civil como del militar, no habría sido un mal dictador. Su sola destreza técnica era tan considerable que las grandes sumas que le pagó el gobierno inglés resultan buen negocio aun a esta altura en el tiempo, y sus planes para la defensa de Inglaterra y el ataque contra Napoleón son pruebas de la estima en que se le tenía.

Pero Dumouriez era totalmente incapaz de actuar en las circunstancias especiales en que le tocó hallarse en el momento de su traición. Una mera ambición lo había llevado de intriga en intriga con los políticos. Los despreciaba como un soldado activo y competente tenía que despreciarlos; estaba demasiado viejo para compartir ninguno de sus entusiasmos, aun cuando su temperamento le hubiera permitido abrigar alguna ilusión política o religiosa. Por cierto que nunca se sintió ligado moralmente hacia lo que era, a sus ojos, la anarquía fortuita de los últimos seis meses de gobierno francés bajo el cual sirvió, y si hay que tildarlo de traidor, entonces debemos extender la misma denominación a toda la multitud de hombres diversos que huyeron del país en la emigración, que lo abandonaron con repugnancia o que, aun permaneciendo en Francia, desesperaron de la suerte de su nación en el torbellino de 1793.

Quizá sea excusa válida para el fracaso de Dumouriez señalar que era también uno de aquellos a los que la Corte podría haber utilizado si hubiera

sabido utilizar a los hombres; pero la Corte no poseía tal ciencia.

DANTON

La personalidad de Danton ha impresionado al mundo en mucho mayor medida que la de cualquiera de los otros jefes revolucionarios, porque contenía elementos permanentemente humanos, independientes de la teoría democrática de la época e innecesarios tanto para la defensa como para la crítica de dicha teoría.

La individualidad de Danton apela a ese sentido humano que se interesa por la acción y que en el campo de las letras adopta la forma dramática. Su vigor, su fuerza personal de cuerpo y espíritu, la individualidad de su perfil, llaman por igual la atención del hombre amante de la Revolución y del que la odia y del que permanece del todo ajeno a su éxito o fracaso.

A este respecto los historiadores, especialmente los extranjeros, han sido propensos al equívoco acerca de Danton hombre. Así Carlyle, de gran intuición en la materia, lo pinta, sin embargo, como un labriego, lo que por cierto no era; Michelet, fascinado por su energía, lo presenta como bastante inculto; y en general, los que lo describen permanecen a una distancia, por así decir, desde donde mejor se aprecian su voz potente y su ademán enérgico; pero para conocer de verdad a un hombre hay que conocerlo en su intimidad.

Danton era esencialmente un compuesto de dos poderosos rasgos humanos. Era afectivo o constructivo, y a la vez no sólo poseía lucidez de pensamiento sino que también gustaba ejercerla. Es una

de las combinaciones más poderosas entre las que contribuyen a formar las personalidades humanas.

Lo que había de afectivo y constructivo en él, su virilidad si se quiere, lo ponía en estrecho contacto con la realidad; conocía y amaba a su propio país, por ejemplo, y prefería infinitamente la feliz supervivencia de éste al desenvolvimiento total de cualquier teoría política. También conocía y amaba a sus compatriotas en detalle y como individuos; sabía en qué residía la debilidad del francés, y qué constituía su fortaleza. Le disgustaba, aunque sin verla como tal, la vena hugonote de sus compatriotas. Por otra parte, la sal y la frescura de los franceses le eran innatas y lo deleitaban; la libertad de su expresión, el bullicio de su retórica y el trasfondo militar que hay en ellos eran cosas a las que reaccionaba inmediatamente. Comprendía su risa, y no lo escandalizaban, como le hubiera sucedido a un hombre menos nacional, sus vicios peculiarmente nacionales y, en especial, sus accesos de furor. A ello hay que atribuir principalmente la mayor parte de las culpas que le adjudican las opiniones imparciales, a saber, su indiferencia hacia las crueldades, su profundo interés por las cuestiones extranjeras y militares, en el momento de las matanzas de setiembre.

Este contacto con la realidad lo hizo comprender, en cierta manera (aunque sólo desde fuera), el carácter de los alemanes. La estúpida manía de sus gobernantes por una mera expansión territorial sin acompañarla de la persuasión o de la difusión de sus ideas, le resultaba comprensible. Percibía con claridad la amplia superioridad de los ejércitos alemanes sobre las desorganizadas fuerzas de los franceses en 1792; de ahí proviene, por un lado, su captación de su política extranjera, y por otro, su hábil negociación de la retirada después de Valmy. Sin embargo, también comprendía, y con mayor penetración, la rápida autoorganización de que sus compatriotas eran capaces, y en este conocimiento residía su determinación de arriesgar la continuación de la guerra. Habría que destacar que, tanto en la acción militar como en la cuasi-militar, él mismo estaba imbuido en grado singular de ese poder de decisiones inmediatas que es característica de su nación.

Su lucidez de pensamiento le permitió prever las consecuencias de muchas decisiones revolucionarias y, al mismo tiempo, lo inclinó hacia una marcada simpatía por el credo democrático, por la doctrina de la igualdad y, especialmente, por la remodelación de las instituciones nacionales —en particular su misma profesión legal— sobre sencillas líneas. Indudablemente Danton era un revolucionario sincero y convencido, uno a quien esa doctrina impregnaba más que a muchos de sus contemporáneos, de mente menos sólida. Mas no por esto era forzosamente republicano. Si el azar hubiera puesto en juego su genio más al principio del curso de la lucha, bien habría podido pensar —al igual que Mirabeau, con el que presenta tan curioso paralelismo— que era más conveniente para el país salvar a la Monarquía.

Siempre debe recordarse que era hombre de vasta cultura y que había conseguido un temprano y satisfactorio éxito profesional; en la época de su matrimonio de juventud disfrutaba de una sólida renta; leía extensamente en inglés y sabía hablarlo. Su indumentaria no era costosa y, si bien algo desordenada (como suele suceder con los hombres de intensa energía y gesticulación constante), nun-

ca daba impresión de descuido o desaliño. Tenía numerosos y variados intereses intelectuales y, además, era capaz de aplicarlos con inteligencia a diferentes campos. Apreciaba el rápido crecimiento de la ciencia física y, al mismo tiempo, la complejidad de las antiguas condiciones sociales que presentaban una diferencia en exceso marcada con las verdades contemporáneas.

Por la religión, como todos los hombres de esa época sentía, por supuesto, una total indiferencia, pero, al contrario de muchos de ellos, captaba la justa proporción de su efecto remanente en algunos distritos y secciones rurales. Ha habido últimamente una tendencia a exagerar el papel que la masonería hizo en el impulso inicial de su carrera; ciertamente era miembro de una logia masónica, como, por otra parte, lo eran todos los hombres, conspicuos u obscuros, democráticos o completamente reaccionarios, que aparecieron en el escenario revolucionario: probablemente el Rey, algunos viejos aristócratas como el padre de madame de Lamballe y todo el grueso de la clase media, desde hombres como Bailly hasta hombres como Condorcet. Pero sería leer la historia al revés y pensar que las características de nuestra propia época se hayan dado un siglo atrás, el convertir a la masonería en elemento determinante de la carrera de Danton.

Danton fracasó y murió por dos causas combinadas: primero, por su salud, que se quebrantó, y luego por anteponer su sensatez y su sentido cívico al furor violento y a la deliberada ley marcial del segundo año de la República. Tanto para ese furor como para esa deliberación Danton era un obstáculo: su oposición al Terror le quitó el apoyo de los entusiastas, pero fue la interferencia de la opinión

suya en los planes de los militares, y especialmente de Carnot, lo que determinó su condena y su muerte. El también, como Mirabeau, crecerá, sin duda, a medida que pasen los años, y aunque sólo fuere como representante del temperamento nacional, se convertirá cada vez más en la figura típica de la Revolución en acción.

CARNOT

Carnot, el predecesor de Napoleón y el militar organizador de las primeras guerras revolucionarias, debe su fuerza a su fibra.

No sólo poseía buena solidez mental sino también asombrosa capacidad para usarla interminables horas. Esto lo debía quizá a la excelencia física de su origen: era el mayor de la numerosa familia de un notable abogado de Burgundia.

El orgullo de Carnot lo constituía el poseer un cargo en las milicias ilustradas que en aquella época iban a transformar el arte de la guerra: puesto que, así como su sucesor Bonaparte era artillero, Carnot era zapador. Su ejercicio del conocimiento exacto de la práctica, y la educación liberal que su carrera demandó, robustecieron aun más el carácter recio que había heredado. Mayor importancia todavía tiene el hecho de que en sus opiniones democráticas era convencido y sincero, lo que no había sido ninguno de los antiguos oficiales. No había sufrido la influencia de los muy ricos ni de los muy poderosos. Era joven y sabía lo que quería no sólo en materia de credo político sino también en el campo general de la filosofía y en el especial de la ciencia militar.

Se ha dicho de él que inventó el método revolu-

cionario de la concentración estratégica y la masificación táctica sobre el terreno. Algo de cierto hay en ello; pero el método no habría sido posible si no hubiese inventado también, junto con Danton, y mantenido después que Danton abandonó el poder, un sistema de conscripción universal.

Carnot comprendía, como sólo pueden hacerlo los soldados diestros, el valor de las cantidades, y *con gran sagacidad contaba con el temperamento nacional;* así, en Wattignies (que fue una victoria directamente debida a su genio), a pesar de que para él era nuevo tener de repente tropas en pelotón por la derecha después de un rechazo por la extrema izquierda del campo, sin embargo esa novedad no habría tenido consecuencias si no hubiese comprendido que podía contar con una carga librada por sus jóvenes compatriotas de la caballería, después de 36 horas de vigilia.

En la guerra utilizó el temperamento no sólo nacional sino también revolucionario. Una de las principales características, por ejemplo, de los ejércitos revolucionarios cuando empezaron a triunfar, fue el comenzar a tender líneas de hostigamiento que encabezaban el avance por delante de los cuerpos mayores y que fueron los primeros en la historia de la guerra moderna en aprender el uso del *camouflage.* Este descubrimiento fue espontáneo: se produjo dentro y en cada una de las unidades, sin mediar ninguna orden general. Pero Carnot lo percibió en Hoondschoote y lo usó desde entonces.

La estoica inflexibilidad de su temperamento es el más noble entre los muchos rasgos nobles de su alma. Nunca aceptó el imperio, y sufrió el destierro, por lo cual le tocó aparecer ante los ojos del más vil e inteligente de sus contemporáneos, Fouché,

como un simple tonto. Fue tan duro para consigo mismo como para con los demás, un militar completo por su estructura mental, y el principal supervisor del Terror, que utilizó, como tenía que ser, para la salvación militar de la República.

MARAT

A Marat puede juzgárselo fácilmente. La completa sinceridad del entusiasta no es difícil de apreciar cuando su entusiasmo se consagra a un sencillo ideal humano que ha sido, por así decirlo, fundamental y común a la humanidad.

Igualdad dentro del Estado y gobierno del Estado por la voluntad general: estos dogmas prístinos, que la Revolución se propuso recuperar, fueron el credo de Marat.

Los que quieren ridiculizarlo o condenarlo porque profesaba tal credo, son evidentemente incapaces de discutir en manera alguna la cuestión. El ridículo y la condena que cubren con justicia a Marat no se deben a las patentes verdades morales que sostuvo, sino al modo como las sostuvo. No solamente las sostenía aislándolas de otras verdades —como hacen los fanáticos con cualquier verdad— sino que lo hacía como si no existiesen ningunas otras verdades. Y cuando quiera que encontraba su ideal puesto en práctica bajo fricción o sofocado, sus entusiasmos ávidos y agudos buscaban inmediatamente una víctima propiciatoria, descubrían un agente responsable y le sugerían un salida violenta para tal demora.

Con frecuencia acertaba al denunciar a algún intrigante político: con frecuencia quería sacrificar

a una víctima condenada no sin justicia, con frecuencia descubría al agente parcialmente responsable, y aun las soluciones violentas que proponía no siempre eran impracticables. Pero el error principal de su mente torturada fue que, salvo víctimas y súbitos manotazos violentos en pro del éxito de la democracia, ninguna otra cosa pudo concebir. Era incapaz de admitir las imperfecciones, las tonterías, la incomprensión de una mente para con la otra, la simple acción del tiempo y todo lo que hace la vida humana tan infinitamente compleja e infinitamente adaptable.

El humor, reflejo de esa sabiduría, le faltaba; el "juicio" (de acuerdo a la expresión inglesa) le faltaba aun más, si es que se puede atribuir un término comparativo a esos dos vacíos tan absolutos.

No hay que olvidar que la ausencia tan total de ciertas cualidades necesarias para la formación de la mente equivale a la locura. Marat no era cuerdo. Su locura con frecuencia era generosa; el credo inherente a la misma muy obvio y, para la mayoría de nosotros, un credo aceptable. Pero dentro de la sociedad él lo usaba como lo usaría un loco que está loco por el colectivismo, digamos, o por el derecho de propiedad, pensando en esa única tesis, gritándola con la boca espumosa, perdiendo todo control cuando su aceptación era, ya no digamos objetada, sino apenas demorada. Marat fue inapreciable para el cumplimiento de los fines de la Revolución. Su doctrina y su adhesión a ella tan notablemente simples y sinceras que no es de extrañar que el populacho lo convirtiera (por unos pocos meses) en una especie de símbolo de sus demandas.

En lo demás, su rostro, como su carácter, era torturado; tenía una enfermedad de la piel que

irritaba perpetuamente su talante del todo desequilibrado.

Algunos dicen (pero al leer la historia hay que cuidarse siempre de eso que llaman "ciencia") que la mezcla de tipos raciales le producía una perturbación física constante: su cara estaba verdaderamente distorsionada y desequilibrada. Pero las sugerencias físicas de esta índole son muy poco dignas de crédito.

Los que lo conocieron en el manejo de los asuntos lo consideraban bastante insignificante; unos pocos que lo conocieron íntimamente lo amaban con ternura; los más que lo trataban de continuo se irritaban y fatigaban ante su violencia vacua. Entre los jóvenes revolucionarios era casi un hombre de edad; no hay que olvidar que era un distinguido estudioso en su profesión, la medicina; y en la Revolución tuvo menos eficacia que cualquier hombre poseedor de una reputación de igual prominencia. A él debe atribuírsele toda la responsabilidad por las matanzas de setiembre [1].

ROBESPIERRE

Ningún personaje de la Revolución necesita más extensas lecturas y mayor conocimiento del carácter nacional para ser comprendido que Robespierre.

De ningún otro personaje depende tanto la comprensión de la época, y ninguno (por razones que daré en seguida) ha sido más mal comprendi-

[1] Hay una sola monografía valedera sobre Marat. Interesará al estudioso como prueba del entusiasmo que Marat suele inspirar. Es de Chèvremont.

do, no sólo en la leyenda popular sino también en las calibradas decisiones de los historiadores competentes.

Esto es tan verdad que ni siquiera el tiempo, que (unido a la erudición) suele rectificar tales errores, ha permitido ni aun a los autores modernos dar una verdadera pintura de Robespierre hombre.

La causa de tan conspicuo fracaso en el dominio de la historia es ésta: que junto al verdadero Robespierre, en las mentes de todos sus contemporáneos *excepto aquellos que realmente tuvieron que verse con él en las funciones de gobierno,* existió un Robespierre legendario, un Robespierre imaginado popularmente, y este Robespierre imaginario, en tanto se ha vuelto odioso a la posteridad, pareció —mientras vivía— un fascinante retrato al mismo Robespierre, quien, por consiguiente lo aceptó. Porque Robespierre, aunque justo, carecía de humildad.

El problema es en extremo sutil, así como también en extremo arduo. El historiador, cuando lee sus fuentes, eternamente tiene que estar haciendo distinciones entre lo que es prueba contundente y prueba endeble, y a medida que lee, retornar a la realidad mediante el recuerdo de lo que el mismo Robespierre fue. Si así no lo hace, cae en seguida en la leyenda: tan poderosa es tal leyenda por el número de los que la propiciaron, y tan enérgicamente la estimuló la propia actitud de Robespierre. El Robespierre legendario puede ser descrito en muy pocas líneas.

Imaginad un hombre sinceramente convencido de la teoría democrática más pura, un hombre al que nada preocupaba fuera de la realización de esa teoría, y que nunca había sacrificado la prosecución de su realización en el Estado a ninguna ventaja personal de ninguna clase. Este hombre, en quien el pueblo confiaba y al que finalmente idolatró, es cada vez más poderoso. Ingresa en el organismo gobernante (el Comité de Salud Pública), se convierte en amo tanto dentro como fuera de ese organismo, y usa de su supremacía para establecer una democracia ideal que ha de reconocer la existencia de Dios y descansar sobre las virtudes cívicas; y para establecer ese ideal tiene que recurrir al terror. Descubre que las defecciones humanas a ese ideal van aumentando en cantidad: las castiga con la muerte. Las matanzas llegan a ser enormes; los mejores demócratas caen en ellas; al final tal estado de cosas no puede tolerarse más, sus subordinados inmediatos se rebelan en el Comité, y es proscripto; no logra realizar una rebelión popular a su favor en París, es ejecutado, y su sistema de terror se derrumba.

Este cuadro, aunque de tono puramente legendario, contiene no sólo mucho de verdad, sino también verdad precisamente de aquella especie que conspira para hacer verosímil lo que en conjunto es falso.

Robespierre tenía sincera devoción al concepto de democracia ideal; era incorruptible en su prosecución, y ser político e incorruptible viene a constituir algo así como lo que la Iglesia llama virtud heroica en un hombre. Entró *realmente* al Comité de Salud Pública, *realmente* apoyó al Terror, y cuando Robespierre cayó el Terror *realmente* terminó. ¿En qué difiere, pues, la leyenda de la verdad?

En estos puntos capitales, que lo cambian todo: Robespierre no era la principal influencia en el Comité de Salud Pública, es decir, el todopoderoso

ejecutivo de la República; él no deseaba el Terror, no lo utilizó, aun llegó a disgustarle, y, en general, nunca fue el que gobernó a Francia.

Casi no es necesario destacar cómo semejante verdad destruye semejante leyenda. El carácter total de los doces meses que corren entre el verano de 1793 y el de 1794 varía por fuerza según se los considere meses robespierranos o no: y no lo fueron.

Entonces ¿qué fueron, y por qué ha surgido el error de considerar a Robespierre como el dominador en esos momentos?

Esos meses, que *grosso modo* pueden denominarse los meses del Terror, fueron —como lo veremos más adelante en este libro— meses de ley marcial; y el Terror fue simplemente ley marcial en acción: un método para imponer la defensa militar del país y para castigar a todos los que interferían con el Comité, o a los que el Comité suponía que lo hacían.

Ningún miembro del Comité fue el autor de este sistema, pero el más decidido a usarlo y el que más ocasiones tuvo fue, sin lugar a dudas, el organizador militar, Carnot. Junto a él un hombre, Barère, apoyaba el terror, porque así mantenía vivo al Comité de Salud Pública del cual derivaba su posición política. Otro hombre, Saint-Just, lo apoyaba porque creía que el ganar la guerra (en la cual tomó parte activa) aseguraría la democracia por doquier y para siempre. Otro, Jean Bon, lo apoyaba por su vieja amargura sectaria de hugonote. Pero de todos los hombres del Comité, Robespierre era el que menos apoyaba el Terror y el más sospechado por sus colegas —y cada vez más sospechado a medida que pasa el tiempo— de querer interferir en el sistema marcial del Terror y modificarlo.

¿Por qué, entonces, Robespierre fue popularmente identificado con el Terror y por qué, cuando fue ejecutado, éste cesó?

Robespierre fue identificado con el Terror porque estaba identificado con el clamor popular de su tiempo, con el extremado sentimiento democrático de la época y su extremado temor a una reacción. Siendo Robespierre el ídolo popular, se había transformado también en el símbolo de un frenesí popular que supuestamente gobernaba al país. Pero ese frenesí no gobernaba al país. El que gobernaba al país era el Comité de Salud Pública, del cual Carnot era cerebro maestro. Robespierre era el ídolo de la plebe, ciertamente, pero en modo alguno el agente de su poder, ni de ningún otro poder.

¿Por qué, cuando él cayó, cesó el Terror, si no era obra suya? Porque el Terror actuaba bajo una tensión; fue con la máxima dificultad que este sistema marcial absoluto, intolerante e intolerable, pudo proseguir una vez desaparecido el temor de invasión. En las semanas anteriores a la caída de Robespierre las victorias habían comenzado a hacer innecesario el Terror. Cuando el Comité se ocupó de que Robespierre fuera proscripto por el Parlamento, removió sin saberlo la piedra angular de su propia política; la posición popular de Robespierre era lo que había hecho posible la política del Comité. Cuando Robespierre fue eliminado se vio que el Terror no podía seguir manteniéndose. Los hombres lo habían soportado por Robespierre, pensando erróneamente que él lo había querido. Tras su desaparición, no pudieron soportarlo más.

Finalmente, si el mismo Robespierre siempre se había opuesto al sistema del Terror, ¿por qué no encabezó la reacción popular en su contra?

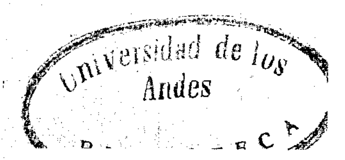
Danton le había brindado la oportunidad en diciembre de 1793, siete meses antes de su propia catástrofe. El Comité decidió sacar a Danton del medio porque Danton, al solicitar clemencia, debilitaba el poder marcial del gobierno. Robespierre podía haber salvado a Danton: prefirió dejar que lo sacrificasen. La razón era que Robespierre creyó erróneamente que la popularidad estaba del lado del Terror y en contra de Danton; no era en modo alguno un conductor (salvo en la retórica, y ésta dirigida hacia lo que lo hombres ya deseaban), y su propia gran debilidad o defecto era el gusto por las aclamaciones populares.

Más tarde, en el verano de 1794, cuando de hecho Robespierre ya había comenzado a actuar contra el Terror, lo hizo sólo en privado. Desconocía tanto a los hombres que aún creía que el Terror era popular, y no se atrevía a perder su popularidad. Hombre por naturaleza sincero como el cristal, se vio tentado a no ser sincero en esta importante cuestión en los últimos meses de su vida, y cedió por completo a esa tentación. Para su memoria fue algo deplorable, y deplorable también para la historia. Su debilidad ha sido la causa de un error histórico tan grave como cualquiera de los que pueden hallarse en la literatura moderna, y que a la vez lo ha desacreditado por completo ante la posteridad.

Un factor de la gran posición pública de Robespierre que a menudo se olvida es el gran efecto de sus discursos. El hecho de que los hombres todavía discutan, después de un cambio tan notable en el gusto, si esos discursos fueron elocuentes o no, es prueba suficiente de su efecto. Hablaba de una manera ordenada y razonable, que aburría a los espíritus superiores de los primeros Parlamentos,

pero muy adecuado a las convicciones violentas de la Revolución posterior. Su fraseología, su punto de vista, seguía los saltos de los de su auditorio. Sabía expresar lo que éste sentía, y expresarlo en términos que su auditorio sabía eran exactos y que consideraba solemnes. Porque su modalidad nunca era exagerada, y los hombres exagerados que lo escuchaban con ánimo exagerado sentían orgullo de saber que su violencia podía ser expresada con tanta erudición y moderada habilidad.

Por origen pertenecía a la pequeña nobleza aunque era pobre. Una muestra de su carácter es el haber pensado tomar los hábitos y el hecho de que en su primera juventud lo haya afectado cierta vanidad literaria. No ha dejado un monumento; pero en razón de la intensidad de su fe y de cómo la practicó, su fama, si bien no es probable que crezca, con seguridad ha de perdurar.



Capítulo IV

LAS ETAPAS DE LA REVOLUCION

I

DE MAYO DE 1789 AL 17 DE JULIO DE 1789

El primer punto que el lector debe retener en la historia de la Revolución es la querella entre el primer Parlamento y la Corona.

¿De qué naturaleza fue esa querella?

No fue, como se la describe a veces, una sencilla cuestión entre el privilegio y la demanda democrática de igualdad, o entre los órganos tradicionales de gobierno y una demanda democrática de autogobierno por la nación. Imaginar eso es leer la historia al revés y ver en las condiciones inéditas de 1789 los resultados maduros que sólo aparecieron después de años de lucha.

La cuestión primordial se planteaba entre la legalidad y la ilegalidad.

Las condiciones de la ley y todo el sistema hereditario de administración francesas demandaban cierta forma de autoridad: un gobierno centralizado de poder ilimitado. El Rey era absoluto. De él procedía, de la manera más sencilla, toda la voluntad prevalente del Estado. Podía suspender las obli-

gaciones de un deudor, encarcelar a un hombre sin juicio previo, ponerlo en libertad sin revisión del caso, declarar la guerra o la paz, y en detalles secundarios tales como la reglamentación y administración de los organismos públicos, el poder de la Corona era teórica y legalmente supremo. No se ejercía como el enorme poder de un gobierno moderno, no intervenía constantemente en cada detalle de la vida de los pobres en la forma que interviene el poder del gobierno inglés actual; en la naturaleza misma de un gobierno autocrático semejante está el verse obligado, pese a sus ilimitaciones teóricas, a una instintiva y perpetua autolimitación so pena de desbaratarse; y la autocracia puede en esto ser comparada a la aristocracia, o, hablando con más propiedad, a la oligarquía, gobierno de unos pocos; porque donde gobiernan unos pocos, saben que su gobierno descansa sobre la opinión o la tolerancia pública; tienen cuidado de no exceder ciertos límites cuya transgresión debilitaría la base moral de su poder; están dispuestos a las alianzas y perpetuamente buscan reclutas dentro de las otras clases de la comunidad.

Del mismo modo una autocracia siempre desea ser popular. Sus golpes afectan a los grandes y a los poderosos, y rara vez se dirigen al grueso de la comunidad. Los intelectuales, los ricos, los privilegiados por origen, fortuna o excepcionales poderes personales, son los sospechosos. En cuanto al grueso de los individuos, la autocracia intenta representarlos y, en cierto sentido, obedecerlos.

Ahora bien, la autocracia francesa (pues eso era) se equivocó, no en su voluntad de así proceder popularmente en la primera época de la Revolución, sino en el *conocimiento* requerido para esa acción.

El Parlamento, poco después de haberse reunido en mayo de 1789, empezó a demostrar, en el sector del estado llano, el funcionamiento de aquella gran teoría que había fermentado a toda Francia durante una generación. Los miembros del Tercer Estado decían: "Somos el pueblo; a la vez somos sus símbolos, sus servidores por mandato directo, y (aunque esto era una ficción) somos del pueblo por sangre y procedencia. Somos por lo tanto el verdadero soberano; y el príncipe, la cabeza del ejecutivo, no es más que un órgano de gobierno, de menos autoridad moral que nosotros, que somos el verdadero origen del poder". Esta actitud, que estaba en el fondo de todas las mentes y que se concentraba, naturalmente, en el estado llano, chocaba con la legalidad. No podía expresarse en términos de ley, no podía actuar más que de una forma que tenía que ser, en el más estricto sentido de la palabra, *revolucionaria.*

Ahora bien: la Corona, de general simpatía nacional y que comprendía bien esta nueva teoría (cuando digo la Corona me refiero al grueso de los consejeros del Rey y al mismo Rey) se sentía ofendida por la ilegalidad, no de la teoría ni de la pretensión (puestos que estas no eran ilegales), sino de la acción del Tercer Estado. Y esta fuente relativamente pequeña de fricción fue el agente irritante que hay que señalar como causa de lo que siguió. Los nobles, por 108 contra 47, decidieron, al día siguiente de la apertura del Parlamento, sesionar como cuerpo separado. El clero, por una mayoría menos considerable —133 contra 114— llegó a la misma decisión, pero tuvo cuidado de denominarla provisional. Los del estado llano declararon que el recinto en que sesionasen debería ser consi-

derado como el recinto de la Asamblea Nacional, y luego se ocuparon (según la fraseología de la moción) de "tratar de unificar en común a todos los diputados de la nación en esa sala y no abandonar jamás el principio del voto individual" (o sea, no por cuerpos separados) "o el principio de que los Estados Generales formaban un solo cuerpo indivisible". Esta actitud varió y fue modificada por algunos compromisos, en los días que siguieron, pero finalmente predominó y mientras los diputados del llano insistían en ella como un derecho moral, los nobles reaccionaron con una reafirmación del derecho de cada Cámara a juzgar por separado los asuntos públicos. Los nobles mantenían un precedente legal: los del llano no tenían a su favor otra cosa que la teoría política; si los eclesiásticos sesionaban juntos y votaban individualmente, el estado llano —cuyo número igualaba al de la combinación de los otros dos cuerpos— tendría mayoría, dado sus simpatizantes nobles y clericales.

Pues bien, el Rey y sus consejeros, especialmente Necker, que todavía gozaba de gran predicamento, no eran de ningún modo "imposibilistas" en esta lucha. Deseaban un entendimiento, y a lo largo de los últimos días de mayo y primeros de junio se hizo el intento de arreglo. Pero tal intento se demoró, y como pareció que nada saldría de eso, el 10 de junio Sièyes propuso que la Asamblea "verificase sus poderes" (una frase francesa para admitir y anotar la presencia de cada miembro como aceptable para todo el cuerpo, y para la teoría de su Constitución) y que esto se hiciera "en el caso de cada miembro" (lo que quería decir miembros de los tres órdenes y *no* del estado llano solamente), "ya fuera que los miembros de los dos cuerpos privilegiados estuviesen presentes o ausentes". Se pasó lista, la que se completó el 15. Ninguno de los nobles asistió al llamado de lista común, pero sí lo hicieron tres clérigos de parroquia (eran de la provincia de Poitou), y con eso respaldaron el derecho de los del llano a actuar de esa forma. Se les unieron después una docena de sus colegas; y eso fue todo.

Hasta entonces no había habido ninguna acción que pudiera denominarse con exactitud ilegal o revolucionaria. Los del llano habían afirmado un derecho basado en una teoría política que la gran mayoría de la nación admitía y que el depositario legal del poder —el Rey— aún no había rechazado. Se puede deducir un paralelismo y comparar la acción del Tercer Estado con la que algún sindicato, digamos, puede realizar en Inglaterra: una acción cuya legalidad es dudosa, pero acerca de la cual los tribunales aún no se han expedido.

Fue el 17 de junio, dos días después de completarse el llamado hecho por el estado llano, cuando tuvo lugar el primer acto revolucionario, y el estudioso de la Revolución hará bien en señalar esa fecha y considerarla, no por cierto como el origen moral del movimiento, sino como el momento preciso a partir del cual la Revolución comienza a actuar como tal. Porque ese día fue cuando el Tercer Estado, si bien de hecho reforzado por apenas un puñado de eclesiásticos y por nadie de la nobleza, *se declaró Asamblea Nacional*; es decir, reafirmó la ficción de que los clérigos, los nobles y la burguesía estaban todos presentes y votaban juntos. A esta declaración agregó un acto definitivo de soberanía que ignoraba y contradecía la autoridad legal de la Corona. Cierto, la moción sólo fue propuesta y aprobada "provisionalmente", pe-

ro las palabras utilizadas fueron decisivas, porque en esta moción la que se autodenominaba "Asamblea Nacional" declaró que "provisionalmente" podrían crearse impuestos y tarifas por la antigua autoridad, pero solamente hasta que la Asamblea Nacional se disolviera; "después de cuya fecha" —y aquí llegamos a lo que podría llamarse "fórmula sacramental" de la crisis—" la Asamblea Nacional resuelve y decreta que todos los impuestos y tarifas de cualquier especie que no hayan sido específica, formal y libremente concedidos por la citada Asamblea cesarán en todas las provincias del reino, sea cual fuere su forma de administración". (Aquí se alude al hecho de que en algunas provincias existía una maquinaria administrativa, y en otras nada, fuera de la acción directa de la Corona). "La Asamblea declara que cuando, de acuerdo (no por obediencia) con el Rey, haya dispuesto el principio de un reajuste nacional, se ocupará del análisis y ordenamiento de la deuda pública", etc., etc.

Tal era el punto de partida tras lo cual la soberanía era una cuestión que se planteaba entre los Estados Generales y la Corona: la Corona, institución conocida, de tradiciones que se remontaban al Imperio Romano, y la Asamblea Nacional, órgano enteramente nuevo de acuerdo a su propia declaración, que basaba su autoridad en una teoría política que se remontaba a los orígenes mismos de la sociedad humana.

Dos días después, el 19 de junio, la "Asamblea Nacional", todavía por propia autodenominación y poderes que se había arrogado fuera de toda forma legal, se puso a la obra, nombró sus comités y asumió la soberanía que reclamaba. Los nobles pro-

testaron (especialmente los obispos), y el Rey, por consejo del guardasellos Barentin, decidió una inmediata resistencia. Se adoptó la excusa de que la Sesión Real, como se la llamó, en la que el Rey expresaría su voluntad, necesitaba la preparación del recinto y, cuando los del estado llano se presentaron al día siguiente, 20 de junio, encontraron la puerta de la sala cerrada. Se trasladaron a una cancha de pelota vecina e hicieron un solemne juramento colectivo de que no se dispersarían sin dar a Francia una Constitución. Continuaron reuniéndose, utilizando para ese fin una iglesia, pero el 23 se abrió la Sesión Real y el Rey declaró su voluntad.

El lector debe notar especialmente que, aun en esa crisis, la Corona no ofreció resistencia total. Hubo un intento de transacción. Necker se inclinaba por una rendición más o menos total, la Reina y sus partidarios hubieran preferido un acto de autoridad que anulara todo lo que el estado llano había hecho. Lo que en realidad hubo fue un consentimiento por parte de la Corona para que los tres órdenes se reunieran como un solo cuerpo para tratar ciertos temas comunes, pero conservando el sistema de votar como cuerpos separados en "todo lo que pudiera concernir a los antiguos derechos constitucionales de los tres órdenes, la Constitución a dar al futuro Parlamento, la propiedad feudal, y los derechos y prerrogativas de las dos Cámaras más antiguas". Como simple prueba numérica tal conclusión habría destruido el poder del estado llano, dado que, como hemos visto, las cifras eran el arma de los del llano, que igualaban a las otras dos Cámaras unidas, y que, si sesionaban todos juntos, habría tenido superioridad al unírsele

los miembros liberales del clero y la nobleza. Pero, aparte de esta prueba numérica, el acto de soberanía afirmado por la Asamblea Nacional cuando se declaró —por sí misma y nadie más— competente para votar impuestos, fue anulada. Además, la declaración real terminaba con una orden a los efectos de que, al día siguiente, los tres órdenes se reunieran por separado.

Ahora bien, en este momento crítico el Rey fue desobedecido. La corriente de la época optó por el cauce revolucionario y, al echar a correr, profundizó y confirmó su curso en los días y acontecimientos que siguieron. La mayor parte del clero ya se había incorporado a la Asamblea Nacional cuando ésta afirmó su derecho a sesionar pese al rechazo del 20 de junio. Hubo una media hora en aquel día decisiva de la Sesión Real, el 23 de junio, durante la cual pudo aún haberse usado la fuerza armada para detener y dispersar a los Diputados. Estos declararon que eran inviolables y su detención ilegal, pero no existía, por supuesto, sanción alguna para tal decreto. En realidad, no se usó contra ellos ni siquiera un puñado de soldados. Al día siguiente, 24, la mayoría del clero se unió de nuevo al estado llano para sesionar (en desafío a las órdenes del Rey) y el día 25, cuarenta y siete de los nobles siguieron su ejemplo. El Rey cedió y el 27, dos días después, ordenó que las tres Cámaras sesionaran juntas.

La Asamblea Nacional estaba ahora legalmente constituída e inició su marcha. La Corona, antiguo centro de la autoridad, había abandonado su posición y confirmado a la Revolución, pero al hacerlo así había actuado en contradicción consigo misma. Había hecho técnicamente legal una ilegalidad que destruía su propia y antigua posición legal, pero

lo había hecho con mala voluntad, y era evidente que intentaría algún contragolpe para recuperar sus plenos poderes.

A esta altura el lector debe estimar qué fuerzas se enfrentaban en la lucha cercana. Hasta entonces, el acto ilegal y revolucionario del 17 de junio, la Sesión Real que fue su respuesta el día 23, el decreto del Rey que cedió ante los del llano el día 27, todo ello no había sido más que palabras. Si se llegaba a la acción, ¿qué fuerzas físicas se enfrentarían?

Del lado de la Corona estaba la fuerza armada organizada bajo su mando. Porque nunca debe olvidarse que la Corona era el Poder Ejecutivo y que siguió siéndolo hasta la toma del palacio tres años más tarde y la consumación de la Revolución el 10 de agosto de 1792. Del lado de la Asamblea Nacional estaba, sin duda, la opinión pública del país (pero esto no es algo que pueda utilizarse como fuerza armada) y, lo que era mucho más directo, la organización municipal de Francia.

El espacio nos veda una descripción completa de los orígenes y del vigor del sistema municipal francés; baste destacar que toda la civilización gálica, probablemente desde un momento anterior a la invasión de César y por cierto desde cuando prevaleció la denominación romana, era *municipal*. Todavía lo es. Las comarcas toman su nombre casi siempre de sus ciudades principales. Las ciudades eran sedes de los obispos, cuya jerarquía había conservado todo lo conservable del mundo antiguo. En las ciudades estaban las escuelas, los gremios, los debates y los organismos que contituían la vida de la nación. La principal de estas ciudades era París. Los viejos sistemas de gobierno municipal, por

corruptos y diversos que fuesen, todavía podían dar a las ciudades un poder de expresión orgánica. Y aun donde esto no fuese posible, era seguro que habría de hallarse algún instrumento que expresara la acción municipal en una crisis como la que estaba atravesando Francia. En París, por ejemplo, se vió, llegado el momento de la fuerza física, que el Colegio de Electores, que había elegido los representantes de esa ciudad, estaba dispuesto a actuar rápida y espontáneamente como cuerpo municipal que expresase la iniciativa del pueblo. En las ciudades, y especialmente en París —pronta a la organización espontánea, lista para armarse y una vez armada competente para montar una fuerza combatiente— era donde estaba el poder físico que respaldaría a la Asamblea.

¿Y el poder físico detrás del Rey? Su poder era, como hemos dicho, la fuerza armada regular del país: el ejército. Pero típico del momento fue que sólo pudiera confiarse en una parte de esa fuerza. Porque un ejército nunca es solamente un arma: consta de hombres vivos; y aunque actúe contra la opinión general de sus miembros y obedezca órdenes mucho después de que los civiles han roto los vínculos de la autoridad técnica y legal, sin embargo también existe para los ejércitos un punto de ruptura de esos lazos, y la Corona, repito, no podía usar en conjunto a las tropas que habían nacido en Francia y hablaban francés. Afortunadamente para la Corona, una proporción muy grande del ejército francés en ese momento estaba constituída por mercenarios extranjeros.

Dado que la situación era virtualmente de guerra, debemos considerar cuál era el objeto estratégico de esta fuerza. Su objeto era París, la ciudad

principal; y alrededor de París, en los primeros días de julio, estaban concentrados los regimientos mercenarios de todos los cuarteles. Una vez efectuada esa concentración militar, custodiadas las puertas de la ciudad, especialmente al norte y al oeste, por regimientos acampados y por una fuerza particularmente considerable de caballería (arma siempre elegida para represiones de los civiles), la Corona estaba preparada para actuar.

El 11 de julio Necker, que sostenía opiniones liberales, fue destituido. Se formó un nuevo ministerio y comenzó la contrarrevolución. Lo que siguió fue el inmediato alzamiento de París.

La noticia de la destitución de Necker llegó a la masa de París (a sólo una hora de caballo de Versalles) por la tarde del domingo 12. Las muchedumbres empezaron a congregarse; una carga ineficaz de la caballería en uno de los espacios abiertos de la ciudad sólo sirvió para inflamar el entusiasmo popular, porque los soldados que cargaron eran mercenarios alemanes al mando de un noble. Inmediatamente se organizaron fuerzas públicas, se requisaron armas en las tiendas de armeros; el Colegio Electoral, que había elegido los miembros de la Asamblea por París, instaló su comando en el Municipio, pero el punto capital de la insurrección —lo que la hizo posible— fue la captura de un gran arsenal de armas y municiones, incluso un cañón, en el depósito de los Inválidos.

Con tales recursos la multitud atacó, en el otro extremo de la ciudad, una fortaleza y arsenal que durante mucho tiempo había acaparado la atención popular como símbolo de la monarquía absoluta: la Bastilla. La guarnición ridículamente insuficiente de la Bastilla, su aparente impugnabili-

dad a cualquier intento de la multitud, la supuesta pero dudosa traición de su gobernador al disparar sobre los que había admitido para parlamentar, no nos conciernen aquí. La Bastilla fue arrasada, después de muy considerables esfuerzos y apreciable pérdida entre muertos y heridos. Al anochecer de ese día, martes 14 de julio de 1789, París se había transformado en un formidable instrumento de guerra. La próxima noticia fue la completa capitulación del Rey.

El Rey llegó por la mañana a la Asamblea Nacional, prometiendo hacer retirar las tropas; prometió volver a llamar a Necker, concedió una organización municipal a la ciudad, con Bailly de primer alcalde y punto de importancia capital —se formó legalmente una milicia armada que dependía de ese municipio bajo el mando de La Fayette. El día 17 Luis entró a París para consumar su capitulación, fue a la Sala del Municipio, vistió la escarapela tricolor, y la batalla popular fue ganada.

Debemos considerar aquí el aspecto militar de este acto decisivo, a partir del cual data la sanción de la Revolución, el poder material que está en la base de ella.

París contaba con algo menos de un millón de almas: quizá no eran más de 600.000; la cifra fluctuaba con la estación. Las tropas mercenarias extranjeras que principalmente se emplearon para reprimir el sentimiento popular no eran bastantes para imponer nada parecido a un sitio. En las diferentes puertas podían haber detenido el aprovisionamiento de la ciudad, pero luego, en cualquiera de sus desprendimientos sobre un largo perímetro a más de un día de marcha a la redonda, habrían sido sin duda atacadas y casi con seguridad abrumadas por masas de civiles parcialmente armados.

¿Podrían haberse limpiado las calles mientras el fermento se elevaba? Es muy dudoso. Eran en extremo tortuosas y estrechas, el área de operaciones enorme, la tradición de las barricadas no se había olvidado y la acción espontánea de ese excelente material de lucha que encierra una multitud parisiense había sido tan rápida como cualquier cosa que hubiera podido efectuarse por órdenes militares.

El único error grande fue el descuido en proteger los Inválidos. Pero aun cuando los Inválidos no hubiese sido saqueado, la reserva de armamentos y pólvora de la ciudad habría sido suficiente para organizar una resistencia prolongada y desesperada. La fuerza auxiliar local (de ínfimo valor militar, es verdad), los "Guardias Franceses", como se los llamaba, estaban en un todo con el pueblo. Y, en general, la Corona debe ser absuelta de cualquier error considerable en el aspecto militar de esta contienda. Por cierto que no fracasó por falta de voluntad.

La verdad es que (si consideramos meramente el aspecto militar de este suceso militar), el tratar con cuerpos de hombres que están: a) no desarmados previamente; b) en condiciones de no poder ser dispersados; y c) capacitados por una tradición o carácter nacional para efectuar una especie de organización rápida y espontánea, el resultado siempre será dudoso, y el factor incierto (que es la tenacidad, decisión y voluntad común de los civiles con que se han de enfrentar los soldados) es de los que varía dentro de los más vastos límites.

Al concentrar originalmente las tropas, la Co-

rona y sus consejeros consideraron ese factor incierto muy por debajo del debido. Aun la opinión culta contemporánea, simpatizante con París, lo ha subestimado. El factor estaba, en realidad, tan alto que ninguna fuerza armada de la magnitud y calidad de la que la Corona a la sazón disponía, podía lograr su objeto o dominar la capital.

En cuanto al absurdo concepto de que cualquier cuerpo de hombres uniformados, por pequeño que fuese, podía siempre imponerse a la resistencia civil, por considerable y bien organizada que ésta fuera, no merece ni un instante de consideración por parte de los que se interesan por las realidades de la historia militar. Sólo cuenta para las academias.

Así termina la primera fase de la Revolución. Había durado desde la apertura de los Estados Generales en mayo hasta mediados de julio de 1789.

II

DEL 17 DE JULIO DE 1789 AL 6 DE OCTUBRE DE 1789

Hemos examinado las condiciones militares en las cuales fracasó el intento de una contrarrevolución armada. Le sucede una breve fase de menos de tres meses, cuya naturaleza puede ser descrita rápidamente.

Era el momento de la Revolución en que las ideas jugaban con más libertad, en que menos se había hecho por probar su aplicación, y en que más margen quedaba para el entusiasmo puro. Por ello es que, en medio de esta breve fase, nos hallamos con el abandono espontáneo de los derechos feudales por la nobleza. Y por eso es que los alzamientos violentos continuaban en toda Francia. Es el período en que fue promulgada la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, documento que puede figurar dignamente junto a la Declaración de Independencia (porque juntos forman el más noble monumento de nuestros modernos orígenes). En este mismo período se debatieron y dejaron sentados rápidamente los elementos de la futura Constitución y especialmente aquella política nacional de una *Cámara Unica* que los franceses han abandonado imprudentemente. Sin embargo, en el mismo período, hacia sus postrimerías, hizo su aparición otra forma de resistencia de parte de la Corona y de quienes eran sus consejeros. El Rey dudaba en aceptar la Declaración de los Derechos del Hombre y también dudaba en promulgar el decreto del 4 de agosto, por el cual la nobleza había renunciado a sus derechos feudales. Sería necio exagerar el aspecto militar de lo que siguió. Luis ciertamente reunió tropas, pero sólo en cantidad suficiente como para su defensa personal, y nos resulta difícil creer que intentaba algo más que hacer vigilar las inmediaciones del trono. Pero la brigada (pues nada más que eso era y carente de verdadera fuerza) que reunió, bastó para despertar sospechas, y la posición decididamente falsa de la Reina (a la que toda su vida dominó la idea de que los soldados regulares, especialmente si iban bien trajeados y se mantenían rígidos, eran una especie de talismán) provocó una explosión. Se dió una fiesta en la que los oficiales del Regimiento de Flandes, que acababan de llegar a Versalles, fueron agasajados por los oficiales de la Guardia. La ocasión se prestó a buenas muestras de embriaguez y a una violenta manifestación realista, a la

que la Reina asistió, aprobó y hay quienes piensan que ella misma planeó.

El fracaso de una cosecha que aliviase la escasez de pan en París, el permanente estado de alarma en que París vivía sumido y el recelo por la seguridad del Parlamento que se experimentaba desde comienzos del verano; nada más se necesitaba para provocar un estallido. Es una equivocación pensar que el estallido fue deliberado o que ese movimiento pudo haber sido artificial. Grandes tropeles de mujeres (las que habían originado el movimiento) y tras ellas un populacho desbordante, marcharon sobre Versalles.

No hubo ataque directo al palacio, aunque allí se lo temía a cada instante. Las tropas presentes eran bastantes como para evitar violencias.

Les siguió por la noche La Fayette al frente de su nueva milicia parisiense.

Se confiaba demasiado en el carácter militar de esa fuerza; el palacio fue invadido por la mañana temprano, fracasó un intento de la muchedumbre de asesinar a la Reina, aunque fueron muertos dos de los guardias. Y tras escenas cuya violencia y aparente caos sólo disfrazaban la común determinación de la plebe, la familia real fue obligada a abandonar Versalles y a instalarse en las Tullerías; el Parlamento la siguió a París y ni el Parlamento ni el Rey retornaron otra vez al palacio suburbano.

Esta nueva captura del Rey por París significa mucho más que un mero impulso de la muchedumbre. El Rey en París, la identificación de su persona con la ciudad capital, habían sido el sacramento mismo de la vida francesa durante siglo tras siglo. Hacía justamente cien años desde que

Luis XIV había dejado París por Versalles. El significado de ese error pueden comprenderlo los ciudadanos de un país aristocrático que se imaginen el abandono de los feudos rurales por los hidalgos campesinos, o también el futuro historiador de nuestra moderna civilización industrial puede comprenderlo cuando describe cómo los ricos fabricantes abandonaron las ciudades en las que habían hecho su riqueza para establecerse fuera y lejos de los intereses activos de sus habitantes.

Con el regreso de la familia real a París y con la presencia de la Asamblea en el corazón de la vida nacional, aparece un factor primordial, como es el que, mientras la Asamblea Nacional se dirige paso a paso hacia lo que cree es el logro total de la democracia (aunque luego se verá cuán parcial era), la resistencia de la Corona se transforma en resistencia de la Corte únicamente. El ataque a la Revolución se vuelve cuestión personal. El Rey es aún cabeza absoluta del Poder Ejecutivo; puede impartir las órdenes que quiera a la fuerza armada; supervisa los recibos y los pagos; para todo propósito activo él es el gobierno. Pero ya va dejando de tomar en cuenta esa función primordial suya, ni siquiera la utiliza para recuperar su antiguo poderío. De ahí en adelante actúa como individuo y como individuo en peligro. La Reina, cuya opinión sobre la Revolución y sus riesgos siempre había sido puramente personal, es la voluntad directriz dentro del grupo de la Corte desde ese momento, octubre de 1789, en lo sucesivo; y la principal preocupación de ese grupo durante dieciocho meses es la seguridad personal. Rodeados de la pompa de las Tullerías y en medio de todas las apariencias externas de un poderío mucho mayor que el

de cualquier otro monarca europeo, Luis y su mujer con sus pocos amigos inmediatos y sus leales servidores consideraron al palacio como una prisión y nunca dejaron de pensar que su posición era totalmente intolerable.

III

DE OCTUBRE DE 1789 A JUNIO DE 1791

Esto es lo que debe explicar lo sucedido en la fase siguiente, que duró desde esos primeros días de octubre de 1789 hasta la última semana de junio de 1791. En ese lapso de veintiún meses el Rey permite que la Revolución siga su curso, con la idea fija de frustrarla a último momento mediante la huída, y quizá vencerla con ayuda del extranjero. Pero ni siquiera esta política es proseguida consecuentemente. La creciente repugnancia de la Corte y del mismo Rey para con el devenir revolucionario impide una aceptación consecutiva y puramente hipócrita de los decretos de la Asamblea Nacional.

Una intriga deliberada y calculada aún podría haber salvado a la monarquía y a los miembros de la familia real. Por extraño que parezca, un aliado en la lucha, un intrigante insuperable, un salvador de la institución monárquica y un auténtico defensor de las personas reales se hallaba a mano: Mirabeau.

Este hombre había dominado cada vez más a la Asamblea; se había destacado desde el día mismo de su apertura; había asumido su voz misma en la resistencia al Rey en Versalles; él era el que había contestado al Maestro de Ceremonias el

23 de junio que el estado llano no se dispersaría; él era quien había propuesto que las personas de esos diputados gozaran de privilegio contra el arresto. Era de una familia noble por linaje y por la notabilidad que a los ojos del pueblo le habían granjeado la riqueza y las excentricidades de su jefe, el padre de Mirabeau. El mismo no era un desconocido aun antes de que estallase la Revolución, por su violencia, sus amoríos, su inteligencia y sus deudas. Era pocos años mayor que el Rey y la Reina; su personalidad les repelía, y, sin embargo, tenía sinceros deseos de servirles, y su plan, mientras mantenía el gran dominio que sobre la Asamblea le daban su retórica y su manejo de los hombres, fue dar en secreto a la Corte y en particular a la Reina, a la que mucho y casi reverencialmente admiraba, todo el consejo que pudiera para salvarlos. Este consejo, como veremos en seguida, tendía cada vez más a ser en pro de la guerra civil. Pero la muerte de Mirabeau (el 2 de abril de 1791) al término de la fase en que vamos a entrar y los temores crecientes del Rey y la Reina, se combinaron para impedir cualquier hábil movimiento político; hasta impidieron la política de la intriga; y el período se convirtió, por parte de la Revolución, en un rápido e incontrolado desenvolvimiento de la teoría democrática (limitado por la vacilación de la clase media), y por parte de la Corte, en un creciente reclamo de mera seguridad física y de huída, unido a una creciente determinación de regresar para restaurar el antiguo orden como monarquía popular.

Los dieciocho meses que mediaron entre la instalación de la Asamblea y la familia real en París, y la muerte de Mirabeau, son notables por los si-

guientes puntos, que hay que considerar a la par, por así decir, para comprender sus efectos combinados.

1. Este fue el período en que se realizó la tarea constructiva de la Asamblea Nacional y durante el cual se cambió toda la fisonomía de la nación. Los cuerpos consultivos de legistas llamados "Parlamentos" fueron abolidos (once meses después de la venida del Rey a París), se organizaron los modernos Departamentos en lugar de las antiguas provincias, se deshizo la vieja milicia nacional y provincial, pero —es importante recordarlo— *el ejército regular se conservó intacto.* Se establecieron una nueva jurisprudencia y nuevas reglas de procedimiento. Se proyectó un nuevo código en lugar de la confusa "Ley Común". En una palabra, fue el período en que la mayor parte de lo que se considera característico de la tarea revolucionaria fue llevado a su conclusión teórica o por lo menos esbozado en sus grandes lineamientos.

2. Entre estos actos constructivos, pero de una importancia tal que hay que considerarla por separado, estuvo la Constitución Civil del Clero, que trataremos en detalle más adelante: fue la obra principal (y el principal error) de ese año y medio.

3. El espíritu general de la Revolución, más difícil de definir que su teoría pero fácil de apreciar a medida que se sigue la evolución del movimiento, creció regular y enormemente en intensidad durante el período. El poder del Rey, que todavía se hallaba al frente del Poder Ejecutivo, actuó cada vez más como agente irritante de la opinión pública.

4. Esa opinión pública comenzó a expresarse en una forma centralizada y nacional, de la cual fue núcleo y también símbolo la gran federación del 14 de julio de 1790 en París, aniversario de la toma de la Bastilla. Esta federación se componía de delegados de la Guardia Nacional de todo el país, y fue de capital importancia, puesto que introdujo en el movimiento revolucionario una característica militar que hizo sentir el entusiasmo de la época a la mayoría, y aun a las tropas regulares.

5. Estos dieciocho meses también estuvieron ocupados con el movimiento de la "Emigración". Ese movimiento fue, naturalmente, la partida de Francia de muchos de los más prominentes miembros de los órdenes privilegiados y un grupo de la pequeña nobleza, así como también unos pocos eclesiásticos. Los hermanos del Rey (uno huyó al principio de la emigración, el menor, el Conde de Artois y el otro, el mayor, hacia el fin, y coincidiendo con la huída del Rey) deben señalarse en especial a este respecto; formaron con los más notables de los emigrados un cuerpo político regular, que intrigaba continuamente contra la Revolución más allá de las fronteras, en Alemania y en Italia.

6. Por tanto, fue durante esos meses cuando deben hallarse los orígenes últimos de la gran guerra europea. El grupo armado de los emigrados a las órdenes de Condé formó una fuerza organizada sobre el Rin, y aunque fuera de eso aún no existía en Europa ni la sombra de un movimiento armado contra los franceses, no obstante los *émigrés,* como se los llamó, fueron quienes sembraron las semillas cuya cosecha sería la guerra de 1792.

He dicho que durante esos meses en los que se realizó la mayor parte de la tarea constructiva de la Revolución, en que se sembraron las semillas de la gran guerra y en que la posición absoluta de la

Corona como cabeza del Ejecutivo aumentaba la irritación de la opinión pública francesa y especialmente de la capital, Mirabeau fue el único hombre que podía haber logrado la continuidad de las instituciones nacionales mediante el mantenimiento de la monarquía. Recibió dinero de la Corte, a la que, en pago, aconsejó. El consejo era el de un genio, pero cada vez fue menos escuchado, en proporción a lo que era más práctico. Mirabeau también auspiciaba el abandono de París por el Rey, pero hubiese deseado que el Rey dejase París abiertamente y con una fuerza armada, se retirase a un centro cercano y leal, como ser Compiègne, y de ahí en adelante confiara en los azares de la guerra civil.

Mientras tanto la Reina se había decidido por un plan muy distinto y mucho más personal, en el que no cabía ningún concepto de habilidad política. Se hallaba resuelta a salvar las personas de sus hijos, del Rey y la suya propia. Se trazaron planes de fuga, que se difirieron una y otra vez. En la Corte ya se había convenido en no seguir el plan de Mirabeau, sino el de simple evasión. El ejército que Bouillé comandaba en la frontera iba a enviar pequeños destacamentos a lo largo de la gran carretera de París al este; el primero de ellos habría de encontrarse con los reales fugitivos un poco más allá de Châlons y los escoltaría rumbo al este; cada destacamento armado de esa cadena, a medida que proseguía la fuga real, habría de alinearse para la defensa, hasta que, una vez que alcanzaran la ciudad de Varennes, el Rey y la Reina estarían en contacto con el grueso del ejército.

Lo que entonces habría de suceder ha quedado en la obscuridad. Es casi seguro que el Rey no se proponía cruzar la frontera sino refugiarse en Montmédy. El conflicto que inevitablemente se habría producido no hubiera quedado, sin duda, limitado a una guerra civil: era presumible que los ejércitos extranjeros y los mercenarios alemanes al servicio de Francia habrían de organizarse, en caso de que la fuga real resultara exitosa, para marchar sobre París y restaurar por completo el antiguo estado de cosas.

Si Mirabeau hubiese vivido, este arriesgado e impolítico plan habría, no obstante, podido evitarse; pero acaeció que Mirabeau murió el 2 de abril de 1791, y poco después entramos en la tercera fase de la Revolución, la que lleva directamente a la gran guerra y la caída de la monarquía.

Poco después de la muerte de Mirabeau, un tumulto, que asustó excesivamente a la familia real, impidió que el Rey y la Reina dejaran el palacio para pasar la Pascua en St. Cloud, en los suburbios. Aunque hubo otras postergaciones de la fuga, la evasión se realizó, efectivamente, la noche del 20 al 21 de junio. Casi tuvo éxito, pero por una serie de pequeños incidentes, el último de los cuales —la famosa cabalgata de Drouet para interceptar a los fugitivos— es uno de los episodios más conocidos de la historia, el Rey, la Reina y sus hijos fueron descubiertos y detenidos en Varennes, a pocos centenares de yardas de la salvación, y traídos de nuevo a París, rodeados de muchedumbres enormes y hostiles. Con el fracaso de este intento de fuga a fines de junio de 1791, termina la tercera fase de la Revolución.

IV

DE JUNIO DE 1791 A SETIEMBRE DE 1792

Para comprender el efecto capital tanto de esta fuga como de su fracaso, tenemos que insistir una vez más en la posición suprema de la monarquía dentro de las tradiciones e instintos de la civilidad francesa. Sería arduo exagerar la estupidez de la fuga: es imposible exagerar la revolución moral causada por su fracaso. Fue considerada virtualmente como una abdicación. El vigoroso cuerpo de opinión provinciana, tranquila y moderada, que todavía se centraba en el Rey y consideraba función suya el dirigir y gobernar, quedó desconcertada y en su mayoría divorciada, en el futuro, de la Corona.

Una excelente prueba de lo que la monarquía había sido para Francia durante tanto tiempo, es el hecho de que, aun en semejante crisis, apenas se mencionaba la palabra "república", y eso sólo en los círculos intelectuales de París. Todas las fuerzas constitucionales y de consideración en la sociedad conspiraban para preservar la monarquía a costa de cualquier ficción. La Guardia de Milicia de clase media al mando de La Fayette reprimió, en lo que se llamó la Matanza del Campo de Marte, los comienzos de un movimiento popular. Los dirigentes más radicales (entre los que se encontraba Danton) huyeron al extranjero o se ocultaron. El Duque de Orleans fracasó totalmente en sacar ventaja del momento o en lograr proclamarse regente: la tradición monárquica era demasiado fuerte.

Inmediatamente después del segundo aniversario de la toma de la Bastilla, en julio, los decretos

del Parlamento crearon la ficción de que el Rey no era responsable de la fuga, que "había sido llevado", y en setiembre siguiente el Rey, aunque hasta entonces suspendido en su poder ejecutivo, al jurar la Constitución estuvo de nuevo a la cabeza de todas las fuerzas de la nación.

Pero todos estos remiendos y refecciones de la fachada de la monarquía constitucional (ficción cuyo barroquismo es más ofensivo para el temperamento francés que su falsedad) habían llegado demasiado tarde. La Reina ya había escrito a su hermano, el Emperador de Austria, sugiriendo la movilización de una fuerza considerable y su acantonamiento en la frontera, para dominar el movimiento revolucionario. La acción de la Reina coincidió durante unos pocos días con el fin de aquel gran Parlamento, que había sido elegido por el sufragio más democrático y que había transformado toda la sociedad y sentado las bases de la Constitución revolucionaria. Con la reunión de la sucesora de la Asamblea Nacional el 1º de octubre de 1791, la guerra ya era posible; esa posibilidad iba muy pronto a transformarse en probabilidad y por último en realidad.

En el nuevo Parlamento el peso, no de los números, sino de la conducción, recayó en un grupo de hombres entusiastas y elocuentes que, por el hecho de que algunos de sus principales miembros procedían de la Gironda, fueron llamados *girondinos*. Representaban el ideal democrático más puro y entusiasta, menos nacional quizá que el que sostenían hombres más extremistas, pero de una índole que, desde entonces hasta hoy, ha sido capaz de despertar el entusiasmo de los historiadores.

Vergniaud e Isnard eran sus grandes oradores,

Brissot su intrigante intelectual y la esposa de uno de ellos, Roland, era, por así decir, el alma de todo el grupo. El hecho de que estos hombres deseaban la guerra fue lo que la hizo posible, una vez que el carácter de esta nueva segunda Asamblea pudo apreciarse.

Los extremistas que se les oponían, a quienes ya he aludido (llamados "la Montaña"), eran especialmente de carácter parisiense. Robespierre, el que primero fuera oscuro y luego sectario orador de la Asamblea Nacional —aunque no integraba este segundo Parlamento— era quizás la figura más prominente de ese grupo, porque era el orador público de París; y ciertamente la Montaña era París: París dentro o fuera del Parlamento, París actuando como cerebro responsable de Francia. Más tarde, fue la Montaña (que al principio se había opuesto a la guerra) la que había de asegurar el éxito de las armas francesas por una rigidez y despotismo en acción aborrecidos por las mentes más puras y menos prácticas de los Girondinos.

El 3 de diciembre de 1791 (para citar una fecha fundamental en el rápido avance hacia la guerra que había de transformar la Revolución), el Rey —escribiendo con estilo que delataba el dictado de su mujer— rogó al Rey de Prusia (como *ella* había rogado al Emperador) que movilizase una fuerza armada y así respaldara un Congreso que tendría por objeto impedir que la Revolución se extendiera. Esa carta era típica del momento. La tensión por ambos lados llevaba hacia la ruptura. No era que dicha tensión se basara en generalidades, sino que la Revolución había roto un tratado europeo con la anexión del Estado Papal de Aviñón y roto las convenciones europeas al abolir en Alsacia

los derechos feudales que poseían los príncipes del imperio. Era como si hoy día algún Estado, en un intento de colectivismo, confiscara junto con otras propiedades, los títulos depositados en los bancos pero pertenecientes a ciudadanos de un estado extranjero.

Del lado revolucionario también había una cuestión concreta, que era el permiso acordado dentro del imperio para que los emigrados se armaran y reunidos amenazaran la frontera francesa.

Pero estos puntos concretos y legales no fueron las verdaderas causas de la guerra. Las verdaderas causas de la guerra fueron el deseo de los gobiernos europeos no reformados (especialmente Prusia y Austria) de que, en pro de sus intereses, la Revolución fuese detenida, y la convicción de que sus fuerzas armadas eran suficientemente capaces para lograr la destrucción del nuevo régimen francés.

La Corte de Viena rehusó aceptar una justa indemnización que se ofreció en Alsacia a los príncipes del imperio por la pérdida de sus derechos señoriales; el emperador Leopoldo, que pertenecía a la misma generación de Luis XVI y María Antonieta, murió el 1º de mayo de 1792 y le sucedió en el trono un hijo de apenas veinticuatro años de edad a quien fue fácil convencer en pro de la guerra.

Del lado francés, con excepción de la Montaña y particularmente de Robespierre, había una curiosa coalición de opiniones a favor de la guerra.

La Corte y los reaccionarios estaban suficientemente seguros del triunfo de los Aliados como para buscar su salvación en la guerra.

El partido revolucionario, es decir la masa de la opinión pública y los "patriotas", como se deno-

minaban ellos mismos, en especial los girondinos, deseaban la guerra como una especie de cruzada por la Revolución; como siempre acontece a los entusiastas, padecían de lastimosas ilusiones y creían que las fuerzas armadas francesas estaban en condiciones de resistir el impacto. Ya se habían trazado los planes para la campaña (que la Reina prontamente delató al enemigo); Dumouriez, excelente soldado, había sido desde mediados de marzo la figura principal del ministerio y el conductor de los asuntos exteriores, y un mes más tarde, el 20 de abril, se declaró la guerra contra Austria, o, para ser más exactos, contra "el Rey de Hungría y Bohemia".

Tal era todavía el título oficial del sobrino de María Antonieta, el cual, aunque heredaba ahora el imperio, aun no había sido coronado emperador. Confiábase en limitar la guerra a este monarca y, efectivamente, los príncipes alemanes del imperio no se le unieron (el Landgrave de Hesse-Cassel fue una excepción). Pero el único poder alemán de mayor peso, el reino de Prusia, al que Dumouriez había confiado en mantener neutral, unió sus fuerzas a las de Austria. Las cartas reales habían surtido efecto.

En este momento crítico las fuerzas armadas y las plazas fuertes francesas estaban en el más lamentable estado. La disciplina del ejército era deplorable. Los soldados regulares del antiguo régimen habían perdido de seis a nueve mil oficiales por causa de la emigración, y se mezclaban peor que el agua y el aceite con los voluntarios revolucionarios (más de 200 batallones) que se habían reclutado para las filas del ejército. Además, estos batallones voluntarios estaban en su mayor parte

mal equipados, muy por debajo de su rango; algunos sólo existían en el papel; ninguno tenía el adiestramiento que un soldado debe tener. En una época de mayor orden, cuando los decretos del Gobierno correspondiesen a la realidad, cuatrocientos mil hombres habrían mantenido la frontera; esa era la cifra de los cálculos. Tal cual las cosas, desde las montañas suizas hasta el canal de La Mancha los franceses no contaban con más de *un quinto* de esa cantidad. Había solamente ochenta mil bajo armas. Todo el ejército prusiano solo, sin contar sus aliados, casi triplicaba el tamaño de esta fuerza desorganizada e insuficiente.

Por la parte francesa la campaña se inició con una serie de pánicos ridículos y trágicos a la vez. El Rey los aprovechó para destituir a su ministro girondino y formar un gobierno reaccionario. El Parlamento replicó con medidas inútiles para la conducción de la guerra y destinadas solamente a exasperar a la Corona, que estaba traicionando a la nación. Ordenó la dispersión de la Guardia Real, la instalación de un campamento de Federales revolucionarios fuera de París y la deportación de los sacerdotes ortodoxos; en procura de la decisión de la Corte en el sentido de resistir a la Asamblea y aguardar a los aliados victoriosos, Luis vetó los dos últimos decretos. La Fayette, que ahora comandaba el ejército del centro con cuarteles generales en Sedan, justo sobre la ruta de la invasión, se declaró en favor del Rey.

Si los ejércitos de Austria y Prusia se hubieran movido con rapidez en ese momento, la Revolución habría terminado. Tal como sucedió, su movilización fue lenta y su marcha, aunque precisa, pausada. Dio tiempo a que el populacho de París hicie-

se demostraciones contra el Palacio y la familia real el 20 de junio. Fue recién en los primeros días de agosto cuando el grueso de las fuerzas de los monarcas coaligados, al mando del Duque de Brunswick como general en jefe (quien tenía fama de ser el mejor general de su tiempo) se puso en marcha hacia París. Y el 23 de agosto los invasores se apoderaron de la primera ciudad fronteriza francesa, Longwy.

Mientras tanto dos cosas muy importantes habían dado a los franceses, pese a la lamentable insuficiencia de su fuerza armada, una intensidad de sentimientos que en algo suplió sus carencias. En primer lugar, el tercer aniversario de la toma de la Bastilla, el 14 de julio, había convocado en París delegaciones de todas las provincias, muchas de ellas armadas; esto dio unidad al sentimiento nacional. En segundo lugar, el 25 de ese mismo mes de julio, Brunswick había lanzado desde Coblenza, que era su base, un manifiesto que se conoció en París tres días después y que (aunque ciertos historiadores modernos lo duden) indudablemente inflamó la opinión revolucionaria.

Este manifiesto reclamaba, en nombre del ejército aliado, la completa restauración del antiguo régimen, declaraba que iba a tratar a los franceses y a sus nuevas autoridades como rebeldes sujetos a ejecución militar, y contenía una cláusula de particular gravedad, que provocó una respuesta inmediata y exasperada desde París. Dicha cláusula era obra de María Antonieta y amenazaba con que, de hacerse un ataque al palacio, se pasaría por las armas a la capital y se la entregaría a la subversión total.

Dos días más tarde los Federales de Marsella

—cuerpo de excelentes ciudadanos de clase media aunque simples aficionados en lo militar y pocos en cantidad— entraron en la ciudad. Su canción marcial se ha hecho célebre con el título de "La Marsellesa". Habían logrado la asombrosa hazaña de atravesar Francia, transportando cañones, a razón de 18 millas por día en el rigor de un tórrido verano, durante casi un mes. No existe un esfuerzo semejante en la historia de la guerra, ni la opinión contemporánea exageró cuando vio en el batallón de Marsella el centro de la inminente lucha.

El impacto entre el palacio y la plebe se produjo la mañana del 10 de agosto. El palacio era custodiado por cerca de seis mil hombres [1], de los cuales unos mil doscientos eran regulares de la Guardia Suiza. El palacio (las Tullerías) era, o tendría que haber sido, inexpugnable. El ataque popular, podemos estar seguros, habría sido rechazado si la conexión entre las Tullerías y el Louvre al sur hubiese sido convenientemente cortada. Es verdad que en ese sitio el piso había sido levantado por un trecho, pero ya fuera porque el hueco no tenía la extensión suficiente o porque el puesto no estuvo adecuadamente custodiado, el populacho y los Federales, seriamente vencidos en su ataque principal al extenso frente del palacio, consiguieron doblar el flanco donde se unía al Louvre; de ese modo enfilaron la serie de habitaciones y pusieron completo fin a la resistencia de la guarnición.

Mientras tanto el Rey, la Reina, el Delfín y

[1] El lector debe estar prevenido de que estas cifras son calurosamente cuestionadas. Las fuentes más recientes no conceden más de cuatro mil. Después de una amplia consulta de las pruebas no puedo reducir la guarnición a menos de seis mil.

su hermana, con otros miembros de la familia real, habían buscado refugio en la sala del Parlamento durante la lucha.

Después de la victoria popular la suerte de la familia real fue discutida y decidida; se los encarceló en la Torre del Temple, una fortaleza medieval todavía existente al noreste de París, y aunque la monarquía aún no estaba formalmente abolida, los espíritus más extremistas que a la sazón contenía la Revolución, y los más enérgicos, ocuparon el lugar del antiguo Ejecutivo, con Danton a la cabeza. Con ellos surgió en la sede del Gobierno el espíritu de la acción militar, con su desprecio por las formas y una rápida decisión. Los cómplices conocidos de los que apoyaban a la Corte en su resistencia y alianza con los invasores, fueron arrestados por centenares. El enrolamiento de voluntarios, ya entusiasta en toda Francia, fue apoyado con el nuevo ímpetu de la ayuda oficial; y la Revolución soltó en seguida todas sus viejas amarras para entrar en una nueva etapa. Al mismo tiempo la frontera fue cruzada y el territorio nacional invadido el 19 de agosto.

Es posible que la demora de los prusianos hasta ese momento hubiera sido deliberada, porque la situación en Francia era compleja y su decisión de luchar había sido tardíamente decidida. Fue la noticia de la caída del palacio lo que parece haberlos decidido. El lugar, como la fecha, de este grave suceso merece más renombre del que goza. Brunswick tocó lo que era entonces suelo francés en ese pequeño triángulo donde, más tarde, se enfrentaron la Lorena alemana y la francesa y el Luxemburgo. La aldea se llama Redange; de ahí partieron los privilegiados de Europa para llegar a París a destruir

la democracia. La primera tarea los ocupó por más de veintidós años enteros, en la segunda aún siguen empeñados.

Las fuerzas que pudieron allí los franceses oponer a Brunswick fueron desdeñosamente rechazadas. Cuatro días después, como hemos visto, había tomado la fortaleza fronteriza de Longwy; dentro de la semana estuvo frente a Verdun.

Verdun no tenía oportunidad de resistir, carecía de lo que pudiera llamarse guarnición y de probabilidades de defensa. La noticia de su inevitable caída llegó a París la mañana de una fecha fatal, el 2 de setiembre; después de esa caída no existiría nada entre ella y la capital; y desde ese instante todo el carácter de la Revolución se transforma totalmente por obra del efecto psicológico de la guerra.

V

DESDE LA INVASION DE SETIEMBRE DE 1792 HASTA LA CREACION DEL COMITE DE SALUD PUBLICA EN ABRIL DE 1793

La quinta fase de la Revolución puede decirse que data de esos primeros días de setiembre de 1792, cuando la noticia del éxito de la invasión enloquecía a París, y cuando el Ejecutivo revolucionario, instalado sobre las ruinas de la antigua monarquía desaparecida y a su imagen, se afirmaba sobre su cabalgadura, hasta llegar al establecimiento del aun más monárquico "Comité de Salud Pública", siete meses después. Y esos siete meses pueden caracterizarse como sigue:

Fueron un período durante el cual se intentó proseguir, en nombre de los principios democráti-

cos, la guerra revolucionaria contra los gobiernos de Europa. El intento falló. En lugar de disciplina y comprensión y previsión, se confió para triunfar en el entusiasmo intenso y desbordante del momento. El ideal puro de la facción girondina, con la república modelo que soñaba establecer, resultó ser totalmente insuficiente para la conducción de una guerra; y para salvar a la nación de la conquista extranjera y del desastre a la gran experiencia de la Revolución, fue necesario que el sector militarista y disciplinado de Francia, con toda la tiranía inherente a ese aspecto de su genio nacional, se encargase de completar la aventura.

Este período se abre con lo que se llamó las Matanzas de Setiembre. He dicho en páginas anteriores que "los cómplices conocidos y los que apoyaban a la Corte en su resistencia y alianza con los invasores fueron arrestados por centenares" cuando la toma del palacio y el establecimiento de un Ejecutivo revolucionario con Danton a la cabeza.

De estos prisioneros, hacinados en las cárceles de la ciudad, fueron muertos hasta un número de mil ciento por un grupo pequeño pero organizado de asesinos durante los días en que se esperaba y llegó a la capital la noticia de la caída de Verdun. Semejante crimen espantó a la conciencia pública de Europa y del pueblo francés. Nunca debe confundírsele con los actos judiciales y militares del Terror ni con las represalias tomadas contra la rebelión ni con los violentos excesos de muchedumbres exaltadas; porque, si bien en ciertas asambleas primarias se aprobaron votaciones en favor de la inmediata ejecución de los que habían sido partidarios de los enemigos del país, este acto en sí fue elección mecánica, deliberada y voluntaria de unos

pocos hombres decididos. Por tanto, tuvo un carácter propio, y ese carácter lo destacó ante sus contemporáneos como se destaca ante nosotros: fue un crimen.

Los prisioneros no estaban armados; más aún, si bien traidores en potencia, de hecho no habían tomado las armas; su destrucción fue inspirada, en el caso de la mayoría de los que la ordenaron, por simple odio. Quienes la ordenaron formaban un pequeño comité que actuó espontáneamente, y su jefe era Marat[1].

Bajo la impresión de esas matanzas fue como se reunieron en París los Diputados de la nueva o tercera Asamblea de la Revolución, conocida en la historia como *La Convención*.

Este Parlamento habría de ser el poder gobernante primero real y luego nominal de Francia durante los tres críticos años que siguieron; años que fueron la salvación militar de la Revolución y que permitieron, por lo tanto, el establecimiento de la experiencia democrática en la Europa moderna.

Fue el 20 de setiembre cuando la Convención tuvo su primera sesión, que se realizó en el palacio de las Tullerías. Durante las horas de ese día, mien-

[1] La leyenda de que Danton tuvo algo que ver con las matanzas se basa en un insuficiente fundamento histórico. Hay varios relatos de segunda y tercera mano en su favor, pero la principal prueba concreta exhibida al respecto es el papel sellado del Ministerio de Justicia que, como lo ha probado ampliamente el Dr. Robinet, fue sustraído por un subordinado y sin conocimiento ni complicidad de Danton. En cuanto a la historia más estúpida aún de que los Federales de Marsella tomaron parte en las matanzas, el estudioso moderno no necesita concederle ninguna atención; ha sido pulverizada, sobre irrefutable evidencia documental, en la monografía de Pollio y Marcel.

tras elegía a sus autoridades, designaba a su orador oficial y demás, en la frontera el ejército francés, para asombro propio y del enemigo, se ingenió para mantener en jaque a los aliados invasores en el cañoneo de Valmy.

Al día siguiente la nueva Asamblea se reunió en la escuela de equitación (el Picadero) donde también habían sesionado las dos Asambleas anteriores. Estaba a punto de terminar la sesión de ese día cuando uno de sus miembros propuso la abolición de la realeza; la Convención votó la reforma por unanimidad, y se levantó la sesión.

El tercer día, 22 de setiembre, se decretó que los documentos públicos ostentasen de ahí en adelante la fecha "Primer Año de la República"; pero no hubo solemnidad en la ocasión; la idea de "nada de Rey" era nueva e inédita; todavía no existía ningún entusiasmo por ninguna otra forma de gobierno fuera de la monárquica. Unicamente cuando el título de "República" empezó a connotar libertad política en las mentes de los hombres y se hubo convertido también en la bandera por así decir, de la victoriosa defensa nacional, fue cuando el hombre republicano adquirió en esta Europa nuestra, y desde Francia, esa fuerza poderosa y casi mística que desde entonces conserva.

El rechazo infligido a los invasores en Valmy (y, lo repetimos, sorprendente para militares y estadistas) decidió la campaña. La enfermedad y la dificultad de comunicación hicieron imposible el posterior avance de los invasores. Negociaron y obtuvieron una libre retirada, y pocas semanas después habían vuelto a cruzar la frontera.

Mientras tanto en París había comenzado la gran disputa entre el gobierno municipal y el nacional que, en razón de que París era más decidido más revolucionario y, sobre todo, de temperamento más militar que el Parlamento, estaba destinada a terminar con el triunfo de la capital. Los girondinos aún preconizaban en la Asamblea una república ideal, una república cuyos ciudadanos gozaran de la más extrema libertad individual y cuyas ciudades y distritos disfrutaran todos de autoridad local, pero frente a este ideal, y mucho más nacional, estaba el ideal de los revolucionarios extremistas, llamados "la Montaña" en la Convención, que tenían el apoyo del gobierno municipal de París (llamado "La Comuna") y que eran capaces de proporcionar triunfos a Francia en el campo de batalla. Estos representaban el viejo concepto militar francés partidario de un gobierno central fuerte con el cual llevar adelante la lucha de vida o muerte que la República acababa de iniciar: por eso triunfaron.

Todo ese otoño la disputa entre Francia y Europa permaneció dudosa, porque aun cuando los ejércitos de la República al mando de Dumouriez ganaron la batalla de Jemmapes, arrasaron la frontera del nordeste y ocuparon Bélgica, mientras que hacia el sur otro ejército francés se extendía hasta el Rin, el mismo Dumouriez sabía muy bien que una campaña emprendida con el solo entusiasmo, y con tropas de índole tan heterogénea y muchos de ellas tan indisciplinadas, terminaría desastrosamente. Pero hasta el advenimiento del nuevo año la opinión pública no se percató de ello, y la guerra revolucionaria pareció haber pasado súbitamente de la defensa del territorio nacional a una cruzada contra los reyes y los gobiernos aristocráticos de Europa. El entusiasmo, y el entusiasmo solo, era

la fuerza de la hora. Violentos decretos, tales como la Declaración de Fraternidad (que decretaba una alianza con todos los pueblos que luchaban por su libertad) y la apertura del Scheldt (violación directa de derechos pactados con otras naciones, entre ellas con Inglaterra) fueron la característica del momento; el hecho más importante de todos fue la comparencia del Rey ante el estrado del Parlamento para ser juzgado.

El 4 de enero de 1793 (El Rey ya había hecho testamento el día de Navidad) el principal orador de los girondinos propuso que la sentencia fuese comunicada al pueblo para que la ratificase. El temor a una guerra civil, más que otra cosa, fue lo que impidió que se sancionara esta justa pretensión. El 15 de enero se sometió al Parlamento la cuestión de "si el Rey había sido culpable de conspirar contra la libertad pública y de atentar contra la seguridad general del Estado". Había muchos ausentes y muchos se abstuvieron; nadie replicó por la negativa; la condena de Luis fue, por lo tanto, casi unánime desde el punto de vista técnico.

El voto en estas graves cuestiones era lo que los franceses llaman "nominal", es decir, cada miembro era llamado "por nombre" para dar su voto, y expresar su opinión si así lo deseare. Un segundo intento de apelar al pueblo fue rechazado por 424 contra 283. Con respecto a la tercera cuestión, que era la decisiva acerca de qué pena aplicar, sólo se pudo hallar 721 para que votaran, y de éstos una escasa mayoría de 53 se pronunciaron por la muerte, contra la minoría, de la cual algunos votaron la pena de muerte "condicionalmente" —es decir, que no— o votaron en contra. La moción

de una prórroga fue rechazada por una mayoría de 70; y el 21 de enero de 1793, a eso de las diez de la mañana, Luis XVI fue guillotinado.

Luego siguió la guerra con Inglaterra, con Holanda y con España; y casi en esa época comenzó el inevitable reflujo de la marea militar. Porque el despliegue francés hasta el Rin en los Países Bajos y el Palatinado no contaba con base militar alguna para mantenerse. Dumouriez comenzó a replegarse un mes después de la ejecución del Rey y el 18 de marzo sufrió un decisivo revés en Neerwinden. Esta retirada, seguida de aquel desastre, fue lo que decidió la suerte del intento girondino de fundar una república ideal, individual y localmente libre. Ya antes de que se librara la batalla de Neerwinden, Danton, que había cesado de ser ministro pero seguía siendo el orador más vigoroso de la Convención, propuso un tribunal especial para juzgar los casos de traición —tribunal que más tarde se llamó "el Tribunal Revolucionario". La noticia de Neerwinden preparó el camino para una medida más enérgica y para una forma excepcional de gobierno; el comité parlamentario especial ya constituído para el control de los ministros se fortaleció cuando el 5 de abril, después de negociaciones e incertidumbres, Dumouriez, desesperando de los ejércitos de la República, pensó en unir sus fuerzas a los invasores y restaurar el orden. Sus soldados rehusaron seguirlo; su traición era manifiesta; a la mañana siguiente la Convención designó ese primer "Comité de Salud Pública" que, con su sucesor de igual nombre, fue desde entonces el verdadero núcleo despótico y militar del gobierno revolucionario. Se le concedió deliberar en secreto, el control virtual aunque no teórico

del Ministerio, sumas de dinero para sus gastos y, en una palabra, todo el mecanismo indispensable de un ejecutivo militar. Había aparecido el Dictador de Rousseau, esa gran inteligencia que había concebido el *Contrato Social* para que fuese el evangelio de la Revolución había también previsto uno de los órganos necesarios de la democracia en sus momentos más críticos; su teoría había demostrado ser necesaria y verdadera en el hecho. Nueve miembros formaban este primer Comité: Barère, que puede llamarse el amanuense del grupo, Danton su genio y Cambon su financista, eran los nombres principales.

Con la instalación de este organismo auténticamente nacional y tradicional, nuevo sólo en la forma, pero cuyo poderío y métodos eran innatos a toda la tradición militar de la Galia, la Revolución se había salvado. Ahora nos toca seguir la vía por la cual el Comité gobernó y dirigió los asuntos en la gran crisis de la guerra. Esta sexta fase dura casi dieciséis meses, desde comienzos de abril de 1793 hasta el 28 de julio de 1794 y es conveniente dividir esos dieciséis meses en dos partes.

VI

DE ABRIL DE 1793 A JULIO DE 1794

La primera parte de este período que termina en el apogeo del verano de 1793, es la consolidación gradual del Comité como nuevo órgano de gobierno y el peligro de destrucción al que se expone junto con la nación que gobierna, a manos de la Europa aliada.

El segundo período abarca parte de agosto y el resto de 1793 con los primeros siete meses de 1794, lapso durante el cual el Comité sale triunfante de su esfuerzo militar, la nación se salva y de manera curiosamente dramática y curiosamente inconsecuente, cesa de repente el régimen marcial del Terror.

El primer paso en la consolidación del poder del Comité fue dejar a los girondinos a merced de la Comuna de París y de la plebe a la que dominaba.

Considerado meramente desde un punto de vista de política interna (el que ha acaparado a la mayoría de los historiadores), el ataque del populacho de París y su Corona contra el Parlamento parece no ser más que el final de la larga disputa entre los girondinos con su república federal ideal, por un lado, y la capital con su instinto de gobierno fuertemente centralizado por el otro. Pero a la luz de la situación militar, de la que el Comité de Salud Pública tenía vívida consciencias y que era de su incumbencia controlar, la historia se cuenta de muy distinta manera.

Cuando empezaron las derrotas el Parlamento había votado una leva de trescientos mil hombres. Fue una simple votación de muy poco resultado: no lo bastante numéricamente y menos aún en lo moral, porque el tipo de tropas reclutadas por un sistema de enajenación por dinero y compra de grados estaba muy por debajo del nivel requerido por la gran guerra.

Esta ley de conscripción había sido sancionada el 24 de febrero. La fecha del comienzo de su aplicación se fijó, en muchas aldeas, para el 10 de marzo. Toda la comarca que bordea el es-

tuario del Loira al norte y al sur, una comarca cuyas peculiaridades geográficas y políticas no cabe tratar aquí pero que continúa siendo extrañamente singular, comenzó a resistirse. El decreto gozaba de enorme impopularidad en todos lados, naturalmente, como es impopular el servicio militar dondequiera que haya una población arraigada. Pero en este caso no contaba con apoyo, porque la Revolución y sus obras eran también crasamente impopulares. El error de la Constitución civil del clero fue un factor poderoso de este rechazo. La piedad y la ortodoxia de esta comarca eran y son excepcionales. Una resistencia de esa índole en lugares similares estaba quizá prevista: lo que no se previó fue su éxito militar.

Cuatro días antes de la derrota de Neerwinden y cuatro después del decreto de conscripción, una horda de campesinos se había apoderado de la ciudad de Chollet en el sur de este distrito. Tres días antes de que se formara el Comité de Salud Pública, los insurgentes habían derrotado a las tropas regulares de Machecoul, y habían torturado y dado muerte a sus prisioneros. El mes de abril, cuando el Comité de Salud Pública empezaba a pisar terreno firme, fue testigo del triunfo total de los rebeldes. Las fuerzas enviadas contra ellos fueron infructuosas, porque todo el esfuerzo militar se hallaba concentrado en la frontera. La mayoría no eran ni siquiera lo que podríamos llamar una milicia. Iba a llamarse a un pequeño cuerpo de regulares de Orleans, pero, antes de que pudieran atacar, Thouars, Parthenay y Fontenay cayeron en poder de los insurgentes. Estas guarniciones ofrecían un triángulo de avanzada precisamente dentro del territorio de ad-

ministración regular de la República: la gran ciudad de Nantes fue franqueada. Aun en esa eventualidad los girondinos seguían fieles a su ideal: una república de individuos libres y de autonomías locales. No hay que sorprenderse de que el temperamento de París les negara su apoyo, o su influencia en el Parlamento, y podemos comprender con facilidad cómo el nuevo Comité secundó la rebelión de París.

Esa rebelión acaeció el 31 de mayo. Las fuerzas de que disponía la capital no se movilizaron, pero una diputación de las secciones de París exigió el arresto de los girondinos. El recinto de sesiones fue invadido por la multitud. El Comité de Salud Pública fingió mediar entre París y el Parlamento, pero un documento recientemente analizado prueba de modo fehaciente que su simpatía estaba con la agresión parisiense. Propusieron, ciertamente, poner la fuerza armada de París a disposición de la Asamblea: es decir, en sus propias manos.

Ese día no se hizo nada de importancia, pero el Parlamento había mostrado su falta de energía frente a la capital. En la frontera había comenzado el avance de los invasores. La gran fortaleza-bastión de Valenciennes confiaba para su defensa en el vecino campamento de Famars. La guarnición de ese cuartel se había visto obligada a evacuarlo ante el avance del ejército aliado el 23 de marzo, y aunque transcurrirían unos días antes de que la artillería pesada de los austríacos pudiera ser emplazada, Valenciennes estuvo desde ese momento a merced de sus sitiadores. Llegaron noticias de que el de la Vandée no era el único levantamiento. Lyon se había unido, sitiando la municipalidad y es-

tableciendo un gobierno municipal insurrecto sin elecciones. Tales noticias, inmediatamente después del 31 de mayo, impulsaron a la capital a la acción. Esta vez las fuerzas parisienses marcharon efectivamente contra el Parlamento. El pedido de suspensión para los veintidós diputados llamados girondinos se hizo bajo la presión de las armas. Mucho se ha escrito y por los mejores historiadores, para convertir este día victorioso en mero triunfo de la Comuna de París sobre el Parlamento. Aunque Barère y Danton protestaron ambos públicamente, en realidad fue su política la que triunfó con París. A los veintidós nombres que las fuerzas de París habían anotado, se agregaron siete. Los grandes girondinos, Brissot, Vergniaud y el resto, no fueron encarcelados de hecho, sino que se los consideró "bajo arresto en sus domicilios". Pero la autoridad moral de la Convención como aparato administrativo, no legislativo, se quebró ese día, 2 de junio de 1793. París había triunfado ostensiblemente, pero el amo, ahora más fuerte que nunca, al que París había servido, era el Comité de Salud Pública.

Este primer Comité de Salud Pública duró hasta el 10 de julio. En medio de esa guerra y esa lucha interna la Convención había votado (por iniciativa del Comité de Salud Pública) la famosa Constitución del 93, ese documento capital de la democracia que, como para burla de su propio ideal, ha sobrevivido desde entonces hasta hoy nada más que como algo escrito. En él se encontrará el sufragio universal, el Parlamento anual, el referéndum, el Ejecutivo electo —lo que ningún Parlamento nos daría hoy día. La Constitución fue sancionada sólo tres semanas después de la victoriosa insurrección de París. Una quincena más tarde, el 10 de julio, el primero de los Comités de Salud Pública dio paso a su sucesor.

Todo este tiempo los vandeanos iban avanzando. Nantes había resistido por cierto a los rebeldes, pero, como veremos en seguida, las tropas republicanas todavía no habían demostrado su eficacia. La sublevación de Lyon iba afianzándose y una semana después habría de ejecutar al radical Chalier. Marsella estaba rebelándose. El 10 de julio la Convención hizo comparecer en su estrado a Westermann, el amigo de Danton, que acababa de sufrir una derrota a manos de los rebeldes del oeste.

Es conveniente destacar a esta altura uno de esos pequeños factores individuales que deciden la suerte de los Estados. Danton —el jefe de todo aquel primer movimiento en pro de la centralización, el hombre que forjara el 10 de agosto, el que había negociado con los prusianos después de Valmy, el que había decidido y constituído un gobierno central contra la anarquía girondina— estaba quebrado. No tenía más salud. Su cuerpo era de gigante, pero en ese momento se hallaba agotado.

Se propuso la renovación de su Comité: Danton fue descartado de la nueva lista. Quedó Barère como vínculo entre el antiguo Comité y el nuevo. Un pastor calvinista, violento y sectario, Jeanbon Saint-André (considerado uno de los revolucionarios más valientes y frustrados); Couthon, amigo de Robespierre; Saint-Just, amigo aun más íntimo (hombre joven, apuesto, enormemente valiente y decidido), integraron, entre otros, el nuevo Comité hasta completar el número de nueve.

El 27 de julio, dieciséis días después, Robespierre remplazó a uno de los miembros de segundo plano así elegidos. Le quedaba precisamente un año de vida, y ha llegado el momento de fijar la índole de su carácter en la mente del lector.

Robespierre era en esa hora la primera figura a los ojos de la plebe, y pronto habría de ser la principal figura revolucionaria a los ojos de Europa: este es el primer punto. El segundo es de igual importancia y, en general, mucho menos conocido. No era, y estaba destinado a no ser jamás, la fuerza principal en el gobierno revolucionario.

En cuanto al primer punto, Robespierre había escalado esta posición debido a la siguiente combinación de circunstancias: primero, era la única personalidad revolucionaria que había figurado constantemente en la atención pública desde el principio; había integrado el primero de los Parlamentos y había hablado en ese Parlamento durante el primer mes de sesiones. Aunque entonces ignorado en Versalles, ya era bien conocido en su provincia y ciudad natal de Arras.

En segundo término, esta posición suya en la atención pública se mantuvo sin interrupciones, y su situación y renombre habían crecido por acumulación mes a mes durante esos cuatro años. De ninguno de los otros que quedaban en la liza política podía decirse otro tanto. Todos los viejos reaccionarios, todos los hombres moderados, habían desaparecido; las figuras de 1793 eran todas nuevas, excepto Robespierre, y este continuo y firme ascenso de su fama lo debía a:

En tercer lugar, su notable y vivaz sinceridad. Estaba totalmente poseído de la fe democrática del *Contrato Social* más que cualquier otro

hombre de su época: nunca se había apartado ni un ápice de sus artículos. No hay mejor instrumento para lograr una fama persistente que expresar las convicciones sinceras. Además:

Cuarto. Sus discursos eran el eco preciso de las opiniones de su auditorio y las reflejaba con una lucidez que éste no poseía. La cuestión de si tenía verdadera elocuencia o no, todavía es debatida por los eruditos en letras francesas. Pero lo cierto es que en su propia época consiguió todos los efectos de un gran orador, aunque su modalidad era fría y precisa.

En quinto lugar, poseía un sistema consistente de doctrina, es decir, no sólo estaba convencido del credo democrático general que profesaban sus contemporáneos y no sólo lo profesaba sin desvíos ni corrupciones, sino que también lo complementaba con un código ético y aun con algo que era el esquema de una religión.

Sexto. Reunía a su alrededor —al igual que pueden hacerlo los de su mismo carácter, aunque con frecuencia no lo hagan— un grupo de admiradores y partidarios personales intensamente adictos, entre los que descollaba el joven y magníficamente valeroso Saint-Just.

Fue la amalgama de todo esto, digo, lo que convirtió a Robespierre en figura principal de la atención pública cuando ingresó en el Comité de Salud Pública el 27 de julio de 1793.

Señalemos que, a diferencia de su partidario Saint-Just y muy a diferencia de Danton, Robespierre no poseía ninguna de esas cualidades militares sin las cuales es imposible tener la responsabilidad del gobierno en una nación militar, especialmente si esa nación está en guerra, y ¡qué

guerra! El Comité de Salud Pública era el César de la Francia revolucionaria. Como miembro de ese César, Robespierre era un caso perdido. Su popularidad era una ventaja para sus colegas del Comité, pero su concepto de la acción en las fronteras era vaga, personal e inútil. Su ambición de mando, si la tenía, estaba subordinada a su ambición de ser el salvador de su pueblo y de su experimento democrático, y carecía en absoluto de comprensión para las funciones de mando que permiten coordinar los detalles e imponer un plan de acción. Por lo tanto, a cada crisis del año que hemos de estudiar en último término, Robespierre cedió ante sus colegas, nunca se les impuso ni los dirigió, y sin embargo (ironía de su sino), sus compatriotas y los gobiernos combatientes de Europa imaginaban que era el jefe de todos.

Las primeras semanas después de su aparición en el Comité de Salud Pública fueron las semanas críticas de todo el movimiento revolucionario. La acción despótica de París (que ha dado por sentado estaba secretamente apoyada por el Comité) [1] había provocado insurrecciones por todas partes en las provincias. Normandía había protestado y el 13 de julio una muchacha normanda había asesinado a puñaladas a Marat. Lyon, como hemos visto, había tenido varias semanas de insurrección; Marsella se había levantado en la primera semana de junio; Burdeos y todo el departamento de la Gironda también se habían rebelado, ya que sus hombres estaban en juego. Después se levantó Tolón, el gran arsenal naval de Francia: en ese puerto se formó un gobierno municipal reaccionario de provincia, que proclamó heredero del trono al niño encarcelado en el Templo, bajo el nombre de Luis XVII, y antes de terminar agosto las flotas inglesas y española habían sido admitidas en el puerto y una excelente guarnición extranjera defendía a la ciudad contra el gobierno nacional.

[1] En la pág. 403 de mi monografía sobre Danton (Nisbet, 1899) el lector hallará un informe inédito del Comité de Salud Pública, de redacción inmediatamente anterior al aniquilamiento de los girondinos el 31 de mayo. Constituye, en mi opinión, una prueba concluyente, a la luz de sus otros actos, de la determinación de apoyar a París que sustentaba el Comité.

Mientras tanto los aliados en la frontera belga hacían lo que podían, tomando una fortaleza tras otra, y mientras caía Maguncia, en el Rin, en la frontera del noreste capitulaban Condé y Valenciennes, y un sector del ejército aliado marchaba a Dunquerque para sitiarla. La insurrección de la Vandée, que estalló a comienzos de año, si bien detenida por la resistencia de Nantes, todavía seguía triunfante sobre el terreno.

Un esfuerzo exitoso tuvo lugar en el mes de agosto. Carnot, que pronto demostró ser el genio militar de la Revolución, ingresó al Comité de Salud Pública. El 23 de ese mes una verdadera leva, muy distinta del intento inútil e ineficaz de la primavera, se impuso a la nación por votación del Parlamento. Era una leva de hombres, vehículos, animales y provisiones, que inmediatamente proveyó de algo así como medio millón de soldados. En setiembre cambió la marea y el primer triunfo de esta crisis en la lucha —Hoondschoote— liberó a Dunquerque en los primeros días de ese mes. Para mediados de octubre un segundo y decisivo triunfo, Wattignies, auxilió a Mabeuge. Lyon

había sido tomado y Normandía pacificada largo tiempo atrás; al terminar el año Tolón fue ocupada de nuevo y destruída la última fuerza coherente de los vandeanos.

Pero entretanto la crisis había surtido un doble efecto, moral y material. El efecto moral había sido una especie de locura nacional en la que se propusieron las medidas más extremadas, llevadas a cabo muchas de ellas con lo que podríamos llamar audacia creadora. Se cambió el calendario, se abolió la semana, los meses se retitularon y reordenaron. Un acto semejante basta para simbolizar la actitud mental de los revolucionarios. Estaban decididos a crear un mundo nuevo.

A esto se unió el último y más violento ataque contra lo que se consideraban los últimos resabios de catolicismo en el país, una espantosa persecución de sacerdotes, en la que murieron incontable número de religiosos gracias a los rigores de las deportaciones o a la violencia. Las represalias contra los rebeldes variaron desde la severidad más terrible hasta una crueldad con evidentes ribetes de locura, y cuyos peores ejemplos se registraron en Arras y Nantes.

En medio de este torbellino el centro gobernante del país, el Comité de Salud Pública, no sólo conservó la serenidad sino que también utilizó las fuerzas inmensas de la tormenta con el objeto de lograr el triunfo militar, bajo el sistema conocido como "el Terror", que para ellos no era nada más que la ley marcial en acción y el instrumento de su despótico dominio. De los dos mil y algo más que desfilaron ante el tribunal revolucionario y fueron ejecutados en París, la gran mayoría estaba formada por los que el Comité de Salud Pública

consideraba obstáculos a su política militar; y la mayoría eran hombres y mujeres que habían violado alguna parte específica del código marcial establecido por el gobierno. Algunos eran generales derrotados o sospechosos de traición; y otros, los más conspicuos, políticos que habían intentado detener un método tan drástico de ganar la guerra.

Entre los más prominentes de éstos se hallaba Danton. Antes de finalizar el año 1793 había empezado a protestar contra el sistema del Terror; creía quizá que el país ya estaba seguro en el sentido militar y que no precisaba de semejantes rigores. Pero el Comité disentía y si hubiese pruebas al alcance, advertiríamos que Carnot en particular decidió que tal oposición debía cesar. Danton y sus colegas —incluyendo a Desmoulins, el cronista de la Revolución y el principal publicista que promovió los días de julio de 1789— fueron ejecutados en la primera semana de abril de 1794.

A la par de esta acción el Comité llevó un súbito ataque a los hombres del otro extremo: los hombres cuya violencia, excesiva aun para ese momento, amenazaba con provocar reacción. Entre ellos el principal era Hébert, vocero de la Comuna de París, quien también pereció.

Mientras tanto, el Comité había permitido otras persecuciones y muertes, especialmente la de la Reina. Una política sensata habría exigido que se la guardara como rehén: fue sacrificada al deseo de venganza y su cabeza cayó el día mismo en que se ganaba la decisiva batalla de Wattignies. Más tarde la hermana del Rey, madame Elisabeth, fue sacrificada a la misma pasión y con ella hay que incluir cierta proporción de víctimas cuya eliminación no podía ser parte de los desgnios del Comité

y tuvo origen exclusivamente en antiguos odios, aunque en el caso de muchos de noble cuna o de influencia debido a su riqueza, no es fácil determinar hasta qué punto la posibilidad de intrigar con el extranjero no puede haberlos conducido al patíbulo.

En los últimos cuatro meses del período que consideramos en esta obra, o sea en el transcurso de abril (después de la ejecución de Danton), mayo, junio y casi hasta fines de julio, Robespierre figura con singular prominencia. Manías y doctrinas de su cosecha son incluidas en el Estatuto de la Revolución, sobre todo sus dogmas religiosos de un Dios personal y de la inmortalidad del alma. Más aún, se dispone una solemnidad pública en honor de esas cuestiones y en las que oficia de sumo sacerdote. La intensidad de la idolatría que recibió nunca fue más grande; el número de los que la profesaban estaba, quizá, menguado. Es verdad que Robespierre no apreció hasta qué punto iban cediendo los soportes de su popularidad. Es verdad que él solamente veía el entusiasmo creciente de sus partidarios inmediatos. El Comité todavía lo usaba como instrumento —especialmente para un aumento del Terror en junio— pero es posible que en esos meses por primera vez empezara a querer ejercer algo de su autoridad en el seno del Comité: sabemos, por ejemplo, que riñó con Carnot, que era, sin mucha discusión, el hombre fuerte del Comité.

En el pasado le habían permitido darse el gusto de una política personal en aquello que no interfiriese el plan militar general. Fue el responsable, no por consejo propio sino por deseo de reflejar la opinión, del juicio y ejecución de la

Reina. Había contemporizado cuando Danton comenzaba su campaña contra el Terror a fines de 1793, y es imborrable tacha sobre su memoria y su justamente conseguida reputación de integridad y sinceridad, el haber primero permitido y luego contribuído a la ejecución de Danton. De los pocos indicios que poseemos, nos es posible colegir que protestó por ello en las reuniones secretas del Comité, pero cedió, y, lo que es más, dado que Saint-Just deseaba ser el acusador de Danton, había proporcionado a aquél anotaciones en contra de éste. Si bien el Comité fue el responsable moral de la larga duración del Terror que prosiguió durante esos últimos meses, Robespierre cometió la necedad de obrar como instrumento suyo, redactando sus últimos decretos y, por creer que el Terror era popular, apoyándolo públicamente. Esto fue su ruina. Los terroristas extremos, los que aún no estaban hartos de venganza y odiaban y temían a un ídolo popular, decidieron derribarlo.

La masa de los que podrían ser próximas víctimas y que, ignorantes de lo que pasaba en las reuniones secretas del Comité, creían que Robespierre era lo que pretendía ser, jefe del Comité, estaban ansiando su destitución. Toda la creciente repugnancia contra el Terror se dirigió contra su persona, que asumía la ficción de supuesto poder dominante dentro del Estado.

Coincidente con estas fuerzas, el Comité, el cual —confiando en su posición pública— había empezado a interferir y probablemente a detener en su acción militar (había intentado por cierto sin éxito salvar algunas vidas contra la decisión de sus colegas), resolvió librarse de él. La crisis llegó en la cuarta semana de julio, según rezaba el calen-

dario vigente, en la segunda semana de Termidor. Fue rechazado a gritos en el Parlamento, una conspiración hábil y activa había organizado todas las fuerzas latentes de oposición en su contra; todavía confiaba tanto en su popularidad que la escena lo desconcertó; y aún era tan querido y ardientemente seguido que cuando en esa misma sesión fue proscripto, su hermano se sacrificó por seguirle. Saint-Just fue incluído en la sentencia y su austero amigo Lebas aceptó voluntariamente la misma suerte.

Lo que siguió fue en principio una confusión de autoridad. Robespierre fue arrestado, pero el gobernador de la prisión adonde lo destinaron rehusó recibirlo. El y sus simpatizantes se reunieron en la Municipalidad al caer la noche, y hubo un intento de provocar una insurrección. Hay diversos relatos confusos de lo que sucedió después a media noche, pero dos cosas son ciertas: el populacho rehusó alzarse por Robespierre y el Parlamento, respaldado por el Comité, organizó una fuerza armada que dominó fácilmente la incipiente rebelión en la Municipalidad. Es probable que se necesitase la firma de Robespierre para completar la proclamación de la insurrección; es verdad que no la completó y, presumiblemente, que no habría actuado en contra de todas su propias teorías sobre la soberanía popular y la voluntad general. Mientras estaba allí sentado, con el papel delante y su firma aún inconclusa, la fuerza armada del Parlamento irrumpió en la habitación, un muchacho de nombre Merda apuntó a Robespierre con una pistola desde la puerta y le disparó en la quijada (la prueba en favor de esta versión es concluyente). De sus compañeros, algunos huyeron y fueron capturados, algunos se suicidaron y la mayoría fueron

arrestados. Al día siguiente, 10 de Termidor o 28 de julio de 1794, a las siete y media de la noche, Robespierre con otros veintiuno fue guillotinado.

La ironía de la historia quiso que la caída de este hombre, debida principalmente a su interferencia en el sistema del Terror, quebrara toda la fuerza moral sobre la que había residido ese mismo Terror; porque los hombres habían creído que el Terror era obra suya y que, desaparecido él, no quedaban excusas para que subsistiera. Se inició una reacción que convierte a esta fecha en el verdadero término de esa serie ascendente del esfuerzo revolucionario que para entonces había debatido todos los aspectos de la democracia, triunfado en la defensa militar de esa experiencia y asentado, si bien hasta el momento sólo en palabras, la base del Estado moderno.

CAPITULO V

EL ASPECTO MILITAR DE LA REVOLUCION

La Revolución nunca habría conseguido su objeto, por el contrario, no habría conducido más que a una reacción violenta contra los principios que maduraron antes de que estallase y que la llevaron al triunfo, si los ejércitos de la Francia revolucionaria no hubiesen demostrado su eficacia sobre el campo de batalla; pero la aprehensión de este mero hecho histórico, quiero decir el éxito de los ejércitos revolucionarios, por desgracia no es una cuestión muy sencilla.

Todos sabemos que en los hechos, la Revolución logró, en conjunto, imponer a Europa su punto de vista. Todos sabemos que de ese logro, como de un germen, ha procedido, y aún procede, la sociedad moderna. Pero la naturaleza, la causa y el alcance del triunfo militar, lo único que lo hizo posible, es extensamente ignorado y aun más extensamente mal comprendido. Ningún otro destacado esfuerzo militar que haya alcanzado su objeto en el curso de la historia ha terminado en desastre militar —sin embargo, tal fue el caso de las guerras revolucionarias. Después de veinte años de avance, durante los cuales las ideas de la Revolución se sembraron por toda la civilización occidental y tuvieron tiempo de afianzarse, los ejércitos de la

Revolución cayeron en la gran trampa o error de la campaña de Rusia; a esto sucedió la decisiva derrota de las armas democráticas en Leipzig, y la soberbia estrategia de la campaña de 1814, la brillante recuperación de lo que se llamó los Cien Días, sólo sirvieron para poner de manifiesto la totalidad del fracaso aparente. Porque esa campaña magistral fue seguida por la primera abdicación de Napoleón y esa brillante recuperación terminó con Waterloo y la ruina del ejército francés. Cuando consideramos la difusión de la cultura griega en Oriente mediante el paralelo triunfo militar de Alejandro, o la conquista de la Galia por los ejércitos romanos a las órdenes de César, nos encontramos con fenómenos políticos y un éxito político no más notable que el éxito de la Revolución. La Revolución hizo tanto con la espada como jamás hicieron Alejandro o César, y con igual certeza provocó una de las grandes transformaciones de Europa. Pero el hecho de que la gran historia concluya con un fracaso perturba la mente del estudioso.

Asimismo ese elemento fatal a todo estudio exacto de la historia militar, la imputación de virtudes y motivos civiles, penetra la mente del lector con inexorable facilidad al estudiar las guerras revolucionarias.

Se siente tentado a adscribir al entusiasmo de las tropas, más aún, al movimiento político mismo, una especie de poder milagroso. Es proclive a utilizar, respecto de las victorias revolucionarias, la palabra "inevitable", que, si alguna vez se aplica a la acción razonada, voluntaria y consciente de los hombres, ciertamente no se aplica para nada a los hombres cuando actúan como soldados.

Hay tres puntos que debemos tener en cuenta cuidadosamente al considerar la historia militar de la Revolución.

Primero, que tuvo éxito: la Revolución, mirada como motivo político de sus ejércitos, triunfó.

Segundo, que triunfó por aquellas aptitudes y condiciones militares que solían acompañar —pero no por cierto necesariamente— las fuertes convicciones y el entusiasmo cívico de la época.

Tercero, que el elemento casual, que cualquier sabio y prudente pensador tendrá que admitir ampliamente en cuestiones militares, actuó en favor de la Revolución en los momentos críticos de las primeras guerras.

Establecidos estos puntos, y con deseo de retomarlos cuando hayamos apreciado la historia militar, es conveniente comenzar nuestro estudio contando esa historia brevemente y en sus líneas más generales. Al así hacerlo, será necesario abarcar aquí y allá puntos que ya han sido tratados en este libro, pero ello es inevitable cuando se escribe acerca del aspecto militar de cualquier movimiento, porque es imposible tratar ese aspecto sino como parte viva tel conjunto; tan adentrado en la vida nacional está el problema de la guerra.

PRIMERO

Cuando la Revolución por primera vez se acercó a la acción, la perspectiva de una guerra entre Francia y cualquiera de las grandes potencias de la época —Inglaterra, Prusia, el Imperio o, digamos, Rusia o España— era una perspectiva que podría haberse contemplado en cualquier momento durante las últimas dos o tres generaciones.

Porque en unos cien años los hombres se habían acostumbrado a la consideración de disputas dinásticas apoyadas por un cierto tipo de ejército que describiré en seguida.

He llamado dinásticas a estas disputas: o sea, que eran principalmente disputas entre las casas reinantes de Europa; estaban motivadas en general por el deseo de cada casa reinante de adquirir más territorios y rentas, y limitadas por la determinación de cada casa reinante de mantener intactas ciertas ideas, como, por ejemplo, la santidad de la monarquía, la independencia de los Estados individuales, etc. Aunque eran en su mayor parte dinásticas, sin embargo, en lo que una dinastía podría representar a una nación unida, eran también nacionales. La oligarquía inglesa era, en este respecto, peculiar y más nacional que cualquier gobierno europeo de la época. También es verdad que el despotismo ruso estuvo respaldado, en la mayoría de sus aventuras militares y en su espíritu de expansión, por el beneplácito subconsciente del pueblo.

Sin embargo, pese a su índole nacional, las guerras de la época que precedió a la Revolución se movían dentro de una estructura fija de ideas, por así decir, que ningún comandante ni ningún diplomático pensaban exceder. A, testa coronada de un Estado, tenía ciertas quejas contra B, testa coronada de otro Estado, con respecto de ciertos territorios. C, testa coronada o gobierno de un tercer Estado, permanecía neutral o se aliaba con alguno de los otros dos; si se aliaba, entonces, por sistema, era con el más débil contra el más fuerte, con el fin de asegurarse contra el excesivo crecimiento de un rival. O, también, estallaba una

revuelta contra el poder de A en alguna parte de sus dominios; entonces B, con cierto desgano (ya que el derecho casi ilimitado de un ejecutivo existente era todavía dogma vigoroso en la mente de los hombres) tendía a aliarse con los insurrectos con el fin de disminuir el poder de A.

Los asuntos humanos siempre encierran, con gran fuerza y permanente inherencia, un carácter de deporte; el interés (al menos el masculino) por el desenvolvimiento de la vida humana es siempre en gran medida el interés de ver que se observan ciertas reglas y que se alcancen ciertos puntos, de acuerdo a dichas reglas. Debemos, por lo tanto, cuidarnos de ridiculizar las guerras del siglo anterior a la Revolución calificándolas de "juego". Pero con respecto de ese guerrear, es verdad, honorable verdad, que se proponía cosas limitadas de manera limitada; no se proponía ningún cambio fundamental en la sociedad; no era abiertamente —desde la Guerra de Treinta Años por lo menos— una lucha de ideas; se conducía en beneficio de objetivos conocidos y limitados, y los instrumentos de que se valía eran instrumentos artificiales y segregados de la vida general de las naciones.

Estos instrumentos eran lo que se ha llamado ejércitos "profesionales". El término es muy insuficiente y en parte ambiguo. Los nobles de las distintas potencias, mezclados con los cuales estaban ciertos aventureros no siempre de sangre noble, eran los oficiales que comandaban esas fuerzas; y para la mayor parte de la nobleza de la mayoría de los países europeos, la carrera militar era el principal campo de actividad. Los hombres a los que comandaban no eran de clase campesina ni laboriosa, y menos una fuerza civil que congregase a la clase media: eran los más pobres y los menos arraigados, algunos podrían ser llamados las heces de la vida europea. Con excepción de uno que otro hombre —comúnmente algún muchacho atraído por el fabuloso romance de esa ocupación ruda pero gloriosa— y con excepción de ciertos cuerpos que seguían en masa y por fuerza los resabios de algún señorío feudal, los ejércitos del período inmediatamente anterior a la Revolución eran ejércitos de hombres muy pobres que se habían vendido a una suerte de servidumbre con frecuencia emocionante y hasta riesgosa, pero que si lo examinamos minuciosamente, no era la carrera que elegiría un hombre libre. Los hombres eran atraídos por necesidad económica, por engaño, y por otras formas, y una vez atraídos, se los retenía. No se puede hallar mejor prueba de esto que la bárbara severidad de los castigos aplicados a la deserción o a otras formas menores de indisciplina. Así retenidos, eran utilizados para los propósitos del juego, no sólo en lo que los haría instrumentos útiles de guerra, sino también para lo que agradase a sus amos. La estricta alineación, ciertos adornos de desfile y aparato, todo lo que se requiere en el teatro o en una mansión presuntuosa, figura en los reglamentos militares de la época.

Por todo lo dicho no debe pensarse que quiero menoscabar ese gran período entre 1660 y 1789 durante el cual se planeó muy cuidadosamente el arte de la guerra, se plasmaron las tradiciones de la mayor parte de nuestros grandes ejércitos europeos y se desarrollaron las permanentes cualidades militares que todavía heredamos. Los hombres retenidos como soldados rasos no podían menos que gozar del juego cuando se jugaba activamente, por-

que los hombres del tronco europeo siempre disfrutarán el juego de la guerra; se gloriaban en narrarlo y recordarlo; ser soldado, aun en las serviles condiciones de ese tiempo, era justo motivo de orgullo, y además hay que hacer notar que los excesos de crueldad discernibles en el establecimiento de la disciplina iban también acompañados de muy elevados y perdurables ejemplos de virtud castrense. El comportamiento de los contingentes ingleses en Fontenoy no hace más que brindar un ejemplo de los muchos aludidos.

Con todo, a fin de comprender las guerras de la Revolución, debemos establecer claramente el contraste entre los llamados ejércitos profesionales que precedieron a ese movimiento y los ejércitos que la Revolución inventó, utilizó y legó al mundo moderno.

Así también, volviendo a lo dicho antes, debemos recordar el carácter dinástico y limitado de las guerras en que se había empeñado el siglo XVIII; al estallar la Revolución los hombres no se imaginaban otra clase.

Si, por ejemplo, en cualquier momento de 1789, hubiésemos conversado con un estadista —ya fuese de antigua experiencia o apenas embarcado en la vida política por el nuevo movimiento— acerca de la posición de Gran Bretaña, en seguida habría discutido esa posición en los términos de la reciente derrota inglesa a manos de Francia en el asunto de las colonias norteamericanas. Si hubiésemos discutido con él la posición de Prusia, nos habría argumentado en conexión con la posición secular de ésta para con Austria y el Imperio. Si le hubiésemos preguntado cómo consideraba a España, habría hablado de sus relaciones con Francia, a la luz del

hecho de que España era una monarquía borbónica aliada por sangre al trono francés. Y así, en lo demás. Ningún estadista auténtico imaginaría en esa época, ni por cierto en muchos años, que era posible una guerra de *ideas*, ni mucho menos, hablando estrictamente, de *naciones*. Aun hasta cuando una guerra así estaba en vías de estallar, la diplomacia que trataba de establecer una paz, las intrigas por las cuales se buscaban alianzas o se negociaba la neutralidad, dependían de aquel concepto anticuado de las cosas: al historiador que contempla esta lucha gigantesca se le brinda la satisfacción irónica de ver a los hombres luchando por las doctrinas más universales que imaginarse pueda y, sin embargo, variando de conducta durante la lucha de acuerdo a conceptos sumamente particulares, locales o efímeros y que el tiempo pronto habrá de disipar.

El mismo Napoleón debe necesariamente casar con una archiduquesa austríaca como parte de este viejo prejuicio, y durante años inteligencias tan lúcidas como la de Danton o Talleyrand conjeturan la posibilidad de considerar ora a Inglaterra, ora a Prusia, como neutrales en el vasto intento francés de destruir el privilegio en la sociedad europea.

Puede decirse que durante dos años la conexión del movimiento revolucionario con las armas no tuvo otro cariz que el de guerra civil. Verdad es que cada vez que comienza a suceder un cambio notable en la sociedad, siempre tiene que surgir la posibilidad de asociarlo con una guerra extranjera. Si algún estado europeo, por ejemplo, hiciera hoy día una experiencia de colectivismo, por cierto que los promotores de dicha experiencia habrían de discutir la posibilidad de una intervención exterior.

Pero ni el grupo de gente culta de la misma Francia, ni fuera de Francia, pensaron en esos dos años en un peligro serio de lucha armada entre los franceses y cualquiera de sus vecinos, relacionado con el experimento político de la Revolución. Y, lo repito, el aspecto militar de esos años se limitó al tumulto civil. Sin embargo, ese aspecto no debe ser descuidado. La manera con que los franceses organizaron su guerra civil (y siempre hubo algo de eso presente desde el verano de 1789 en adelante) afectó profundamente la guerra exterior que le sucedería: porque en las luchas internas grandes masas de franceses se habituaron a la presencia física de las armas y millones a su discusión.

Como hemos visto en otro lugar de esta obra, es un error reiterado y notorio el pensar que los primeros estallidos revolucionarios no fueron suficientemente reprimidos por las tropas reales. Por el contrario, las tropas reales se utilizaron hasta el límite y fueron derrotadas. El populacho de las grandes ciudades, y especialmente el de París, se demostró capaz de organizarse y actuar militarmente. Cuando a esta capacidad se hubo sumado la institución de la milicia llamada Guardia Nacional, ya existieron los gérmenes de una nación totalmente militarizada.

Mucho de esta excepcional y novedosa posición debe atribuírse al carácter gálico. Puede decirse que desde la caída del Imperio Romano hasta el presente, ese carácter —en forma permanente y por propia volición— se ha compenetrado de la experiencia de la lucha organizada. El tumulto civil le es innato, el riesgo de muerte en defensa de objetivos políticos le es igualmente familiar, y todo

el oficio de las armas, su organización necesaria, sus fatigas y sus condiciones limitativas se han vuelto muy familiares a la población en el transcurso de estos siglos. Pero más allá de esto, el hecho de que la Revolución preparara hombres en la escuela del tumulto civil fue una ventaja de primer orden para su posterior aptitud de lucha contra las potencias extranjeras.

En historia siempre conviene fijar un determinado punto de partida para cualquier acontecer político, y el punto de partida de las guerras revolucionarias puede fácilmente fijarse en el momento en que Luis, la Reina y los infantes reales intentaron escapar a la frontera y al Ejército del Centro al mando de Bouillé. Esto sucedió, como hemos visto, en junio de 1791.

Muchos factores se combinan para hacer de esa fecha el punto de partida. En primer lugar, hasta ese momento no había existido ante los ojos de los monarcas europeos ninguna prueba concreta del cautiverio de su principal exponente, el Rey de Francia.

La desordenada marcha sobre Versalles, en los días de octubre de 1789, tenía su paralelismo en un centenar de tumultos populares con los cuales durante siglos Europa estaba bastante familiarizada. Pero la rápida sucesión de reformas del año 1790, y aun el gran desatino religioso de 1791, habían llevado la firma y el público asentimiento de la Corona. La Corte, si bien ya no establecida en Versalles, era magnífica, el poder del Rey sobre el Ejecutivo aun mayor que el de cualquier otro órgano del Estado e infinitamente mayor que el de cualquier otro individuo dentro del Estado. El comentario de cautiverio, insultos y demás, los cla-

mores de los emigrados y las perpetuas quejas de la familia real francesa en sus relaciones privadas, parecían exageradas o, al menos, no daban motivo para actuar, hasta que llegó el impacto del conato de fuga y la nueva captura del Rey. Esto decidió las cosas, y las decidió sobre todo porque más de una Corte, y especialmente la de Austria, creyó por unos días que la fuga había tenido éxito.

Asimismo la huída y su fracaso colocó al ejército en situación ridícula. No era probable una acción contra la Revolución, mientras en el extranjero se creyera en la disciplina y la firmeza del ejército francés. Pero el comando supremo había fracasado terriblemente en esa ocasión, y era evidente que las tropas de habla francesa no gozaban fácilmente de la confianza del Poder Ejecutivo o de su propios comandantes. Además, el fracaso de la fuga lleva a la Reina, con su vivacidad de espíritu y sus rápidos aunque mal concebidos planes, a recurrir por primera vez a la idea de una intervención militar. Sus cartas, que así lo sugieren (más bien en forma de amenaza que de guerra, es verdad), no comienzan hasta después de su captura en Varennes.

Finalmente, coincidió con ese desastre la abierta mención de una República, la franca sugerencia de que el Rey fuese depuesto, y el primer desafío público y concreto a los principios de la monarquía que la Revolución había derrocado ante la mirada de Europa.

Por lo tanto, no nos sorprende comprobar que a este origen del movimiento militar siguió, dos meses después, la Declaración de Pilnitz.

De la naturaleza política de esa Declaración

tendremos que ocuparnos en otro lugar. Aquí nos toca observar su carácter militar.

La Declaración de Pilnitz correspondió aproximadamente a lo que hoy día sería la orden preparatoria para movilizar una cierta parte de la reserva. Con justicia no puede llamársela equivalente a una orden *convocando* a todas las reservas, y menos equivalente a una orden de movilizar en pie de guerra las fuerzas de una nación moderna, porque tal acción equivale a una declaración de guerra (como, por ejemplo, lo fue la acción del gobierno inglés frente a la lucha sudafricana) y Pilnitz estuvo lejos de serlo. Pero Pilnitz fue por cierto un procedimiento militar tan drástico como lo sería la intimación pública de un grupo de potencias que alertan sus reservas dada una disputa con otra potencia. Y se pretendía que le siguiera una rendición tal como la que se espera tras la amenaza de una fuerza superior.

Ese era, en conjunto, el temor de la carta de María Antonieta a su hermano (que había convocado la reunión de Pilnitz) y tal era el sentido con que la entendieron los políticos de la Revolución.

Todo ese otoño e invierno el asunto que observaron más atentamente los diplomáticos extranjeros y los más lúcidos pensadores franceses, fue la situación de las fuerzas francesas y su comando. El nombramiento de Narbonne para el Ministerio de Guerra significó más que cualquier maniobra política. El haber asumido la sucesión de Dumouriez fue el acontecimiento de la época. Se trazaron planes de campaña (que fueron prontamente revelados al enemigo por María Antonieta), se descubrieron múltiples ocasiones de hostilida-

des concretas, la Revolución desafió al Emperador en la cuestión de los príncipes alsacianos; el Emperador, por medio de Kaunitz, desafió a la Revolución en una carta que era interferencia directa en los asuntos internos de Francia, y que con la cual aspiraba a un derecho de *ingérence;* y el 20 de abril de 1792 se declaró la guerra al Imperio. Prusia, por consiguiente, informó al gobierno francés que hacía causa común con el Emperador: y así comenzó la lucha revolucionaria.

La guerra no revistió caracteres graves durante los cuatro primeros meses, tan lentamente se realizó la concentración y marcha de los aliados; pero los pánicos que sobrecogieron a las tropas revolucionarias en las primeras escaramuzas, su falta de disciplina y la quiebra aparente del poder militar francés, hicieron que el éxito de la invasión en Force, al sobrevenir, pareciera una certeza. El ejército invasor no cruzó la frontera hasta más de una semana después de la caída del palacio. Longwy capituló en seguida; una semana después, en los últimos días de agosto, se intimó a la gran fortaleza fronteriza de Verdun, la cual capituló casi inmediatamente.

SEGUNDO

El 2 de setiembre Verdun fue ocupada por los prusianos y un poco afuera de las puertas de la ciudad, cerca de una aldea llamada Regret, se instaló el campamento aliado. Algo más de una semana después, el 11, los aliados marcharon contra la línea del Argonne.

El lector recordará que esta época, con la

pérdida de los bastiones fronterizos de Longwy y Verdun, y la evidente desmoralización que eso ocasionó, fue también la época de las Matanzas de Setiembre y de los horrores en París. Dumouriez y la heterogénea fuerza que comandaba habían recibido del Ministerio de Guerra la orden de defender la línea del Argonne contra la que marchaban los Aliados. Y aquí es bueno explicar lo que significaba esta palabra "línea" en un sentido militar.

El Argonne es una cadena extensa y casi recta de colinas que corren de sur a norte, bastante hacia el noroeste.

Su terreno es arcilloso, y aunque la altura de las colinas es sólo de trescientos pies sobre la planicie, su ladera escarpada o abrupta mira al este, desde la cual puede esperarse una invasión. Son densamente boscosas, de una anchura de cinco a ocho millas, su provisión de agua es deficiente, en muchos sitios no potable; las viviendas, las provisiones para los ejércitos, y los caminos son raros. Es necesario insistir en estos detalles porque a la mayor parte de los lectores civiles les resulta difícil entender qué formidable obstáculo puede constituir una característica relativamente insignificante del terreno para un ejército en marcha. Era imposible que los armamentos, las carretas —y por ende el alimento y las municiones— del ejército invasor pasaran sobre el anegado suelo arcilloso en ese otoño lluvioso, excepto donde existían carreteras adecuadas. Estas sólo se encontraban en los sitios donde una especie de paso natural atravesaba la cadena.

Solamente existían tres de esos pasos y aun hoy día hay muy pequeño espacio para el cruce

de estas colinas. Por la colina del extremo sur cruzaba la gran carretera desde la frontera y Verdun a París. En la del centro (llamada Portillo del Grandpré) esperaba Dumouriez con su incoherente ejército. La tercera, al norte, también estaba ocupada, pero menos decididamente. La ruta obvia para una invasión sin obstáculos habría sido desde Verdun a lo largo de la carretera, cruzando por el paso del sur en Les Islettes y así hasta Châlons y luego a París. Pero Dumouriez, bajando en rápida marcha desde el norte, había colocado una avanzada para cuidar ese paso y se había situado con el grueso del ejército sobre el paso en Grandpré, más al norte. Contra Grandpré marcharon los prusianos y mientras tanto los austríacos atacaban el otro paso, más hacia el norte. Ambos fueron forzados. Dumouriez retrocedió hacia el sur hasta St. Menehould. Entretanto Kellermann subía desde Metz para unírsele, a la par que el paso principal de Les Islettes, por donde cruzaba la gran carretera a París continuaba en poder de los franceses.

Los prusianos y los austríacos unieron fuerzas en la planicie llamada Champagne Pouilleuse, que se halla al oeste del Argonne. Se observa que, al marchar al sur por esta planicie para encontrar a Dumouriez y derrotarlo, su posición era peculiar: estaba más cerca de la capital enemiga que el mismo ejército enemigo y, sin embargo, tendrían que luchar de espaldas a ella, y sus enemigos, los franceses, lucharían de cara a ella. Además, debe notarse que las comunicaciones del ejército aliado eran ahora de índole tortuosa y con rodeos, lo que volvía lento y difícil el transporte de aprovisionamientos y municiones —pero contaban con destruir inmediatamente la fuerza de Dumouriez y realizar luego una marcha rápida sobre la capital.

El 19 de setiembre Kellermann llegó desde el sur y se unió a Dumouriez cerca de St. Menehould, y la mañana del 20 su fuerza ocupó un repliegue del terreno en el que había un molino de viento e inmediatamente detrás se hallaba la aldea de Valmy, cuyo nombre habría de tomar la acción subsiguiente. Toca aquí insistir en que ambos ejércitos habían estado expuestos a las más adversas condiciones climáticas por más de una quincena, pero de las dos fuerzas, la prusiana había sufrido por esta eventualidad mucho más severamente que la francesa. Ya se había declarado la disentería, y el estado de los caminos acentuó la duración y tortuosidad de sus comunicaciones.

La mañana de ese día, 20 de setiembre, la niebla impidió todo movimiento decisivo. Hubo un contacto semiaccidental, entre una batería francesa de la vanguardia y las armas enemigas, pero recién a mediodía la atmósfera se despejó lo bastante como para que cada fuerza advirtiera a su enemigo. Entonces tuvo lugar una acción o, más bien, un cañoneo cuyo resultado es más difícil de explicar, quizás, que cualquier otra acción considerable de las guerras revolucionarias. Durante algunas horas la artillería prusiana, reforzada luego por la austríaca, cañoneó la posición francesa, teniendo por objetivo central el molino de Valmy, alrededor del cual se agrupaban las fuerzas francesas. En un momento este cañoneo surtió efecto sobre las cureñas y los furgones de municiones francesas; hubo una explosión que todos los testigos oculares han recordado como lo más notable del tiroteo y que por cierto sumió por algunos momentos en la

confusión a las ordenadas tropas que comandaba Kellermann. Los testigos que nos han legado relatos difieren en forma extraordinaria acerca de la hora en que esto tuvo lugar. Algunos lo fijan a mediodía, otros hacia media tarde: tan difícil es tener una crónica precisa de lo que sucede en el ardor de la acción. De cualquier manera, si bien no coincidente al menos no muy distante de este suceso, se ordenó a los prusianos efectuar una carga, y aquí es donde aparecen claramente las dificultades para el historiador. La carga nunca llegó al objetivo, ya sea, como afirman algunos, porque después de ordenada se vio que era imposible en vista de la exactitud e intensidad del fuego francés, ya sea —lo cual es más probable— porque el suelo anegado obligó a los jefes a abandonar el movimiento después de iniciado: fuese cual fuere la causa, la fuerza prusiana, aunque admirablemente disciplinada y dirigida, y aunque avanzaba en el orden más preciso, falló en conseguir su propósito original. Se detuvo en la mitad del ascenso de la ladera, y la acción se redujo a un mero cañoneo sin ningún resultado aparente por ambos lados.

Sin embargo, la consecuencia, finalmente, vino a ser muy considerable, y si reflexionamos acerca de su sitio en la historia, es de igual importancia a la que habría tenido una acción decisiva. En primer término, la demora de un día que significó fue algo más de lo que los aliados, con sus líneas de comunicaciones largamente obstruidas, habían calculado. En segundo término, esta pieza de resistencia infundió un singular aumento de decisión y fuerza moral a las descorazonadas y mal hilvanadas tropas de los comandantes franceses.

Debemos recordar que la fuerza francesa en general esperaba y descontaba una derrota, y el soldado raso en especial no tenía confianza en el resultado; y hallar que en la primera acción que tanto tiempo fuera una amenaza y que al fin había llegado, era capaz de resistir al enemigo, le produjo un efecto exagerado que nunca habría tenido en otras circunstancias.

Por último, debemos recordar que estas o cualquiera de las otras causas que habían suspendido la carga prusiana, impidieron al día siguiente un avance general contra la posición francesa. Y entretanto en el campo prusiano la enfermedad se extendía con rapidez. Aun esa breve detención de veinticuatro horas marcó una gran diferencia. Otra nueva demora de un solo día, durante el cual el ejército aliado no pudo resolver si atacaba inmediatamente o permanecía donde estaba, significó un aumento considerable de los incapacitados por la enfermedad.

Durante una semana entera de ansiedad e ineficiencia crecientes, el ejército aliado se mantuvo así, impotente, a pesar de hallarse entre las fuerzas francesas y la capital. Dumouriez entretuvo hábilmente esta hesitación —con todos los riesgos, cada vez mayores, que implicaba para el enemigo —por medio de negociaciones prolongadas, hasta que el 30 de setiembre la organización prusiana y austríaca no pudo resistir más la tensión y sus comandantes decidieron la retirada. Fue el genio de Danton, como ahora lo sabemos, el que organizó principalmente el retiro de lo que todavía podría haber sido una peligrosa fuerza invasora. A él se debe en especial el no permitir que ningún necio patrioterismo reclamara medir fuerzas con el

invasor, al que se le permitió retirarse con pendones y bagajes. La retirada fue larga y sin molestias, aunque bien vigilada por la fuerza francesa que la escoltó discretamente pero frenada con firmeza desde París. Fue tres semanas más tarde cuando el ejército aliado, con el cual Europa y la monarquía habían contado para la inmediata liquidación de la Revolución, volvió a cruzar la frontera, y de esta dudosa y quizá inexplicable manera fracasó totalmente la primera campaña de las potencias europeas contra la Revolución.

TERCERO

A continuación de este triunfo, Dumouriez urgió lo que, desde el primer momento en que actuara como cabeza del ejército había sido su plan personal, a saber la invasión de los Países Bajos.

Para comprender por qué fracasó esta invasión y por qué pensó Dumouriez que podría lograrse, debemos considerar la situación militar y política de los Países Bajos en esa época. Formaban entonces una porción sumamente rica y apreciada de los dominios austríacos; habían experimentado en los últimos tiempos un profundo descontento que culminó en franca revolución, motivada por el mezquino e intolerante desprecio hacia la religión por parte del Emperador de Austria. Verdad que éste ya había abandonado su torpe política inicial de persecución y confiscaciones, pero el sentir del pueblo aún se oponía reciamente al gobierno de Viena. Es notable por cierto, y en parte debido a la presión de un estado sumamente protestante y aristocrático, Holanda, en el norte, que los pueblos de los Países Bajos austríacos conservasen en

esa época una singular adhesión a la religión católica. La Revolución era tan anticatólica como el Emperador de Austria, pero de la persecución de éste los belgas (como ahora se los llama) ya conocían algo, mientras que la de la Revolución todavía no habían aprendido a tenerla. Por consiguiente, el cálculo de Dumouriez era que al invadir esta provincia del dominio austríaco estaría combatiendo en territorio amistoso. Además, estaba separada del centro político del imperio; se hallaba, por ende, más o menos aislada políticamente, y aun para propósitos militares comunicarse con ella no era fácil, a menos que Austria pudiera contar con la completa cooperación de Prusia, cuyo gobierno había sido ya por largo tiempo su implacable y persistente rival.

Por favorable que parecieran las circunstancias para una invasión, no obstante había que contar con dos factores que pasaban grandemente en contra de los franceses: el primero era la formación de su ejército, el segundo el espíritu de rebelión contra cualquier gobierno anticatólico, que había significado tantos contratiempos a José II.

De estos dos factores, el más importante, con mucho, era naturalmente el primero. Si las fuerzas francesas hubiesen sido homogéneas, de buen espíritu y bien adiestradas, podrían haber conservado lo que conquistaron; en realidad, eran sumamente heterogéneas, gran parte estaba mal adiestrada y, lo peor de todo, no existía una base sólida de comando jerárquico. Hombres que creían que el mando jerárquico, es decir, regimentado, en cualquier ejército podía erigirse desde abajo, y que una fuerza combatiente podía semejarse a una democracia algo laxa y turbulenta, marchaban y estaban incor-

poradas junto con antiguos soldados que habían pa-
sado toda su carrera bajo una disciplina estricta
y bajo un mando jerárquico que les venía no sá-
bían de dónde, como si fuese por predestinación.
La sola mezcla de esos dos tipos de hombres tan dis-
tintos en una fuerza hubiese sido ya algo bastante
arduo de manejar, pero lo peor era que las teo-
rías políticas del momento estimulaban el error mi-
litar de los batallones nuevos, si bien los políticos
no osaban interferir en la valiosa organización de
los viejos.

La invasión de los Países Bajos comenzó con
un triunfo grande, aunque algo irregular e in-
fructuoso, la victoria de Jemmapes. Fue la prime-
ra acción notable y de decisivo dramatismo que en
unos cuarenta o cincuenta años se les deparó a
los franceses, siempre ávidos de tales noticias. El
triunfo en América sobre los ingleses, si bien ob-
tenido con brillantez y sólido fundamento, no había
ofrecido ocasiones de esta índole, y Fontenoy era la
última victoria nacional que París podía rememo-
rar. Los hombres que en este verano de 1792 ya
eran maduros o ancianos habían sido niños o mo-
zos apenas cuando se luchó en Fontenoy. La vehe-
mente generación de la Revolución, con sus apeti-
tos y aptitudes militares, hasta entonces escasa-
mente preveía un triunfo, aunque lo deseaba con
ardor, por singular adecuación de su tempera-
mento.

Puede, por tanto, imaginarse qué efecto tuvo la
noticia de Jemappes en el mundo político de París.
La acción se libró precisamente abajo de la ciu-
dad de Mons, a pocas millas de la frontera, y con-
sistió en un avance bastante desordenado pero exi-
toso a través del río Haine. Ya fuese porque los

austríacos, con una fuerza inferior, intentaron mantener una línea demasiado extensa, o porque la infantería y hasta los nuevos batallones de voluntarios franceses, que todavía no habían experimentado fatiga, resultaron irresistibles en el centro del movimiento, Jemmapes fue un triunfo tan absoluto que los intentos de los apologistas por escatimarlo sólo sirven para ponerlo de relieve.

Sin embargo, al igual que otras acciones considerables y aparentemente decisivas, no rindió fruto duradero. Los dos factores que he mencionado antes aparecieron inmediatamente después de este acontecimiento. Bélgica fue ciertamente arrasada por los franceses, pero en ese arrasamiento efectuado por unos ochenta mil hombres, no se hizo ningún intento de respetar las tradiciones ni conciliar las simpatías de los habitantes. Apenas se había ganado Jemappes cuando Mons, la vecina ciudad fortificada de la frontera, fue inmediatamente provista de toda la maquinaria del gobierno revolucionario. Se avasalló y en ocasiones se saqueó la propiedad eclesiástica, y hubo una inundación de papel moneda francés —de cuyos asignados ya tenemos noticia— para perturbar y en algunos sitios arruinar el excelente sistema comercial sobre el cual Bélgica, entonces como ahora, reposaba.

Jemappes tuvo lugar el 6 de noviembre de 1792. Bruselas fue ocupada el 14 y durante todo ese invierno los Países Bajos estuvieron completamente en manos francesas. Los Comisionados de la Convención, aunque dotaron a Bélgica de instituciones republicanas, la trataron como país conquistado y antes de que apuntara la primavera, el Parlamento francés votó su anexión a Francia. Esta anexión, la decisión de los políticos de París de que el nue-

vo gobierno belga fuese republicano y anticatólico, el mal trato dado a la Iglesia en el país ocupado y la creciente indisciplina y falta de cohesión de su ejército dejó a Dumouriez en una posición que se hizo cada vez más difícil a medida que avanzaba el nuevo año de 1793. Debe recordarse que este momento correspondió exactamente a la ejecución del Rey y la consiguiente declaración de guerra por y contra Francia de una tras otra de las potencias de toda Europa. Mientras tanto se decidió bastante alocadamente, proseguir de la ardua ocupación de Bélgica a la aun más ardua de Holanda, y se planeó el sitio de Maestricht.

El momento para ejecutar dicho plan fue absolutamente mal escogido. Todos los gobiernos del mundo civilizado comenzaban a coaligarse, franca o secretamente, directa o indirectamente, en contra del gobierno de la Revolución. La primera orden de retirada se dio el 8 de marzo, cuando se vio que el sitio de Maestricht era imposible y cuando las grandes fuerzas de los aliados se congregaron nuevamente para intentar lo que sería el ataque verdaderamente serio contra la Revolución: algo mucho más peligroso, algo que estuvo mucho más cerca del éxito que la marcha de las fuerzas comparativamente pequeñas que habían sido rechazadas en Valmy.

Durante diez días continuó la retirada francesa y el 18 de marzo Dumouriez arriesgó un combate en Neerwinden. Su ejército fue derrotado.

La derrota no fué desastrosa, la retirada se continuó con bastante orden, pero la población civil no comprende nada fuera de las palabras derrota y victoria; es capaz de juzgar una batalla, pero no una campaña. La noticia de esta derrota, llegada en un momento de crisis política en París, fue decisiva; motivó graves dudas acerca de la lealtad de Dumouriez para con el gobierno revolucionario, hizo trizas su popularidad frente a los que habían seguido demostrándole confianza, en tanto que el general mismo no podía menos que creer que los elementos bajo su mando comenzaban a deteriorarse rápidamente. Antes de fin de mes el ejército había abandonado todas sus conquistas y el 27 llegó a Valenciennes, en territorio francés. La arremetida contra Bélgica había fracasado completamente.

En este momento se produjo uno de esos actos políticos que perturban tan considerablemente cualquier panorama puramente militar de las guerras revolucionarias. Dumouriez, a la cabeza de un ejército que, pese a la retirada y la derrota, aún se hallaba intacto, resolvió lo que la posteridad ha llamado con justicia una traición, pero que a su propio entender debe haberle parecido nada más que habilidad de estadista. Propuso un entendimiento con el enemigo y una marcha combinada sobre París a fin de restaurar el gobierno monárquico y poner fin a lo que, como soldado, consideraba una situación perfectamente desesperada. Dumouriez ciertamente creyó que al ejército francés, en el caos de 1793, le sería imposible derrotar al invasor. Vio su vida misma en peligro únicamente porque había sido derrotado. No sentía tolerancia hacia el creciente entusiasmo o delirio de la teoría política que lo había enviado, y aun antes de tocar suelo francés había comenzado las negociaciones con Coburg, el comandante austríaco. Estas duraron largo tiempo. Dumouriez convino en poner las fortalezas fronterizas de los franceses en manos del enemigo

a modo de garantía y prenda; y el 5 de abril todo estuvo listo para la alianza de las dos fuerzas armadas.

Pero tanto como la traición de Dumouriez, en el sentido militar, es anormal y perturbadora para cualquier panorama general de la campaña, así también lo fue la conducta de su ejército.

El punto dudoso de un comando general que es de naturaleza política y que puede ser impopular en las filas, se encuentra, por cierto, en la actitud de los comandantes de unidades, y estos rehusaron unánimemente obedecer las órdenes de su jefe. Se supo que Dumouriez había sido llamado a comparecer frente a la Convención, cuerpo que había enviado comisionados para aprehenderlo. Dumouriez había arrestado a los comisionados y los había entregado a Coburg en calidad de rehenes y prisioneros. Hallándose lejos de Dumouriez la posibilidad de entregar sus fuerzas al enemigo el día crítico o que constituyesen parte del ejército aliado para marchar sobre la capital, se vio en la necesidad de huir el 8 de abril; todos los que desaparecieron con él, incluyendo muchos desertores que luego se reintegraron a las filas francesas, fueron menos de un millar de hombres, todos mercenarios extranjeros.

La consecuencia de este extraño episodio en la historia política de la época ya la hemos visto. Su consecuencia en la correspondiente historia militar fue indirecta pero profunda. Las fuerzas francesas, tales como estaban, aún permanecían intactas, pero en lo futuro París no podía confiar en ningún general, y el estímulo que las naciones, en momentos críticos de invasión y peligro por guerra exterior, buscan en el patriotismo, ofreciendo alta paga a los hombres y honores y riqueza a los comandantes, lo

buscaron ahora los franceses en el experimento singular, novedoso y anormal del Terror. El mando en la frontera durante el transcurso de 1793 y el comienzo de 1794, es decir, los catorce meses críticos que decidieron la suerte de la Revolución y que cambiaron el curso de la guerra en favor de los franceses, fue una tarea realizada por la fuerza motriz de la pena capital. Un error era considerado prueba de traición y sobre cada orden de movimiento general se cernía la amenaza de la guillotina.

Lo que ahora debemos rastrear es algo más de un año de lucha organizada en esa forma anómala del lado francés y que terminó exitosamente gracias al genio de un gran organizador, Carnot, otrora soldado y ahora político. Los franceses triunfaron por la inquebrantable convicción que permitió a los jefes políticos llegar a cualquier extremo en su determinación de salvar a la Revolución; por la peculiar capacidad de resistencia física de su ejército y finalmente, claro está, debido a ciertos accidentes —porque los accidentes siempre serán factores decisivos en la guerra.

La primavera de 1793, los meses de abril y mayo, constituyen la primera crisis de la guerra revolucionaria. El ataque que está a punto de librarse es general y parece ciertamente destinado a tener éxito. Con la excepción de la arremetida en Jemappes, donde los austríacos que no llegaban a treinta mil fueron dispersados por una avalancha superior en número (aunque evidentemente mal organizada también ahí), los ejércitos revolucionarios no habían conseguido ningún triunfo. Estaban en condiciones que aun a los ojos de los legos eran malas, y a los ojos de los expertos, desespe-

rantes. No existía unidad aparente en la dirección, y en la disciplina de las filas había grandes lesiones, que eran como grandes agujeros perforados en un tejido putrefacto. Habían demostrado ser impotentes aun contra las fuerzas ya movilizadas en su contra, y podría darse por sentado que mediante una acción que tenía más de policial que de verdadera campaña, los aliados llegarían a París y pronto restaurarían algo parecido al antiguo orden de cosas. Nos resta seguir el proceso por el cual se frustró esta expectativa.

Se habían efectuado dos grandes avances en el invierno de 1792-93: el primero por el norte, la invasión a Bélgica, que ya hemos detallado; el segundo por el este hasta el Rin y la ciudad de Maguncia. Ambos habían fracasado. Ya se ha hablado del desastre de Bélgica que culminó con la traición de Dumouriez. Por el Rin (donde el Parlamento francés había anexado a Maguncia al igual que lo hiciera con Bélgica), la activa hostilidad de la población y la reunión de las fuerzas organizadas de los aliados tuvo el mismo efecto que se había producido en los Países Bajos.

Fue el 21 de marzo de 1793 cuando los prusianos cruzaron el Rin en Bacharach y en esa semana el comandante francés, Custine, comenzó a retroceder. El 1º de abril estaba otra vez de vuelta en suelo francés, dejando que la guarnición de Maguncia —algo más de veinte mil hombres— resistiera como pudiese; una quincena más tarde, los prusianos habían rodeado la ciudad e iniciado el sitio.

En el frente del noreste, que se extendía desde las Ardenas hasta el mar, estaba desenvolviéndose un estado similar de cosas. Allí se alzaba una barrera de fortalezas entre los aliados y París, y había que emprender una serie de asedios correspondientes al sitio de Maguncia en el este. Casi al mismo tiempo del cerco de Maguncia, el 9 de abril, los aliados dieron el primer paso en esta tarea militar colocándose entre la fortaleza de Condé y la de Valenciennes. De allí en adelante era cuestión de los austríacos, al mando de Coburg con los aliados que habían de unírseles, reducir las fortalezas fronterizas una por una y, cuando de ese modo sus comunicaciones estuviesen aseguradas, marchar sobre París.

Aquí es imprescindible que el lector desconocedor de la historia militar se percate de dos puntos acerca de los cuales no pocos de los escritos históricos contemporáneos pueden inducirlo a error. El primero es que tanto en el valle del Rin como en la frontera belga se presumía que las fuerzas de los aliados, por su número y organización, eran abrumadoras. El segundo es que ningún comandante competente habría pensado en dejar sin tomar tras de sí, ni siquiera la guarnición de una sola fortaleza. Es importante insistir sobre estos puntos, porque las pasiones políticas despertadas por la Revolución son aún tan vigorosas que difícilmente puede escribirse acerca de ella sin prejuicio o parcialidad, y dos errores que están continuamente presentes en las descripciones de la situación militar en la primavera de 1793 son, primero, que los aliados se debilitaron a causa de la cuestión polaca, que se debatía entonces, y segundo, que la demora de sus comandantes frente a las fortalezas francesas fue innecesaria.

Estas dos proposiciones se exponen con el objeto de explicar la derrota final de los enemigos

de la Revolución; ambas, por grande que sea la autoridad que las respalde, son antihistóricas e inútiles. El éxito francés fue un éxito militar debido a ciertos factores militares de designio y accidente a la vez, que aparecerán a continuación. Los aliados jugaron su papel como el arte de la guerra demandaba que se jugase; al final fueron derrotados, no por la comisión de errores crasos y obvios de política o estrategia que pretenden los historiadores incompetentes en cuestiones militares, sino por la superioridad militar de sus oponentes.

Es verdad que la cuestión polaca (es decir, la necesidad que tenían tanto el gobierno austríaco como el prusiano de vigilar mutuamente que no disminuyera su importancia por las inminentes anexiones de territorio polaco, con los consiguientes celos y desconfianza que a raíz de esto surgieron entre Austria y Prusia) fue un rasgo muy importante de la hora. Pero es mala historia militar el pretender que ello afectó la situación militar en el Rin o en los Países Bajos.

Toda campaña está condicionada por su objetivo político. En este caso ese objetivo político era marchar sobre París y ocuparla. Una vez determinado el objetivo político de una campaña, se calcula el volumen y la organización del enemigo y contra eso se congrega una determinada fuerza. No se reune una fuerza mayor que la necesaria; obrar de esa manera sería, en el arte militar, lo mismo que pagar dos y tres veces el precio de un artículo en el comercio. Las fuerzas de los aliados en el Rin y en los Países Bajos eran, en opinión de todas las autoridades de la época, ampliamente suficientes para su propósito, y más que suficientes: tanto era

así, que la actitud de la opinión militar que debía enfrentar el ataque —o sea la opinión militar profesional de los soldados republicanos franceses— fue que la situación era desesperada; y el intentar enfrentarlo, ciertamente, fue nada más que el fruto de un entusiasmo violento y, por así decir, irracional.

El segundo punto, la titulada "demora" en los asedios emprendidos por los aliados demuestra, al ser expuesto, un conocimiento insuficiente de las condiciones reinantes. Cualquier fortalcza con guarnición considerable que se hubiera dejado atrás sin tomar habría significado la destrucción de las comunicaciones austríacas o prusianas, y tal destrucción en un momento en que las fuerzas austríacas y prusianas realmente avanzaban por una comarca desesperadamente hostil. Más aún, cuando se actúa contra fuerzas totalmente inferiores en disciplina y organización, una fortaleza sin tomar es un refugio que debe ser destruído cuidadosamente. Lanzarse dentro de tal refugio siempre será, para el comandante de esas fuerzas inferiores, un último recurso. Es un refugio que en última instancia, él mismo ha de utilizar, si le es permitido. Y cuando así lo haya hecho, significa la supervivencia indefinida de una organización armada en la retaguardia del invasor en marcha. Si hemos de entender esta campaña crítica que cambió la historia del mundo, tendremos que convenir en que Coburg estuvo perfectamente acertado en poner sitio a las fortalezas una tras otra antes de iniciar lo que todos esperaban que sería el avance necesariamente exitoso sobre París. La desesperación francesa, a medida que las ciudades se rendían una a una, es prueba vastamente suficiente del excelente criterio del comandante aliado.

Nos acercamos al problema militar de 1793, por lo tanto, teniendo a la vista estos dos campos bien aclarados, a saber:

1. Al nordeste un avance hacia París cuya vía está cerrada por un cuadrilátero de fortalezas: Mons, Mabeuge, Condé y Valenciennes, con la plaza fuerte subsidiaria de Lequesnoy en las inmediaciones de la última. Mons ha estado en manos austríacas desde la retirada de Dumouriez; Condé acaba de ser aislada de Valenciennes por el avance de Coburg, pero no ha caído; Valenciennes y su vecina Lequesnoy están todavía intactas, así como Mabeuge. Todas deben ser reducidas antes de que pueda comenzar el avance sobre París. Detrás de estas fortalezas está un ejército francés incapaz, hasta el momento, de atacar el comando de Coburg con alguna esperanza de éxito. Tal es la posición en la última quincena de abril.

2. Mientras tanto, en el Rin la guarnición francesa en Maguncia está sitiada; Custine, el comandante francés en ese lugar, ha retrocedido hasta la ciudad francesa de Landau y está tendiendo lo que en la historia se conoce como Líneas de Wissembourg. Reposando sobre los dos obstáculos del río por la derecha y las montañas por la izquierda, cumplían precisamente las mismas funciones que una fortaleza, funciones que acabamos de describir. Hasta que esas líneas fuesen tomadas, toda Alsacia puede ser considerada como una fortaleza defendida de dos lados por las montañas y el río, y de un tercero por las Líneas de Wissembourg.

El lector desconocedor de historia militar puede preguntarse por qué no se tendió la obstrucción sobre la línea del avance prusiano hacia París. La respuesta es que la presencia de una fuerza detrás de fortificaciones en cualquier sitio vecino a una línea de comunicaciones equivale precisamente a un obstáculo colocado justo sobre esas líneas. Puesto que ningún comandante puede proseguir a lo largo de su línea de avance y dejar sin destruir una gran fuerza cercana a un flanco de esa línea y situada de tal manera que pueda salir cuando haya pasado y cortarle sus comunicaciones; porque un ejército se mantiene por las comunicaciones, especialmente cuando marcha por territorio enemigo.

Custine, por consiguiente, detrás de sus Líneas de Wissembourg y la guarnición sitiada en Maguncia corresponden a la barrera de fortalezas al noreste y demoraron el avance de los prusianos a las órdenes de Wurmser y Brunswick desde el Rin, así como Condé, Valenciennes y Mabeuge impidieron el avance de Coburg por el noreste. Tal era, en general, la situación de la frontera del este, al final de ese mes de abril de 1793.

CUARTO

Sigamos primero el desarrollo de la posición del noreste. Se recordará que toda Europa estaba en guerra contra los franceses. Los austríacos tenían por aliados a tropas holandesas que se les habían unido en esa época, y a algunas tropas inglesas y de Hannóver al mando del Duque de York que también se les había incorporado.

En este momento, cuando Coburg veía sus fuerzas reforzadas, se libró contra él un conato de ataque francés, que falló. Dampierre, que estaba al mando de todo este "Ejército del Norte", perdió

la vida y se envió a Custine en su reemplazo. El Ejército del Norte no se concentró —como quizá debió haberlo hecho— en un solo cuerpo para afrontar la amenaza de avance de Coburg; estuvo constantemente provocando distracciones que resultaban inútiles debido a lo insuficiente de sus fuerzas. Ora finteaba por la derecha hacia Namur, ora hacia la izquierda por la costa del mar; y estas distracciones no consiguieron su objeto. Antes de terminar el mes, Coburg, como si quisiera, por decir, hacerse sitio para los asedios que preparaba, obligó a la fuerza francesa principal a replegarse en una posición bastante atrás de Valenciennes. Inmediatamente después de este triunfo de Coburg fue cuando Custine llegó para tomar el mando en la frontera belga, y su lugar en el Rin fue ocupado por Houchard.

Custine era un comandante muy capaz, pero muy desafortunado. Su plan era acertado. concentrar todas las fuerzas francesas (abandonando el Rin) y formar así un ejército en condiciones de enfrentar al de Coburg. El gobierno no se lo concedió, y de inmediato se dedicó exclusivamente a la reorganización del Ejército del Norte. El mes de junio y mitad de julio se consagraron a esta labor.

Entretanto se habían iniciado las tareas de asedio de los austríacos y Condé fue el primer objetivo en vista. Condé cayó el 10 de julio. Mientras tanto, Custine había sido llamado a París y Valenciennes fue cercada. Custine fue sucedido por Kilmaine, general de origen irlandés, que no pudo conservar su posición más que por un breve lapso y que, en el afán de conservarla, no fue capaz de hacer otra cosa. Las fuerzas de los aliados aumentaban constantemente. El número de que disponía

Coburg, fuera de los que sitiaban a Valenciennes, era ya mayor que la cantidad requerida para ese propósito. Y con todo, otros quince mil hombres de Hesse se le unieron, mientras el resultado del sitio fue dudoso. Esta gran ventaja numérica le permitió librarse de la fuerza francesa principal que todavía tenía por delante, aunque no lo molestaba mayormente.

Esta fuerza se encontraba debidamente ubicada al sudoeste de Valenciennes, distante más o menos un día de marcha. Para su captura Coburg confiaba en sus aliados ingleses y hannoverianos al mando del Duque de York, pero la marcha de ese general fracasó.

La distancia fue excesiva para sus tropas en el rigor del verano y los franceses pudieron retroceder detrás de la línea del Scarpe y salvar intacto su ejército.

El talento del Duque de York ha sido patrióticamente exagerado en más de un tratado. Siempre fracasó: y éste se cuenta entre sus fracasos más señalados.

Kilmaine acababa de escapar de York y colocar su ejército detrás del Scarpe en una posición de seguridad cuando le llegó el turno de ser privado del comando, y Houchard fue retirado de Rin, como ya sucediera con Custine, y puesto al frente del Ejército del Norte. Antes de que la fuerza principal francesa se hubiese puesto a salvo, Valenciennes había caído. Fue el 8 de julio y su caída, inevitable como era y puede decirse que dada por sentada en la opinión militar, fue con mucho el golpe de mayor impacto hasta el momento. No quedaba nada de importancia que impidiese la marcha de los ejércitos de los aliados, excepto Mabeuge.

Más o menos por esa época ocurrieron tres cambios muy importantes en la situación militar general, que el lector tendrá que tener en cuenta para entender lo que sigue.

El primero fue la repentina y grave amenaza interna enfrentada por el gobierno de la República; el segundo fue el advenimiento de Carnot al poder; el tercero, la desviación inglesa hacia Dunquerque.

La grave amenaza interna que el gobierno de la República tuvo que enfrentar fue la rebelión general que hemos tratado en la primera parte de esta obra. La acción de los radicales de París contra los girondinos había levantado distritos enteros en las provincias. Marsella, que había mostrado signos de descontento desde abril y que había empezado a formar una fuerza reaccionaria local, se levantó. También lo hicieron Burdeos, Nîmes y otras grandes ciudades del sur. Lyon se había levantado a fines de mayo y había dado muerte al alcalde jacobino de la ciudad, en el período entre la caída de Condé y la de Valenciennes. La tropa que Marsella había reunido contra la República fue derrotada en el campo de batalla justo el día antes de que cayera Valenciennes, pero el gran puerto de mar no había aún sido ocupado por las fuerzas del gobierno. La marcha normanda sobre París también había fracasado entre estas dos fechas, la caída de Condé y la de Valenciennes. El ladrido normando resultó peor que su mordisco; pero sus fuerzas estaban tan cerca de la capital que ocuparon un sitio importante entre las preocupaciones del momento. La revuelta vandeana, si bien su triunfante avance fue rechazado delante de Nantes una quincena antes de la caída de Condé, todavía era fuerte y apenas habían empezado las terribles

represalias contra ella. Lo peor de todo o, al menos, lo peor, quizá, después de la rebelión de Lyon, fue la defección de Tolón. Tolón se levantó dos días antes de la caída de Valenciennes y estaba dispuesta a entregarse (como por último lo hizo) para ser ocupada por la flota inglesa.

Las fechas puestas en este orden a lo mejor pueden confundir al lector y, por lo tanto, resumiré la posición general del peligro interno de esta manera: un hombre del campamento francés sobre el Scheldt, escuchando los cañones frente a Valenciennes a quince millas de distancia y esperando por horas su silenciamiento como señal de que la ciudad se había rendido, se habría enterado por un correo tras otro de cómo Marsella aún resistía contra el gobierno, de cómo el contra-ataque contra los vandeanos victoriosos apenas había comenzado dudosamente (todo el mes de julio fue desastroso al respecto); de cómo Lyon había triunfado furiosamente en su rebelión y había osado dar muerte al alcalde republicano de la ciudad; y que el gran arsenal y puerto de Tolón, el Portsmouth francés sobre el Mediterráneo, se había hartado del gobierno y se hallaba a punto de admitir a la flota inglesa. Su único consuelo habría sido saber que la marcha de los normandos hacia París había fracasado, pero todavía se hallaría bajo la impresión de eso y del asesinato de Marat por una mujer normanda.

Tal es el cuadro de esa repentina lucha interna que coincide con este momento de la guerra revolucionaria, el momento de la caída de Condé y de Valenciennes, y el riesgo de la frontera.

El segundo punto, el advenimiento de Carnot al Comité de Salud Pública, que ya se ha mencionado en la parte política de esta obra, tiene una

significación militar de tal preponderancia que también hay que considerarlo aquí.

El antiguo Comité de Salud Pública, como se recordará, llegó al fin de su término legal el 10 de julio. Era el Comité que había sido manejado por la prudencia de Danton. Entre los miembros elegidos para integrar el nuevo no estaba incluído Carnot, pero el genio militar de este hombre ya era notorio. Provenía de esa vigorosa clase media que es el eje sobre el cual gira la historia de la Europa moderna: de linaje burgundio, intensamente republicano, había sido enviado nuevamente a la Convención y había votado por la muerte del Rey; zapador antes de la Revolución, y enteramente bien preparado en su arma y en el conocimiento general de cuestiones militares, había sido enviado en comisión por la Convención al Ejército del Norte, había comprobado su debilidad y observado sus experiencias. A su regreso no fue inmediatamente elegido para el cargo desde el cual habría de cambiar la guerra revolucionaria. Hasta el 14 de agosto no se le dio en el Comité más que un lugar temporario, que sus habilidades muy pronto transformaron en permanente. Ese lugar se le dio en reemplazo por ausencia del odioso e incompetente fanático Saint-André, que en ese momento estaba cumpliendo una misión. Pero desde el día en que fue admitido, la superioridad de Carnot en asuntos militares fue tan incontestable que se volvió virtualmente el dictador del Comité y su primer acto después que hubo trazado las líneas generales de organización, fue imponer a los ejércitos fronterizos la necesidad de la concentración. Introdujo lo que después heredó Napoleón, el riesgo táctico de "todo de una jugada".

Debe recordarse que el éxito de Carnot no residió en ningún descubrimiento revolucionario en el arte de la guerra, sino más vale en esa vasta capacidad para los diversos detalles que señala al organizador, y de íntima consonancia con el temperamento nacional. Comprendía el desdén por la ostentación, la severidad o brutalidad de la disciplina, la percepción de las enormes capacidades de resistencia física que hay en el francés cuando se hace soldado: y no hizo otra cosa que utilizar esta comprensión suya.

Con Carnot convertido virtualmente en comandante de todos los ejércitos y en condiciones de imponer sus decisiones personales acerca de este Ejército del Norte que había estudiado tan recientemente como comisionado, es posible comprender el segundo factor de la situación que estoy describiendo.

Además, es necesario recordar que este poderoso genio tuvo tras de sí, en esos primeros días de actividad, al genio igualmente poderoso de Danton; porque fueron Danton y Carnot los que dieron forma concreta a la ley de conscripción mediante la cual la Revolución francesa aumentó de repente sus fuerzas armadas en casi medio millón de hombres, restauró la tradición romana y echó las bases del sistema militar del que Europa depende hoy día.

Lo tercero, como he dicho, fue la desviación inglesa sobre Dunquerque.

El subsiguiente fracaso de los aliados ha motivado acerbas críticas de este movimiento. Si los aliados no hubiesen fracasado, la historia lo habría considerado como lo consideraron los contemporáneos. Las fuerzas de los aliados en la frontera del nordeste eran tan grandes y su confianza tan firme

—especialmente después de la caída de Valenciennes— que la propuesta inglesa de separar por el momento sus fuerzas de las de Coburg y asegurar Dunquerque, no fue recibida con ninguna crítica destructiva. Efectivamente, se le concedieron al Duque de York dieciocho batallones y catorce escuadrones de las fuerzas imperiales para esta expedición.

Más todavía: aun después que la desviación fracasara, se dispuso comenzar de nuevo con este plan para cuando la última de las otras fortalezas hubiese caído; tan favorablemente miraba el comandante en jefe de los aliados el plan inglés para la captura del puerto.

Esa desviación hacia Dunquerque resultó ser, sin embargo, una equivocación de importancia capital. El intento de capturar la ciudad falló totalmente y el triunfo que acompañó al rechazo tuvo sobre los franceses ese indefinible pero poderoso efecto moral que contribuyó en gran medida a sus éxitos futuros.

Valenciennes y Condé han caído; Lequesnoy, la pequeña fortaleza subsidiaria de Valenciennes, todavía no ha sido atacada, pero es la próxima en la lista, cuando se juzgó que era el momento propicio para que el destacamento de las fuerzas anglo-hannoverianas, con un cierto número de aliados imperiales, marchara hacia el mar.

El lector de historia debe recordar que las situaciones militares, como las posiciones sobre un tablero de ajedrez, son cuestión de hecho más que de designio; y la situación que se dio a fines de setiembre en el extremo norte y oeste de la línea que los franceses intentaban mantener contra los aliados fue, estratégicamente, de esa índole. Cuando

el Duque de York insistió en dividir las fuerzas aliadas y atacar Dunquerque, nadie en ese entonces previó el desastre.

Coburg, por cierto, habría preferido retener a los ingleses, y así se lo pidió, pero no se sintió en peligro alguno por esa ausencia temporaria, ni, en realidad, lo estuvo por eso.

Además, aunque las posiciones que ocupó el Duque de York cuando llegó frente a Dunquerque eran malas, ni las críticas de su país ni las de sus subordinados, ni las del enemigo, advirtieron todo lo malas que eran. Se trató, como veremos en seguida, de una suerte de viraje involuntario, mala suerte combinada con mala dirección, lo que produjo ese desastre británico y (de suma importancia para la conducción de la guerra) al primer triunfo en una acción general que los franceses tuvieron para alabar y estimularse así durante todo ese verano fatal.

El Duque de York separó su fuerza de la de Coburg precisamente antes de mediados de agosto; además de los británicos, que no llegaban a siete mil hombres, había once mil austríacos, más de diez mil de Hannover y siete mil de Hesse bajo sus órdenes. La fuerza total, por consiguiente, era de casi 37.000 hombres. Nadie podía imaginar que, frente a las tropas que los franceses pudieran alinear, y marchando contra defensas tan miserables como lo eran las de Dunquerque entonces, el Duque de York no tenía por delante una tarea perfectamente sencilla; y el plan, que consistía en tomar Dunquerque y regresar para unirse a la marcha de los austríacos sobre París, era razonable y factible.

Es importante que el lector se percate de esto

con firmeza y no lea la historia al revés dados los sucesos futuros.

Se pueden observar ciertos defectos en la primera parte de la marcha. Comenzó el 15 de agosto, procediendo de Marchiennes a Menin, y al principio demostró esa deplorable falta de poder marcial que el mando del Duque de York había evidenciado en toda la campaña.[1] De Marchiennes a Turcoing hay un largo día de marcha: al Duque de York le llevó cuatro días; y tomando el total de la marcha, se emplearon nueve días en cubrir menos de cuarenta millas. En el curso de esa marcha las tropas británicas tuvieron ocasión de aprender a despreciar a su adversario: en Linselles, sobre el flanco de su avance, encontraron una cantidad de mozalbetes indisciplinados que se dispersaron ni bien los Guardias avanzaron sobre ellos, y cuyo estado físico provocó la burla de sus atacantes. Después de esta escaramuza infructuosa y sin objeto el ejército prosiguió hasta las cercanías de la orilla del mar, y el sitio de Dunquerque fue emprendido en condiciones.

Hay que fijar en la mente la fecha del 20 de agosto: en esa fecha el ejército que iba a tomar Dunquerque se separó en sus dos partes componentes. La primera, con el Duque de York al frente, había de atacar la ciudad misma; la segunda, al mando del anciano general austríaco Freytag, había

[1] Incidentalmente hay que destacar cuán cierto es que la suprema cualidad militar es más cuestión de organización que de la potencia física de las tropas: en las guerras napoleónicas la capacidad marcial de las tropas inglesas a menudo demostró ser excepcional, y quizá la hazaña mayor de las realizadas por un pequeño cuerpo fue la de la Brigada Ligera marchando al auxilio de Wellington en Talavera.

de vigilar el movimiento de cualquier enemigo que se avecinase y cubrir a la fuerza que sitiaba la ciudad. Dos días después, el Duque de York abandonaba Furnes, a la que había hecho su base para el avance, y Freytag, con grandísima facilidad, había hecho su base a los puestos franceses —en su mayor parte de voluntarios— y comenbaza a ocupar las posiciones laterales al sur y al este de Bergues que cubrían el sitio de Dunquerque.

Dos días más tarde, el 24 de agosto, Freytag había ocupado Wormhoudt y Esquelbecque, capturando docenas de cañones, haciendo lo que quiso con los puestos de avanzada franceses y rodeado completamente la ciudad de Bergues. Su cuartel general era Wilder. El mismo día, 24, el Duque de York con la mayor comodidad había acorralado a los puestos de la vanguardia francesa delante de Dunquerque y encerrado al enemigo dentro de la ciudad, mientras que su fuerza invasora se formaba afuera, atrincherada en una posición escogida con antelación, que descansaba en el mar por su derecha y por su izquierda en la aldea de Tetteghem. Se halló entonces a unas 3.000 yardas de las fortificaciones de Dunquerque.

Tal era la situación al alba del día 25, cuando todo estaba preparado para operaciones activas.

Supongamos a Freytag en torno a Bergues; al Duque de York frente a Dunquerque; las dos fuerzas están en contacto sobre la carretera y el cinturón de terreno que une Bergues y Dunquerque. El ejército protector y la fuerza sitiadora a la que protege forman cada uno un ala de un solo cuerpo combinado; cada uno se comunica con el otro, cada uno puede apoyar al otro en el punto máximo del esfuerzo, y aunque entre los dos se extiende hacia el este

una faja de suelo pantanoso, sin embargo existe al oeste de éstos un empalme entre las dos fuerzas, y los dos ejércitos pueden cooperar por la carretera Bergues-Dunquerque.

Un factor que el Duque de York puede haber descuidado fue la capacidad de inundar todo ese terreno llano alrededor de la carretera que tenían los franceses en Dunquerque al hallarse en posesión de las compuertas. Lo aprovecharon inmediatamente: anegaron los terrenos bajos al sur de Dunquerque, el mismo día que se habían completado las últimas disposiciones de las fuerzas atacantes. Pero lo que tuvo más importancia —y nunca ha sido explicado— fue el abandono de Coudequerque por los austríacos. Por este error perdieron la carretera misma, que sobresalía de las aguas, y de un solo ejército fuerte la fuerza de los aliados se transformó en dos ejércitos débiles. Ya no hubo más posibilidad de comunicación entre los territorios del Duque de York y Freytag, y de esta separación fue que los franceses, pese a su organización deplorable y a sus elementos aun más deplorables, sacaron ventaja.

Sacaron ventaja con lentitud. Houchard reunió en total unos cuarenta mil hombres cerca de Cassel, pero pasaron diez días antes de que pudieran concentrarse. Nuevamente hay que insistir y repetir que, por grande que fuese la cantidad —cuatro veces lo que la ahora aislada fuerza de Freytag—, el comando de Houchard estaba compuesto de un grupo de hombres de los cuales apenas dos tercios eran soldados: voluntarios novatos y flamantes, conscriptos mal adiestrados, etc. No había una base de disciplina ni fuerza para imponerla; los hombres se habían comportado vergonzosamente en todas las emergencias de los puestos de avanzada, habían sido desplazados desdeñosamente por la pequeña fuerza austríaca de todas las posiciones que habían ocupado. Con toda esta superioridad numérica, el intento que Houchard se hallaba a punto de realizar era muy aventurado: y Houchard era un comandante indeciso y vacilante. Además, de los cuarenta mil hombres, una cuarta parte por lo menos estaba fuera de combate por la ineptitud y el terror político de Dumesny, teniente de la derecha de Houchard.

Fue el 6 de setiembre cuando comenzó el avance francés en toda la línea; fue un simple embate de cantidades superiores contra cantidades inferiores, demostrándose los superiores perpetuamente inferiores a los austríacos en valor militar. De ese modo, la captura del anciano Freytag en persona en una escaramuza nocturna fue inmediatamente vengada por la invasión de la aldea cerca de la cual había sido capturado, y Freytag fue rescatado. En la lucha real y fuerza por fuerza, el comando de Houchard no encontró estímulo alguno en esas primeras operaciones. .

Los austríacos, al retirarse, se concentraron y pronto fueron un solo cuerpo compacto: atacarlo y desalojarlo fue el objetivo del avance francés, pero un objetivo difícil de lograr.

Lo que acaeció fue no sólo el éxito inesperado del avance, sino también la victoria de los franceses en la primera acción decisiva de la larga serie que culminaría veinte años más tarde en Leipzig.

El ejército de Freytag se replegó sobre la aldea de Hoondschoote y permanecía allí en la plenitud de sus fuerzas la mañana del domingo 8 de setiembre. Houchard lo atacó con una fuerza enor-

memente disminuída pero aun así el doble de la de los defensores. Tan notable, sin embargo, era la superioridad de los regulares austríacos sobre las tropas bisoñas y los voluntarios franceses que durante esa mañana del 8 el resultado aún era dudoso. Por la tarde, sin embargo, la tarea estaba cumplida y el enemigo se hallaba en retirada que bien podría haberse transformado en derrota. Un vistazo a un mapa mostraría que si Houchard hubiese tenido la iniciativa común a tantos de sus contemporáneos, podría en seguida haber arrojado a esa fuerza numéricamente inferior y duramente derrotada (había perdido un tercio de sus hombres) hacia la derecha y procedido él mismo a cortar las comunicaciones del Duque de York y destruir su ejército, que se hallaba acantonado sobre las áridas dunas de arena donde ahora se halla la aldea de Malo-les-Bains. Houchard vaciló; Freytag escapó; el Duque de York, abandonando sus piezas de sitio hasta el número de cuarenta y mucho de su bagaje pesado, se retiró precipitadamente durante la noche a Furnes, justo a través del frente del ejército francés, y eludió la destrucción.

La Batalla de Hoondschoote, como se la llamó, levantó, por consiguiente, el sitio de Dunquerque. Como ya he dicho, fue la primera acción decisiva exitosa que la Revolución pudo atribuírse desde el momento de su riesgo extremo y la iniciación de la guerra europea general. Pero no fue ni sombra de lo que podría haber sido si Houchard hubiese estado dispuesto a arriesgar un golpe audaz. Houchard, por lo tanto, fue retirado, condenado a muerte y ejecutado por el Comité de Salud Pública, cuyo implacable despotismo fue lo único capaz de salvar a la nación. Queda como el único ejemplo de

un general que haya sido condenado a muerte por incompetencia militar después de conquistar una victoria, y su ejecución es excelente ejemplo de la forma en que el temperamento militar del Comité, y particularmente Carnot, rehusaron considerar cualquier factor en la guerra fuera de los que contribuyen al triunfo militar.

Carnot y el Comité no toleraban las ilusiones que una muchedumbre civil se forja acerca de los actos individuales: lo que vieron era la campaña en conjunto y sabían que Houchard había dejado intactos los ejércitos enemigos.

Quizá su ejecución fue confirmada por la continuación de las malas noticias llegadas desde ese punto más vital de la frontera: la línea directa del avance austríaco sobre París. Ahí Valenciennes ya había caído dos meses atrás, y también Condé. Lequesnoy, tercer punto de la línea de obstáculos, capituló el 11 de setiembre y la noticia de esa capitulación llegó a París inmediatamente después de la noticia de Hoondschoote. No quedaba ahora ninguna fortaleza entre los aliados y la capital salvo Mabeuge. Coburg marchó en seguida sobre ella.

No sólo contaba con esa inmensa superioridad de la calidad de sus tropas sobre la que siempre hay que insistir, sino que numéricamente también estaba tres a uno cuando, en la aurora del 28 de setiembre, cruzó el Sambre más arriba y más abajo de Mabeuge, y para el mediodía de esa fecha había encerrado dentro de las líneas de la fortaleza al ejército francés de esa región.

La situación era en extremo crítica: Mabeuge estaba mal preparada para afrontar un sitio; apenas tenía provisiones; su guarnición era de diversa y, en conjunto, mala calidad. Solamente en cues-

ción vituallas no podía resistir más de unos pocos días y, lo peor de todo, tenía por detrás el ejemplo continuo de rendiciones necesarias y fatales que habían caracterizado todo el verano. Las órdenes del Comité de Salud Pública a su comandante fueron escuetas: "Tu cabeza responderá por Mabeuge". Después de ese mensaje no se recibió ningún otro a través de las líneas.

Si el lector está acostumbrado a la historia militar, bien hace en notar que en toda acción y en toda campaña hay algún factor de posición o de armamentos o de tiempo que explica el resultado. Cada una tiene un pivote o bisagra, por así decir, sobre el cual gira todo. Ahora era de Mabeuge que dependía toda la guerra revolucionaria. A riesgo de simplificar demasiado esta compleja historia, declararía lo siguiente como condición primaria para el entendimiento de las primeras guerras revolucionarias: si Mabeuge hubiera caído, el camino a París estaba libre y la jugada hecha[1] —y aquí debemos tomar en cuenta de nuevo el efecto sobre la lucha del genio de Carnot.

[1] Para hacer justicia al lector, no debo descuidar la gran masa de opinión, desde Jomini hasta la clásica obra de Fortescue sobre el Ejército Británico, que establece que los aliados no tenían más que encubrir la fortaleza fronteriza y rápidamente hacer avanzar a la caballería por el camino de París. Las hipótesis históricas nunca pueden ser más que materia de opinión, pero confieso que esta perspectiva siempre me ha parecido ignorar —como los historiadores puramente militares y en especial los extranjeros bien podrían ignorar— la condición social del 93. La caballería es el arma más débil para habérselas con una resistencia esporádica y desorganizada pero decidida. El pasar a través de la comarca densamente poblada de la carretera de París puede compararse a la invasión violenta de una ciudad abierta, y nunca puede confiarse en la caballería para *eso*. En cuanto a la cuestión del ejército moviéndose como un todo sin una perfecta seguridad en sus comunicaciones, ni siquiera necesitamos discutirla; y además hay que recordar que, en el momento que tal avance comenzara, una concentración inmediata habría caído desde el norte sobre las mal vigiladas líneas de aprovisionamiento. Podemos colegir que Coburg sabía lo que hacía cuando puso sitio a ésta, la última de las fortalezas.

En primer lugar él había previsto cantidades no sobre el papel sino en la realidad; el Comité, mediante un decreto de la Asamblea, había "requisado" despóticamente hombres, animales, vehículos y provisiones. La leva fue una realidad. Meras cantidades de hombres aún bisoños pero en aumento habían comenzado a volcarse sobre el nordeste. Ellos fueron los que contaron en Hoondshoote, ellos los que habían de contar en Mabeuge.

En segundo término, así como el Comité proveyó la necesaria iniciativa, Carnot aportó la necesaria personalidad guerrera. Su propia voluntad e inteligencia podían adoptar una decisión en un solo instante, y así lo hicieron. Fue él, como veremos, quien ganó la acción decisiva. Eligió a Jourdan, hombre cuya curiosa carrera militar tenemos que dejar a un lado a desgano en un estudio tan breve como el presente, y lo puso en el comando de Houchard al frente del Ejército de la Frontera del Norte, y ese comando fue extendido desde inmediatamente más allá de las Ardenas hasta el mar. Ordenó (y Jourdan obedeció) la concentración de hombres desde todo lo largo de esta extensa línea a derecha y a izquierda sobre un punto: Guisa. Dejar debilitado el resto de la frontera fue un grave riesgo cuya única excusa era la acción muy

rápida y el triunfo: ambas cosas habían de sobrevenir. La concentración se efectuó en cuatro días. Las tropas del extremo norte no pudieron llegar a tiempo. Las más distantes que se llamaron estaban más allá de Arras, con sesenta y cinco millas de ruta entre ellas y Guisa. Esta división (típica de muchas), que no alcanzaba a ocho mil hombres, partió al recibir órdenes la mañana del 3 de octubre y entró en Guisa en el transcurso del día 6. El promedio de marcha y la sincronización de movimientos de tropas defectuosas deben ser especialmente advertidas por cualquiera que deseare entender cómo triunfó la Revolución.

Una segunda división de más de trece mil hombres prosiguió a lo largo de la carretera paralela, con un itinerario similar. Un destacamento del otro extremo de su línea —poco más de cuatro mil hombres—, a la orden de Beauregard, fue llamado desde la extrema derecha. Servirá de ejemplo típico, en el extremo este, de esta concentración relámpago. Había sido concentrada cerca de Carignan, ciudad a unas buenas catorce millas más allá de Sedan. Recogió refuerzos por el camino y entró en Fourmies el 11, después de cubrir setenta millas en los tres días y medio. Con su llegada completó la concentración , y ni un minuto antes de lo requerido, porque el bombardeo de Mabeuge estaba a punto de comenzar. Del 11 al 15 de octubre el ejército avanzó y se colocó en línea, a un día de marcha delante de Guisa, con su centro en Avesnes y dando el frente al ejército protector de Coburg, que se hallaba atrincherado sobre una extensa cima boscosa, con el valle del Sambre a su derecha y la aldea de Wattignies, en una especie de promontorio de terreno elevado, a su izquierda.

La posición austríaca fue explorada el 14. El 15 se libró un ataque general, que fue malamente repelido. Cuando cayeron las sombras sobre ese día, pocos en el ejército hubieran creído que era posible socorrer a Mabeuge —y era una cuestión de horas.

Carnot, sin embargo, conocía suficientemente tanto las virtudes como los vicios de sus tropas noveles, las tropas de la gran leva reforzadas con una porción de regulares, para intentar algo extraordinario. Hizo marchar a ocho mil de su izquierda y del centro sobre su derecha durante la noche, y la mañana del 16 su derecha enfrentaba a la izquierda austríaca en Wattignies y se había convertido, mediante este cambio, en el punto más fuerte de toda la línea.

Una densa neblina había cubierto el final de esta operación, así como la noche cubriera sus comienzos, y esa niebla persistió hasta cerca de mediodía. En las cumbres, los austríacos no tuvieron ni indicio del cambio, y Wattignies sólo estaba en poder de tres regimientos. Si es que esperaban alguna renovación del ataque, únicamente pueden haberla esperado en el centro, o aun por la izquierda, en donde los franceses habían sufrido el mayor perjuicio de la víspera.

En la guerra la iniciativa es esencialmente un cálculo de riesgo, y cuando la iniciativa es grande el riesgo también lo es. Al trasladar a sus jóvenes durante la noche Carnot arriesgó (porque Jourdan se oponía al experimento) la posibilidad de hacerlos actuar activamente después de la furiosa actividad del día, de las marchas forzadas de la semana anterior y especialmente de una noche de vigilia con nuevas marchas. La mayor parte de los hombres preparados a cargar por la derecha

francesa a medida que avanzaba el día y se despejaba la niebla de ese 16 de octubre, habían estado en pie durante treinta horas. La carga se libró, y tuvo éxito. Las inesperadas cantidades de los que se habían concentrado abajo de Wattignies mantuvieron esa posición extrema, capturaron la cumbre y, por lo tanto, alcanzaron todo el franco de la línea austríaca que, si el esfuerzo no hubiese rendido a los atacantes, habría sido arrollada en su total extensión. En realidad, los austríacos se retiraron sin que se los molestase y en orden a través del Sambre. Se había levantado el sitio de Mabeuge; al día siguiente el victorioso ejército francés entró en la fortaleza.

Así fue superada triunfalmente la crisis en las guerras revolucionarias.

Dos meses más tarde fue recuperado el otro acceso al país. En el momento del levantamiento del sitio de Mabeuge, el enemigo había atravesado las líneas de Wissembourg. Es posible que un inmediato y decisivo entendimiento entre los aliados podría haber arrasado entonces con toda la Alsacia; pero ese entendimiento les faltó. El desordenado "Ejército del Rin" pudo en parte organizarse, en especial gracias al entusiasmo de Hoche y al silencioso control de Pichegru. Al finalizar noviembre, los prusianos se encontraban a la defensiva en Kaiserslautern. Hoche los hostigó sin éxito durante tres días. Lo que en realidad inclinó la balanza fue el torrente de hombres y elementos con que siguieron contribuyendo la leva y la requisición. El enemigo evacuó Haguenau justo antes de Navidad. Aún conservaba Landau; pero una acción decisiva el día 26 de diciembre, verdadera batalla de soldados, resuelta por las bayonetas, selló en este punto

la suerte de los aliados. Los franceses entraron de nuevo en Wissembourg y Landau fue liberada después de un sitio de cuatro meses y un despliegue de tenacidad que contribuyó no poco a cambiar el curso de la guerra.

Mientras tanto habían llegado noticias de que la última de las rebeliones internas serias había sido aplastada. Tolón fue retomada y la flota inglesa expulsada; la ciudad, el puerto y el arsenal habían caído en manos de los franceses debido en gran parte a la ciencia de un joven mayor de artillería (no capitán: ya me he ocupado de esta cuestión en otro lugar), Bonaparte, y ello había sucedido una semana antes de la liberación de Landau. La última de las confusas hordas de la Vandée había sido rechazada de los muros de Granville en Normandía, adonde había llegado en errante fluctuación más bien que en retirada. Fue dispersada en Mans el 13 de diciembre y destruída el 23 en Savenay, tres días antes de la gran victoria en Alsacia. Una larga lucha de campesinos y bandoleros, desesperada, pero que no llegaba a ser guerrilla, continuó durante el año siguiente detrás de los setos de la Bretaña inferior y la Vandée, pero el peligro para el Estado y para la Revolución había pasado. El año 1793 terminó, por lo tanto, con la completa liberación de todo el territorio de la República (salvo una estrecha franja en la frontera belga) y su completo dominio por su César, el Comité de Salud Pública; con dos tercios de un millón de hombres en armas, y el futuro de la gran experiencia aparentemente asegurado.

Las causas del milagro han sido discutidas y lo serán indefinidamente. Primeramente, residieron en la recreación de un fuerte poder central;

segundo, en la combinación de grandes recursos y un temerario espíritu de sacrificio. Las pérdidas del bando nacional fueron continua y marcadamente superiores a las de los aliados (en Alsacia lo habían sido tres a uno); y comprenderemos mejor el duelo cuando consideremos que, en el corto espacio de los ocho años que mediaron entre la iniciación de la guerra y el triunfo de Napoleón en Marengo, las bajas del lado francés, entre muertos y heridos, sobrepasaron los setecientos mil hombres.

QUINTO

La historia de 1794 no es más que la consecuencia de lo que acabamos de leer. El pequeño cinturón o pedazo en la frontera belga que aún continuaba en manos del enemigo fue lo que determinó la índole de la campaña.

Hasta la primavera no se disputó la cuestión. El Emperador de Austria llegó a Bruselas el 2 de abril y una semana después revistó su ejército. Las líneas francesas que se habían tendido para oponérsele no sufrieron más que continuos reveses hasta la terminación del mes.

El día 29 Clerfayt sufrió una derrota que ocasionó la caída, o más bien huída, de la pequeña guarnición de Menin. Clerfayt fue nuevamente derrotado en Courtrai una quincena más tarde; pero todas estas primeras acciones de la campaña no fueron de gran importancia. Turcoing iba a ser el primer golpe fuerte que comenzaría a decidir las cosas. Fleurus habría de rematarlas.

Ninguna batalla hay que pueda ser menos satisfactoriamente descrita en pocas líneas que la de Turcoing, tan diferente pareció a cada uno de los

combatientes, tan distintos son los planes de lo que cada una de las partes esperaba, y tan confusos los diversos relatos de los contemporáneos acerca de lo que sucedió. Las acusaciones de traición que casi siempre surgen después de un desastre y en especial cuando el desastre es sufrido por una fuerza aliada, son particularmente monstruosos y pueden descartarse, en especial la pueril leyenda de que los austríacos deseaban una derrota inglesa.

Lo que dicen los franceses es que una impecable marcha forzada y la concentración científica les permitieron atajar al enemigo antes de que éste realizara la conjunción de sus distintas fuerzas. Lo que dicen los aliados (si es que hablan de su centro) es que se vio desastrosamente abandonado y desamparado por las dos alas; y si hablan de las alas, que el centro no tenía por qué avanzar cuando vio que las dos alas no llegarían a tiempo para cooperar.

Uno de los relatos afirma que el Archiduque Carlos se hallaba incapacitado por un ataque; Lord Acton ha respaldado con su gran autoridad esta divertida versión. De cualquier manera, esto fue lo que sucedió:

Los aliados se hallaban a lo largo del río Scheldt el viernes 16 de mayo: su centro era Tournay, cuya fuerza principal estaba al mando del Duque de York; cinco o seis millas al norte, río abajo, estaba un extremo de su línea en un sitio llamado Warcoing: era un cuerpo de los de Hannover. La izquierda, al mando del Archiduque Carlos, era austríaca y había llegado a un lugar llamado St. Amand, a un día de marcha al sur de Tournay. Frente a los aliados se hallaba una gran fuerza francesa que también ocupaba un amplio frente de más de

quince millas, cuyo centro era Turcoing, a la sazón un villorrio. Su derecha estaba frente a la fortaleza de Courtrai. Ahora bien: detrás de los franceses, más arriba hacia el norte en dirección opuesta a la línea de los aliados sobre el Scheldt se hallaba otra fuerza de los aliados al mando de Clerfayt. El plan era que la derecha aliada avanzara hasta Mouscron y la tomase. El centro de los aliados avanzaría sobre Turcoing y Mouveau y las tomaría, mientras la izquierda marcharía cruzando las aguas superiores del río Marque, forzando los puentes que franqueaban ese arroyo pantanoso, y se colocaría junto al centro. En otras palabras, habría un ataque a todo lo largo de la línea francesa desde el sur, y mientras esto sucedía, Clerfayt, desde el norte de los franceses, iba a cruzar el Lys y atacaría también.

El día 17 sucedió lo siguiente. la izquierda de los aliados, marchando desde St. Amand, llegó medio día tarde; la derecha de los aliados tomó Mouscron, pero fue desalojada por los franceses. El centro de los aliados cumplió su programa, llegando a Turcoing y sus inmediaciones al mediodía y manteniendo sus posiciones. Es honroso para las armas inglesas el que este hecho lo realizara una fuerza de la cual un tercio eran británicos y cuyas más notables acciones de bayoneta fueron hechas por los Guardias. Mientras tanto, Clerfayt demoró en movilizarse y cruzar el río Lys, que se interponía entre él y su objetivo.

Cuando cayó la noche, por consiguiente, el primer día de acción, en lugar de una sola línea compacta avanzando contra los franceses de A a B y en contacto con la línea del norte en C, la formación aliada era un absurda saliente en el medio, debido al

éxito de la mezclada fuerza semi-británica a las órdenes del Duque de York: éxito que no había sido mantenido en las dos alas. Una comba de este tipo en una línea de ataque es desastrosa. El enemigo sólo tiene que ser rápido en caer sobre los dos flancos y la comba puede romperse. Los franceses fueron rápidos y la comba cedió. Al concentrar sus fuerzas contra esta sola parte central de los aliados, lucharon tres a uno.

Esa misma capacidad que en Wattignies les había permitido desdeñar el sueño y ser infatigables en la marcha, los puso en camino antes de las tres de la mañana del domingo 18 y con el alba cayeron sobre la fuerza central de los aliados, atacándola desde los tres lados.

Por esta razón es que a esta batalla se la ha llamado Batalla de Turcoing, porque Turcoing era el punto más avanzado que había alcanzado el centro de los aliados. Los alemanes, por la derecha del Duque de York en Turcoing, soportaron el primer impacto del ataque. Al Duque en persona, con su mezclada fuerza semi-británica, le tocó sentirlo inmediatamente después, mientras todavía era de mañana muy temprano. Los alemanes en Turcoing comenzaron a retroceder. Por la izquierda, la fuerza del Duque de York quedó aislada: su comandante no debió haberse demorado tanto. Pero la defensa se mantuvo con la mayor gallardía por el corto lapso en que pudo ser posible. La retirada se inició a eso de las nueve de la mañana y se mantuvo en orden por las primeras dos millas, pero después de ese punto se convirtió en desbande. Los conductores de los cañones británicos huyeron, y el armamento, abandonado, bloqueó la pre-

cipitada huída de la caballería. El desorden se comunicó en seguida a los Guardias y a la línea.

Aún en esta coyuntura desesperada se pudo restaurar en algo el orden, especialmente por la Brigada de los Guardias, que fueron al parecer los primeros en formar, y se sucedió un movimiento que todavía podía llamarse retirada, en dirección al sur.

El Duque de York mismo fue perseguido de matorral en matorral y escapó por un golpe de suerte, al encontrar un puente sobre el último arroyo defendido por un destacamento de los de Hesse. De esta forma fueron destruídas las columnas centrales, que sumadas no alcanzaban a un tercio de la fuerza total de los aliados.

Clerfayt primero había avanzado —pero demasiado tarde para salvar el centro— y luego retrocedido. El Archiduque Carlos, por la izquierda, marchó cuatro horas tarde al auxilio del Duque de York. La derecha de los aliados ni siquiera llegó tarde: pasó la mañana en un ordenado duelo de artillería con la fuerza francesa de enfrente. A las cinco de la tarde se admitió la derrota y se ordenó la retirada general de los aliados.

He dicho que se invocan muchas razones para explicar el desastre de Turcoing, una de las contadas ocasiones en que una fuerza británica ha sido derrotada en el continente; pero confieso que si me pidieran una explicación personal, diría que se debió sencillamente a una falta crasa de sincronización por parte de los aliados y que esto a su vez fue aprovechado por la capacidad tanto de vigilia como de marcha que las tropas francesas —siempre inferiores en la mayoría de las características militares— habían desarrollado y mantenido y que

(asunto todavía más importante) sus comandantes supieron cómo utilizar.

Este grave golpe, asentado el 18 de mayo, pese a un encuentro feliz una semana después, convenció finalmente al Emperador de que la marcha sobre París era imposible. Once días después, el 29, se anunció en el campamento de Tournay, adonde se había retirado el ejército aliado, que el Emperador había decidido regresar a Viena. El ejército aliado todavía permaneció, por cierto, en ese frente, pero los franceses continuaron volcándose contra él. Otra vez fue su número lo que decidió el triunfo siguiente y el final.

Muy lejos, al este de esa misma línea, el ejército famoso en la historia y en la canción como el del Sambre y Mosa intentaba violentamente cruzar el Sambre y flanquear la línea de los aliados. Coburg reforzó su derecha frente a la izquierda francesa. El entusiasmo de Saint-Just, la ciencia de Carnot decidieron la victoria en este extremo este de la línea.

El cruce del Sambre había fracasado seis veces. Continuaron llegando refuerzos y el séptimo intento tuvo éxito.

Charleroi, la fortaleza principal que en este sitio bloquea el cruce del Sambre, podía ser cercado, y lo fue, una vez que los franceses cruzaron el río. Capituló en una semana. Pero acababa de cumplirse la evacuación de Charleroi cuando Coburg, con setenta mil hombres, apareció en auxilio de la plaza.

La meseta en lo alto de la ciudad, donde se decidió la gran lucha, se conoce como meseta de Fleurus, y el 26 de junio los ejércitos se trabaron en combate. Fuerzas tan parejas nunca habían permitido anteriormente a los franceses ningún triun-

fo. Hasta entonces, la incesante requisa de hombres para suplir las deficiencias de adiestramiento y comando había conseguido salvar al país. En Fleurus, aunque todavía los franceses conservaban cierta ventaja, el número era más o menos parejo.

La acción estuvo sin decidirse durante diez horas, y por el centro y la izquierda francesas estaba casi perdida cuando la obstinación de las Reservas y de Marceau frente a la aldea misma de Fleurus decidió por último las cosas.

Las consecuencias de la victoria fueron terminantes. A medida que la derecha francesa avanzaba desde Fleurus, la izquierda lo hacía desde Ypres, y el centro se volvió insostenible para los aliados. Las cuatro fortalezas francesas en las que el enemigo aún conservaba guarniciones en ese "cinturón" belga que he mencionado, fueron cercadas y reconquistadas. El 10 de julio los franceses estuvieron en Bruselas, los ingleses fueron rechazados hacia Holanda, los austríacos retrocedieron por el Rin, y el sucesivo triunfo de los ejércitos revolucionarios estuvo asegurado.

Mientras tales cosas sucedían en tierra, sin embargo, había surgido en la guerra un factor que el deseo moderno de comodidad y, sobre todo, de seguridad comercial, ha exagerado grandemente, pero al cual el estudioso hará bien en conceder su justa proporción. Este factor era la debilidad militar de Francia en el mar.

Hablando en números la lucha fue entablada con flotas a razón de dos a uno, en tanto que a la flota de Gran Bretaña, ya dos veces el tamaño de la de su enemigo, hay que añadir la flota de los aliados. Pero los números ni entonces, ni tampoco en el futuro, decidieron realmente el resultado de la guerra

marítima. La supremacía de la artillería inglesa fue lo que inclinó la balanza. Esta triunfante superioridad se probó en la batalla del 1º de junio de 1794.

La flota inglesa a las órdenes de Lord Howe atacó a la flota francesa que aguardaba para escoltar un convoy de cereal a Brest; las fuerzas se encontraron el 28 de mayo y la acción se prosiguió durante tres días.

Dos ejemplos pueden bastar para demostrar cuán decisiva fue la superioridad del fuego británico. En la acción final el *Queen Charlotte* se encontró atrapado entre el *Montague* y el *Jacobin*. Tenemos las cifras de las pérdidas durante el duelo de estas dos naves capitanas. El *Queen Charlotte* perdió cuarenta y dos hombres en el breve y feroz encuentro, y trescientos el *Montague* solo. Una vez más, considérense las cifras totales. El número de los tripulantes por ambos lados era casi igual, pero sus pérdidas fueron once a cinco. Nunca se insistirá bastante en repetir que la ventaja inicial que ganó la flota inglesa en la gran guerra, que conservó y aumentó a medida que esa guerra proseguía y que se tornó absoluta en Trafalgar, fue una ventaja debida principalmente a los cañones.

En un esbozo que termina con la caída de Robespierre el lector no debe esperar ningún tratado, por breve que fuera, acerca del efecto del poderío marítimo en las guerras revolucionarias. En años recientes ha sido burdamente exagerado, y la reacción que sucede a tal exageración puede también burdamente aminorarlo. Impidió la invasión de Inglaterra, permitió la exasperación y el agotamiento de las fuerzas francesas en la Península. Pero no pudo haber determinado el destino de Napoleón.

Eso lo decidió el cálculo erróneo de Napoleón en Rusia y su subsiguiente y consiguiente derrota en Leipzig.

El poderío marítimo no tuvo efectos considerables sobre el éxito inicial de la Revolución y su resultado, el establecimiento de la democracia europea, lo único de que se ocupan estas páginas.

CAPÍTULO VI

LA REVOLUCION Y LA IGLESIA CATOLICA

El último y más importante de los aspectos que la Revolución presenta al lector extranjero, y en particular al inglés, es el antagonismo que surgió entre ésta y la Iglesia.

Así como el más importante, es también el más práctico de los problemas históricos que la Revolución plantea al estudioso: porque la oposición de la organización eclesiástica de Francia ha sido a la vez la más profunda que la Revolución hubo de enfrentar, la más activa en sus métodos y la única que ha crecido en vigor con el correr del tiempo. No exageraremos al decir que la Revolución, en Francia por lo menos, habría conseguido su objeto y creado una democracia homogénea y centralizada si esta gran querella entre la República y la Iglesia no hubiera surgido; y es legítimo contrastar la pronta adaptabilidad de los hombres a las sugerencias políticas y la serena historia de las instituciones en los lugares donde la Iglesia no era conocida, con las grandes borrascas y las cuestiones fundamentales que se plantean dondequiera que los hombres se hallan en contacto con las verdades ardientes del catolicismo.

Finalmente, la lucha entre la Iglesia Católica y

la Revolución no es solamente la más importante y la más práctica sino también, por desgraciada coincidencia, la de más difícil comprensión entre todas las cuestiones que nos presenta el gran cambio.

Hemos visto en esta obra que un sector de la historia revolucionaria, el segundo en importancia, quizá, después del sector religioso, fue también de difícil comprensión: a saber, el sector militar. Y hemos visto (al menos yo lo he postulado) que la dificultad para seguir los azares militares de la República se debió a la profusión de detalles, al carácter técnico de la información requerida y al natural desconocimiento del lector común acerca de los elementos de la ciencia militar. En otras palabras, un exacto conocimiento de gran número de hechos, la adecuada disposición de estos hechos en orden a su importancia militar y la correlación de un gran número de acciones y planes inconexos será lo único que nos permitirá captar las funciones de los ejércitos en el desarrollo y establecimiento del Estado moderno por medio de las guerras revolucionarias.

Ahora bien, en este segundo y más vasto problema, el problema de la función desempeñada por la religión, lo único que puede ser de utilidad es un método exactamente opuesto.

Debemos examinar el terreno en general y con generalidad aun mayor debemos olvidar detalles que aquí sólo desconciertan, y ver con el mayor esquematismo posible qué fuerzas se medían realmente, por qué se hallaban en conflicto y hasta qué puntos era vital ese conflicto. Cualquier otro plan más particular nos llevará —como ha llevado a tantos miles de polemistas— a meras invectivas para uno u otro lado, hasta que no podremos ver nada más

que un torbellino de traición por parte de los sacerdotes, y un caos de matanzas por parte de los demócratas.

Si los hombres intentaran desenredar la madeja mediante el análisis de los documentos del Vaticano o de los archivos franceses, en apariencia darían nada más que con una multitud de cálculos pequeños, mezquinos y con frecuencia personales; asimismo, si intentaran tomar un caso local de lucha y lo siguieran en un solo sector de ideas, darían nada más que con un remolino de conflictos sin ninguna especie de indicio en cuanto a los motivos que se hallaban detrás.

El contraste entre el problema religioso de la Revolución francesa es como el contraste entre la composición geológica y los contornos topográficos de una comarca. Para comprender lo primero tenemos que perforar y cavar, tomar numerosas muestras del suelo y someterlas a análisis, debemos interiorizarnos al detalle de sus más recónditos repliegues. Pero para lo segundo, cuanto más general sea nuestro punto de mira, cuanto más vasta sea nuestra contemplación y más perspicaz nuestro juicio, más exactamente aprehenderemos las nociones que nos propusimos descubrir.

Por lo tanto, debemos aproximarnos a nuestra tarea formulándonos en principio la pregunta más general de todas: *"¿Había una querella necesaria y fundamental entre las doctrinas de la Revolución y las de la Iglesia Católica?"*

Los mal informados acerca de cualquiera de las partes y por tanto mal preparados para replicar, comúnmente replican con certeza por la afirmativa. Los republicanos franceses (y aún los que no son franceses) que, por una circunstancia cual-

quiera de la vida, puedan no haber conocido la Iglesia Católica, no haber tenido íntimo contacto con ninguna persona católica, no haber hecho lecturas de filosofía católica, y quizá ni siquiera haber visto por casualidad ninguna ceremonia católica externa, replican sin titubeos que la Iglesia es necesaria enemiga de la Revolución. Asimismo, el *émigré,* la mujer rica, el recluso, cualquiera de los tipos contemporáneos a quienes la teoría democrática de la Revolución llegó como completa novedad, y hoy día las familias ricas en esa tradición, replican con igual seguridad que la Revolución es la necesaria enemiga de la Iglesia. La respuesta parece muy satisfactoria al noble terrateniente conservador de Inglaterra o de Alemania, que quizá sea católico de nacimiento o por conversión; y quizá resulte igualmente obvia (digamos) a un miembro democrático de alguna iglesia protestante de uno de los nuevos condados.

Histórica y lógicamente, y también teológicamente, aquellos que afirman un necesario antagonismo entre la República y la Iglesia están en un error. Los que están en las mejores condiciones de aproximarse al problema por su conocimiento tanto de lo que la Revolución se proponía como de lo que la filosofía católica es, en proporción a tal conocimiento hallan difícil o imposible replicar a esa pregunta fundamental en forma afirmativa. No pueden llamar a la Revolución necesaria enemiga de la Iglesia, ni a la Iglesia de la Democracia.

Más aún, las inteligencias a la vez más ágiles y de la clase más ilustrada son justamente las que encuentran difícil explicarse cómo pudo producirse tal querella. La historia francesa misma está llena de los nombres de aquellos para quienes no tanto

una reconciliación entre la Revolución y la Iglesia como la afirmación de que no existió querella verdadera entre ellas, fue motivo de política; y casi en proporción al conocimiento que un hombre tiene de sus congéneres en las sociedades católicas, casi en idéntica proporción la pregunta primaria que he formulado es respondida negativamente por un hombre como ése. El hombre que conozca tanto el credo católico como la República nos dirá que no hay y no puede haber ninguna razón necesaria o fundamental para que hubiese surgido conflicto alguno entre una democracia europea y la Iglesia Católica.

Cuando examinamos a los que se ocupan de los aspectos más profundos y abstractos de la querella, encontramos la misma cosa. Es imposible para el teólogo, o aun para el maestro eclesiástico práctico, señalar una doctrina política esencial a la Revolución y decir: "Esta doctrina se opone al dogma católico o a la moral católica." A la inversa, es imposible para el republicano señalar una cuestión de disciplina eclesiástica o de dogma religioso y decir: "Esta doctrina católica está en pugna con mi teoría política del Estado."

Miles de hombres activos de ambos bandos habrían estado bien satisfechos, durante los últimos cien años, de haber podido descubrir un punto así, que, se ha visto, es imposible de descubrir. En una palabra, sólo aquellos demócratas que saben poco de la Iglesia Católica pueden decir que está en su naturaleza el prohibir la democracia; y sólo aquellos católicos que tienen un concepto confuso o imperfecto de la democracia pueden decir que su naturaleza es antagónica con la de la Iglesia Católica.

Mucho de lo que enseña la teoría puramente temporal de la una es indiferente a la filosofía

trascendental y sobrenatural de la otra. En algunos puntos de contacto (como ser en el concepto de la dignidad del hombre y de la igualdad de los hombres) hay concordancia. Para resumir: el republicano no puede por su teoría perseguir a la Iglesia: la Iglesia no puede por su teoría excomulgar al republicano.

¿Por qué, entonces, hay que preguntarse en seguida, ha surgido en la práctica un conflicto tan feroz y enorme, un conflicto cuyo vigor y cuyas consecuencias hoy día no decrecen sino que se amplían?

A esta segunda pregunta, que apenas es menos general que la primera se podría responder de dos maneras.

Se puede decir que las acciones de los hombres se dividen no por teorías sino por atmósfera espiritual, por así decir. De acuerdo a este punto de vista los hombres actúan por impulsos no ideales sino reales: impulsos que afectan a grandes masas y que, sin embargo, en su contextura corresponden a impulsos complejos pero coherentes de una personalidad individual. De ese modo, aunque no haya conflicto manifiesto entre la teología de la Iglesia Católica y la teoría política de la Revolución, puede con todo haber conflicto necesario y fundamental entre las *personas* que llamamos Revolución e Iglesia, y entre los principios vivificantes por los cuales cada una de ellas se rige. Esa es una de las respuestas que puede darse, y que se da.

O bien puede darse una respuesta totalmente distinta y decir: "No hubo disputa alguna entre la teología de la Iglesia Católica y la teoría política de la Revolución; pero la locura de tal estadista, la mala redacción de tal ley, el concepto erróneo de tal o cual institución, la coincidencia de que la guerra estallase en tal o cual momento y de que afectase a los hombres en tal o cual forma —todos esos accidentes materiales originaron un malentendido entre las dos grandes fuerzas, pusieron en conflicto a los agentes humanos y las organizaciones humanas que los dirigían; y el conflicto, una vez surgido, se alimenta y crece de su propia sustancia."

Ahora bien, si se responde de esa primera manera a la pregunta que acabamos de formular, aunque sea suficiente para el tipo de filosofía que la emplea, aunque sea ciertamente una explicación para todas las disputas humanas, y aunque en particular satisfaga a cierta escuela moderna de pensamiento, es evidente que la historia, propiamente dicha, no puede aceptarla.

Uno puede decir que la Revolución fue la expresión de un espíritu mucho más real que cualquier teoría, que este espíritu no es más susceptible de análisis o definición que la personalidad de un solo tipo humano y que esta realidad estaba en conflicto con otra realidad, a saber, la Iglesia Católica. Uno hasta puede (como algunas inteligencias de ningún modo despreciables lo han hecho) llevar la cuestión al terreno del misticismo y aseverar que en realidad fuerzas personales, voluntades superiores y externas al hombre, demonios y ángeles, movieron la Revolución en contra de la Iglesia Católica y crearon la República para ser una fuerza anticatólica capaz de enfrentar y derrotar a esa Iglesia la cual (por propia definición) no es una teoría sino la expresión de una Personalidad y una Voluntad. Empleando términos anticuados, uno puede decir que la Revolución fue obra del Anticristo;

pero de ese tipo de respuesta, lo repito, la historia no puede ocuparse.

Si es verdad que, a pesar de una ausencia de teorías intelectuales contradictorias, hay una contradicción espiritual fundamental entre la Revolución y la Iglesia Católica. entonces el tiempo se encargará de probar el asunto; veremos en ese caso una perpetua prolongación de la disputa hasta que la Revolución se transforme principalmente en una fuerza para la extinción del catolicismo y la Iglesia aparezca para el partidario de la Revolución no como su principal sino como su único enemigo. Tal eventualidad no ha surgido en cien años; únicamente un proceso temporal de mucho más duración permitirá juzgar si el supuesto duelo es real o simplemente una fantasía.

El segundo tipo de respuesta, la que pretende explicar el antagonismo por una serie concreta de hechos, sí concierne al historiador. Procediendo por las líneas de esa segunda respuesta, puede disponer de su ciencia para ejercer y utilizar los instrumentos de su oficio; y puede mostrar (tal cual me propongo mostrar en lo que sigue) cómo, aunque no pueda encontrarse disputa entre la teoría de la Revolución y la de la Iglesia, surgió en realidad una activa disputa entre la Revolución en marcha y las autoridades del catolicismo; disputa que cien años lejos de aplacar, acentuaron.

Detrás de la disputa revolucionaria estaba la situación de la Iglesia en el Estado francés desde el arreglo de los conflictos provocados por la Reforma.

El lector está suficientemente familiarizado con lo que esos conflictos de la Reforma fueron. Por unos cien años, más o menos, desde los primeros años del siglo XVI hasta los primeros del XVII (desde la mocedad de Enrique VIII a la juventud de Carlos I en Inglaterra), se hizo un gran intento para cambiar (un sector diría enmendar. el otro diría desnaturalizar) el *cuerpo total* de la Cristiandad occidental. En toda la civilización europea trabajaba un movimiento *general* de ataque a la forma heredada de la Iglesia y una resistencia general a ese ataque y cada antagonista confiaba en un éxito universal, uno de lo que llamaba "la reforma de la religión", el otro de lo que llamaba "la Institución Divina y la unidad visible de la Iglesia Católica."

Al final de ese período fue evidente que ningún resultado general había sido, o podía ser, alcanzado. Toda esa parte del Occidente que había rechazado la autoridad de la Sede de Roma empezó a verse como una región territorial separada y permanentemente dividida del resto; toda esa parte de Europa que había conservado la autoridad de la Sede de Roma empezó a verse como otra región territorial. La línea de ruptura entre las dos empezó a definirse como una línea geográfica y casi correspondía a la línea que, siglos atrás, había dividido el mundo romano civilizado de los bárbaros.

La provincia de Britania tuvo un destino excepcional. Si bien era romana por origen y perteneciera a la antigua civilización por su fundamento, cayó dentro del lado no romano de la línea fronteriza; mientras que Irlanda, a la cual el Imperio Romano nunca había organizado ni instruído, permaneció —caso único entre las partes externas de Europa— en comunión con Roma. Italia. España y en general la Alemania del sur o románica, rehusaron finalmente abandonar su tradición de ci-

vilización y de religión. Pero en Galia fue distinto —y hay que entender la acción de la Galia durante la Reforma si se quieren comprender sus disputas religiosas. Una proporción muy considerable de las clases terratenientes y mercantiles francesas, es decir los ricos del país, simpatizaban con las nuevas doctrinas religiosas y la nueva organización social que ahora se habían afianzado en Inglaterra, Escocia, Holanda, Alemania del norte y Escandinavia y que en esos países estaban destinadas a alcanzar el dominio de la riqueza. Estos terratenientes y mercaderes franceses fueron los llamados *hugonotes*.

Los cien años subsiguientes, de 1615 a 1715, digamos, vieron el arreglo, no sin derramamiento de sangre. de la disputa insatisfecha durante el siglo anterior. Todos los ingleses saben lo que sucedió en Inglaterra; cómo fueron aplastados los últimos vestigios de catolicismo y cómo se establecieron en el Estado todas las consecuencias sociales y políticas del protestantismo.

Hubo sin embargo, en ese mismo siglo diecisiete, un intento aislado pero vano de destruir el catolicismo en Irlanda. En Alemania una lucha de extremada violencia sólo había conseguido arribar al mismo resultado regional. El primer tercio de esos cien años concluyó con la Paz de Westfalia y dejó las divisiones territoriales protestantes y católicas prácticamente como las conocemos hoy día.

En Francia, sin embargo, sucedió un fenómeno peculiar, por el cual sobrevivió un grupo poderoso en número y, lo que era mucho más importante, en riqueza y poder social, desparramado por toda la extensión del territorio del reino, grupo organizado y para ese entonces firmemente anticatólico y, por lo tanto, antinacional.

La nación había recuperado su línea tradicional y había insistido en el triunfo de un ejecutivo fuerte, y ese ejecutivo, católico. Francia, por ende, en este período de ajuste, llegó a ser una monarquía absoluta cuya cabeza poseía poderes tremendos e inmediatos, una monarquía que incluía en sí misma todos los grandes elementos de la tradición nacional, *incluyendo a la Iglesia*.

El nombre de Luis XIV es, naturalmente, el que simboliza esta gran época; ella corresponde precisamente a su muy extenso reinado. Luis XIV nació por coincidencia cuando comenzaba esa lucha universal por un arreglo religioso de Europa, que he descrito como típico de la época; murió precisamente cuando finalizaba; y durante su reinado pareció como si el reconstituído poderío de Galia y la defensa del catolicismo organizado habrían de ser sinónimas.

Pero había dos elementos de perturbación en ese cuerpo homogéneo que Luis XIV aparentemente mandaba. El hecho mismo de que la Iglesia hubiera llegado así a ser en Francia una inamovible institución nacional enfrió la fuente vital del catolicismo. No sólo quedó la jerarquía como perpetuamente sospechosa para la Sede Romana y jugueteando con la idea de la independencia nacional, sino que, junto con toda la organización oficial del catolicismo francés, puso la seguridad de la unidad nacional y su íntima vinculación con la estructura política general del Estado mucho más allá de la santidad del dogma católico o la práctica de la moral católica.

Esa estructura política —la monarquía francesa— parecía ser de granito y eterna. Si hubiera realmente perdurado, la Iglesia en Galia, pese a su

adhesión a una cosa tan temporal como la corona, indudablemente habría sobrevivido todavía para gozar de una de esas resurrecciones que nunca faltaron en el pasado, y habría retornado, por una reacción creadora, a su principio vital. Pero por el momento la consecuencia de este firme establecimiento político fue que el escepticismo y todas esas otras fuerzas activas de la mente que actúan sobre la religión en cualquier Estado católico, tuvieron amplia oportunidad de acción. La Iglesia se preocupó. por así decir, de defender no a ella misma, sino a su método de existencia. Era como si una guarnición, olvidando las principales defensas de una plaza, hubiese concentrado todos sus esfuerzos en la seguridad de una tarea que concernía a su provisión de víveres.

El ingenio, la buena poesía, el entusiasmo sincero, la lúcida exposición de todo lo que en la mente humana se rebela constantemente contra las afirmaciones trascendentales, tuvieron amplio campo para ejercitarse sin restricciones y no provocaron ninguna respuesta eficaz. Pero los actos de franca irrespetuosidad a la autoridad eclesiástica fueron castigados con severidad.

Mientras para los ricos, los burócratas y las clases dirigentes el ridiculizar la Fe era una actitud que se daba por sentada, el atacar seriamente los privilegios o la posición de sus ministros era poco caballeresco y no estaba permitido. No resultaba chocante para la Jerarquía el que uno de sus miembros apostólicos fuera un ingenioso ateo, el que otro saliera de caza el día de Corpus Christi, casi volcara el Santísimo Sacramento en su galope y olvidara qué día era cuando ocurrió el accidente. Los obispos no hallaban nada notable en ver que

una gran parte de ellos eran libertinos, o que algunos presentaran abiertamente sus amantes a sus amigos como lo hubiera hecho cualquier seglar de la nobleza que los rodeaba. El que una diócesis o cualquier otro cargo espiritual estuviese divorciado de su jefe titular, les parecía tan natural como a nosotros nos lo parece la ausencia de algún coronel extranjero titular de su regimiento moderno. También eran aceptados por los obispos la pobreza, el descuido y la ignorancia del clero parroquial; más aún —y este es casi el rasgo principal— el abandono que habían hecho de la religión prácticamente todos los franceses, excepto unos pocos millones, no afectaba más a los dignatarios eclesiásticos de la época de lo que el hambre de nuestros pobres, digamos, afecta a cualquiera de nuestros políticos profesionales. Era una cosa que sencillamente se daba por sentada.

El lector debe percatarse de la situación agónica de la vida religiosa en Francia en vísperas de la Revolución, porque es a la vez imperfectamente captada por el común de los historiadores y es también el único hecho que explica satisfactoriamente lo que sucedió luego. El colapso de la Fe en el siglo XVIII es la base negativa sobre la que había de alzarse la extraña experiencia religiosa de los franceses. En la generación anterior a la Revolución, Francia atravesó una fase en la que la Fe Católica se hallaba en el nivel más bajo en que jamás se hallara desde su predicación y arraigamiento en la Galia.

Esta verdad está encubierta por más de una circunstancia. Así, muchos actos oficiales, en especial los casamientos y el registro de nacimientos se realizaba bajo una forma católica y ciertamente

las formas católicas gozaban de ese monopolio. Asimismo, el Estado vestía ropaje católico, por así decir: las ocasiones de boato público estaban plenas de ceremonias religiosas. En las grandes ciudades pocos de la clase media y casi ninguno de los artesanos, iban a misa; pero las iglesias eran "oficiales". Había grandes sumas de dinero —incluso dinero oficial— a disposición de la Iglesia; y los grandes prelados eran hombres que podían dispensar sólidos favores. Nuevamente, la verdad histórica está disimulada por el lenguaje y el punto de vista de la gran reacción católica que ha tenido lugar en nuestra propia época.

No hay peligro en decir que por un adulto de las clases cultas que se preocupara seriamente de la fe y la práctica católicas en Francia antes de la Revolución, hoy día hay cinco. Pero en el intervalo se halla el violento episodio de la persecución, y la reacción católica de nuestra época tiende constantemente a establecer el contraste entre una supuesta sociedad "católica" pre-revolucionaria y el furor de la Revolución. "Mirad", dicen estos campeones, "la horrible manera con que la Revolución trató a la Iglesia". Y al decir esto la verdad inversa resulta obvia y parecen querer decir: "Pensad qué distinto debe haber sido antes de que la Revolución persiguiera a la Iglesia". La misma violencia de la reacción moderna en favor del catolicismo ha exagerado la persecución revolucionaria y al hacer así ha hecho olvidar a los hombres que, además de la evidente decadencia de la religión, es obvio que la persecución nunca se habría suscitado sin un vigoroso y continuado respaldo histórico. No hubiera podido haber un Diocleciano en el siglo XIII con el espíritu de las Cruzadas acabándolo de preceder;

no podría haber habido un Enrique VIII si la Inglaterra del siglo XV que apenas lo precedía hubiese sido una Inglaterra dedicada a la profesión monacal. Y no podría haber habido el furor revolucionario contra la Iglesia Católica en Francia si la generación precedente hubiese sido activamente católica en proporción considerable.

De hecho, naturalmente que no lo era; y para la indiferencia popular o para el odio a la Iglesia, el factor principal era la estricta hermandad no tanto de Iglesia y Estado como de Iglesia y Poder Ejecutivo.

Pero hubo otro factor. Describíamos anteriormente cómo en Francia durante el movimiento revolucionario había surgido un grupo rico, potente y numeroso de hugonotes. En meras cifras decrecía, pero durante el siglo XVII conservó una posición muy elevada tanto en privilegios como (lo que es característico) en potencia económica; y aun hoy día, aunque su cuota de nacimientos es, por cierto, más baja que el término medio de la nación, los hugonotes franceses alcanzan casi al millón y son mucho más ricos, en promedio, que sus compatriotas. Su riqueza es la que domina el comercio de ciertas regiones, la que ejerce tan gran efecto en las universidades, en el periodismo y en el negocio editorial, y lo que en general les da tanta influencia en los asuntos de la nación.

Ahora bien, los hugonotes tenían en Francia una querella particular y permanente con la monarquía y, por lo tanto, con la Iglesia Católica, la cual, precisamente porque no era de la índole vivida e intensa que se asocia con las religiones populares y universales, era más secretamente ubicua. Su querella residía en que, habiendo sido altamente

privilegiados por casi un siglo, miembros de "un Estado dentro del Estado" y por más de una generación libres para reunirse en asambleas separadas y a menudo antagónicas con el Gobierno Nacional, estos privilegios les habían sido repentinamente arrebatados por el gobierno de Luis XIV un siglo antes de la Revolución. Su querella era más política que religiosa; era una especie de querella por "gobierno autónomo". Porque aunque los hugonotes estaban dispersos por toda Francia, habían poseído ciudades y territorios especiales en los que su espíritu y, hasta cierto punto, su autogobierno particular formaba *enclaves* de particularismo dentro del Estado.

Habían mantenido esta posición, he dicho, cerca de casi cien años, y no fue hasta una fecha contemporánea al violento arreglo de la perturbación religiosa en Inglaterra por la expulsión de Jacobo II que por un arreglo similar, menos violento, se consiguió (eso se creía) una unidad religiosa similar en Francia. Pero esa unidad no se consiguió. Los hugonotes, aunque ya no se les permitió existir como Estado dentro del Estado, siguieron siendo, durante los cien años entre la revocación del Edicto de Nantes y el estallido de la Revolución, un grupo poderoso y siempre alerta. Permanecieron en el flanco del ataque que el escepticismo intelectual libraba contra la Iglesia Católica, se prepararon para sacar ventaja de la primera victoria política de ese escepticismo, y desde la Revolución han sido la más poderosa y, después de la Masonería, con la cual están grandemente identificados, la más vigorosamente organizada de las fuerzas anticlericales del país.

Los judíos, cuya actuación desde la Revolución

ha sido tan destacada en este mismo aspecto, no tenían, en el período inmediatamente precedente, ninguna influencia considerable y sus elementos pueden descartarse de la coalición.

Tal era, pues, la situación cuando la Revolución se preparaba. En la memoria de los hombres de ese entonces, la Iglesia se había vuelto cada vez más oficial, las masas de las grandes ciudades habían perdido por completo contacto con ella; la élite intelectual del país habíase inclinado en general por los deístas o bien por la propaganda puramente escéptica, el poderoso grupo hugonote estaba predispuesto para una alianza con cualquier enemigo del catolicismo, y a los ojos del empobrecido populacho urbano —especialmente en París, donde hacía largo tiempo que ya se había abandonado la práctica de la religión— la organización humana de la Iglesia, la Jerarquía, el clero y las pocas pero muy acaudaladas órdenes religiosas que aún persistían en cantidad decreciente, no eran sino una porción del mundo privilegiado que la plebe odiaba y estaba dispuesta a destruir.

Sobre tal espíritu y en tales condiciones de la vida religiosa nacional, la Revolución comienza a obrar. En la Asamblea Nacional se tiene el gran cuerpo del estado llano que decide el conjunto, y en donde hay apenas uno que otro hombre relativamente familiarizado con la práctica católica o dedicado a ella, y ésos en su mayoría individuales y excéntricos, o sea, en concreto, muy poco católicos, casi en proporción directa a la sinceridad de su sentimiento religioso. Entre la nobleza la práctica de la religión era costumbre social para algunos; la fe como actitud mental había sido olvidada por todos, salvo algunos pocos. Entre el clero predominaba

una jerarquía muy rica, pero ninguno se encontraba preparado para defender a la Iglesia con argumentos filosóficos y casi todos concordantes en considerarse parte de la antigua máquina política; mientras que los representantes del bajo clero, de carácter fuertemente democrático, estuvieron al principio más ocupados con la instauración de la democracia que con el inminente ataque contra la organización material y temporal de la Iglesia.

Ahora bien, esa organización material y temporal ofreció en el comienzo mismo de los debates una oportunidad de ataque que ningún otro sector del antiguo régimen podía ofrecer.

El peligro inmediato para el Estado era financiero. El pretexto y aun en cierta medida el motivo para convocar a los Estados Generales fue la necesidad de hallar dinero. La antigua maquinaria fiscal se había deshecho y, como sucede siempre que una maquinaria fiscal se deshace, las penurias que implicaba y la presión que eso ejercía sobre los individuos, pareció ser universal. *No había un fondo de riqueza inmediata y fácilmente alcanzable del cual el Ejecutivo pudiera echar mano, salvo la riqueza del clero.*

Los tributos feudales de los nobles, en caso de desecharse, debían corresponder a los campesinos antes que al Estado. De los impuestos existentes pocos podían aumentarse sin peligro y ninguno llevaba perspectivas de proporcionar una gran renta adicional. La imputación por deudas solamente representaba la mitad de lo recibido en total por el Estado; el déficit, en proporción a los ingresos, era abrumador. Frente a esto se tenía una institución impopular, cuyas funciones públicas eran seguidas nada más que por una pequeña parte de la población, aquella en la cual los ingresos estaban desigualmente repartidos y cuya propiedad feudal rendía en tributos una cantidad igual a más de un cuarto de las rentas totales del Estado. Agréguese a esto un sistema de diezmos que producía casi otro tanto, y se verá en qué tentación financiera se encontró la Asamblea.

Puede invocarse, naturalmente, que el derecho de la Iglesia a esta propiedad eclesiástica, ya de tierras, ya de diezmos, era absoluta, y que la confiscación de una u otra forma de su renta era simple robo. Pero ese no era el concepto legal de la época. La riqueza de la Iglesia no fue ni siquiera defendida (y esto es lo más notable) como propiedad absoluta por la mayoría de los que la disfrutaban. El tono de los debates que suprimieron los diezmos y más tarde confiscaron las tierras de la Iglesia giró en torno de cuestiones legales, precedentes, utilidad pública, etc. etc. En ellos no se escuchó, de ninguna manera eficaz, la afirmación del mero derecho moral; aunque en ese tiempo los derechos morales de la propiedad estaban entre las principales doctrinas políticas.

A pesar de ello, la confiscación de las tierras eclesiásticas y la supresión del diezmo no fueron la base de la disputa entre la Revolución y el clero. Ningún cambio financiero o económico es otra cosa que la preparación, o la condición permisible, de un cambio moral. Nunca es la causa de un cambio moral. Aun la supresión de las casas religiosas a comienzos de 1790 no debe tomarse como punto de partida de la gran disputa. Las órdenes religiosas en Francia estaban en esa época demasiado decadentes en cuanto a celo y cantidad, demasiado ricas y demasiado alejadas de la vida nacional para

que eso fuera del caso. El verdadero punto de partida histórico desde el cual hay que datar el comienzo de esta profunda cuestión entre la Revolución y el Catolicismo puede hallarse en la mañana del 30 de mayo de 1790, cuando un comité parlamentario (el Comité Eclesiástico) presentó a la asamblea su proyecto para la reforma de la Constitución de la Iglesia en Galia.

La enormidad de este acto es ahora manifiesta para el mundo entero. La propuesta, a cargo de representantes fortuitos no elegidos *ad hoc*, para cambiar las diócesis y las sedes de la Francia católica, la decisión de un efímero cuerpo político acerca de limitar a tales o cuales vínculos (que eran muy débiles) la unión entre la Iglesia de Francia y la Santa Sede, la supresión de los capítulos de catedrales, la propuesta de contornos burlescos de que los obispos fueran elegidos, aun más, de que los sacerdotes lo fueran, la sumisión de la jerarquía en asuntos de residencia y traslaciones a una autoridad civil que se declaraba abiertamente indiferente en materia religiosa, todo esto desconcierta la mente moderna. ¿Cómo, nos preguntamos, hombres de tanta cultura, tan entusiastas, tan diligentes y en tan íntimo contacto con todas las realidades de su tiempo, pudieron cometer un error de esa magnitud? Mucho más aún, ¿cómo escapó tal error a la condena de la burla general y de la inmediata impotencia? La respuesta hay que hallarla en lo que acabamos de dejar sentado con tanta insistencia: el eclipse temporario de la religión en Francia antes de que estallara la Revolución.

Los hombres que fraguaron la Constitución del Clero, los hombres que la votaron, más aún, hasta los hombres que la rebatieron, tenían todos en lo

profundo de su mente tres conceptos que intentaban reconciliar: de esos tres conceptos, uno era totalmente erróneo, otro era imperfecto por superficial, y sólo el tercero era verdadero. Y estos tres conceptos eran, primero, que la Iglesia Católica era una superstición moribunda; el segundo, que poseía en su organización y tradición un poder que había que tener en cuenta; y tercero, que el Estado, sus órganos y su herencia de acción estaban tan consustanciados con la Iglesia Católica que era imposible realizar ningún ajuste político general en el cual ese cuerpo, tanto externo como interno a Francia, pudiere ser descuidado.

De esos tres conceptos, si el primero hubiera sido tan verdad como el último, habría salvado la Constitución del Clero y la reputación de sensatez de quienes le fraguaron.

Era ciertamente verdad que el catolicismo había estado tantos siglos consustanciado con la estructura del Estado que el Parlamento tenía, por lo tanto, que ocuparse de la Iglesia en el ajuste general de la nación: no podía, sencillamente, dejar a la Iglesia a un lado.

Era también superficialmente cierto que la Iglesia era un poder que debía tenerse en cuenta políticamente, aparte de la cuestión de la tradicional unión de Iglesia y Estado —pero nada más que superficialmente cierto. Lo que los políticos revolucionarios temían eran las intrigas de los que dirigían la organización de la Iglesia Católica, hombres a los que en su mayoría sabían sin religión y de cuya sinceridad naturalmente dudaban. Un juicio menos superficial y más sólido acerca de la cuestión habría descubierto que el verdadero peligro no residía en la animosidad o intriga contra la

Constitución Civil por parte de la corrupta jerarquía sino en la de la minoría sincera, aunque mal instruída y decreciente, que todavía seguía siendo lealmente adicta a la doctrina y disciplina de la Iglesia. Pero ni aun este juicio superficial habría sido fatal si el juicio de la Asamblea Nacional no hubiese estado realmente equivocado acerca del primer punto: la vitalidad de la Fe.

Si la Iglesia Católica hubiera sido, como lo pensaban casi todos los hombres cultos de entonces, una superstición moribunda, si la fase de declinación por la que atravesaba hubiese sido comparable a las atravesadas por otras religiones en sus últimos momentos, si las antiguas familias la hubiesen conservado por mera tradición y los lejanos campesinos le hubiesen sido adictos por mera ignorancia y aislamiento, abandonada (como lo estaba) en las ciudades simplemente porque las ciudades tenían mejores oportunidades de ilustración intelectual y de adquirir conocimientos elementales de historia y ciencias; en una palabra, si el cuadro imaginario que en su mente esos hombres se trazaban de la Iglesia Católica y sus destinos hubiese sido exacto, entonces la Constitución Civil del Clero habría sido un acto propio de estadistas. Habría permitido que el dominio que la Iglesia Católica todavía conservaba sobre esos distritos se desvaneciera lentamente y sin conmociones. Proponía mantener con un sueldo razonable a los ministros de un ritual que presumiblemente habría perdido total vitalidad antes de que el último de sus asalariados hubiera muerto; habría preparado el lecho, por así decir, sobre el cual el resto de catolicismo gálico pudiera exhalar en paz su último suspiro. La acción de los políticos al fraguar la Constitución habría parecido más generosa a medida que transcurrieran las décadas, y su sabiduría en evitar ofender a los pocos que aún se mantenían fieles habría sido cada vez más aplaudida.

Por otra parte, y desde el punto de vista de un estadista, la Constitución civil del clero consustanciaba con el Estado, y hacía responsable frente a él, a aquellas antiguas funciones, aún no caducas, del episcopado y todo su séquito. Era una sabia y justa consideración por parte de la Asamblea el que las religiones retuviesen su aparato mucho después de muertas y que si ese aparato había sido alguna vez estatal, debía quedar sujeto al control del Estado; y sujeto no sólo hasta el momento en que la fuerza vital que una vez las animara hubiera desaparecido, sino por mucho más tiempo: ciertamente, hasta el momento en que las instituciones sobrevivientes de la religión desaparecida se quebrasen y perecieran.

Así argumentaban la Asamblea Nacional y su comité y, repito, el argumento era justo y digno de estadistas, prudente y lleno de previsión, salvo un error de cálculo. La Iglesia Católica no estaba muerta y ni siquiera moribunda. Estaba manifestando muchos de los síntomas que en otros organismos e instituciones corresponden a la cercanía de la muerte, pero la Iglesia Católica es un organismo y una institución muy diferente a cualquier otra. Fructifica y se expande inmediatamente ante el roce de un arma mortal; en sus raíces mismas está el concepto de que la prosperidad material la ahoga, la pobreza y el infortunio la nutren.

Los hombres de la Asamblea Nacional habrían actuado más sabiamente si hubiesen estudiado de cerca la historia de Irlanda (entonces muy poco

conocida) o si al menos se hubiesen enterado de los métodos por los cuales la Iglesia Católica en Gran Bretaña, después de atravesar en el siglo XV por una fase algo similar a la que la estaba sepultando en Galia, fue ahogada bajo Enrique e Isabel.

Pero el deseo de los hombres de 1789 no fue matar la Iglesia sino dejarla morir; creían que estaba muriendo. Su deseo era solamente hacer que esa muerte fuese decorosa y que no perjudicase a la nación, y controlar la acción política de una jerarquía que había sido rica y que estaba consustanciada con la sociedad antigua que se desplomaba por todos lados.

La Constitución civil del clero fracasó: encendió la guerra civil, ahondó el abismo que dividía al Catolicismo de la Revolución en el momento de la invasión extranjera, segregó al sacerdote leal de tal manera que su clase no pudo menos que aparecer ante la plebe como una clase de traidores y, en la hoguera de 1793, llevó a la gran persecución de cuyos recuerdos las relaciones entre la democracia francesa y la Iglesia no se han recuperado.

Es importante rastrear los verdaderos pasos de ese fracaso; porque cuando consideramos lo que fueron las fechas, la brevedad del tiempo que quedó para juicios o revisiones, y cuán inmediatamente se sucedieron desastres tras errores, podemos entender lo que sucedió, y es la única forma de entenderlo.

Si observamos una disputa permanente entre dos familias cuya causa de discordia no podemos captar y cuya hostilidad mutua nos parece irracional, el saber que se originó de un cataclismo demasiado rápido y violento como para que ambas partes pudieran reflexionar sobre ello, nos permitirá disculpar o por lo menos comprender la persistencia de su antagonista. Ahora bien, fue un cataclismo lo que sobrevino en las relaciones de la Iglesia y el Estado inmediatamente después de la equivocación que el Parlamento cometiera; un cataclismo fuera de toda proporción con sus intenciones originarias, como por cierto la mayoría de los desastres repentinos están fuera de proporción con las fuerzas que los producen.

Como hemos visto, en el verano de 1790 —el 12 de julio— la Asamblea aprobó la Constitución civil del clero. Pero recién el 26 de agosto consintió el rey en firmarla. Tampoco hubo en ese momento ningún intento de cumplir la ley. Las protestas de los obispos, por ejemplo, se produjeron con parsimonia, en el mes de octubre, y el principio activo de la Constitución civil —es decir el juramento cívico que el clero estaba obligado a prestar— ni siquiera se debatió hasta terminar el año.

Este juramento cívico, que a veces se invoca como espantajo del asunto, no era más que un compromiso bajo juramento de que el obispo o sacerdote que lo prestase debía mantener el nuevo régimen, aunque ese régimen incluía la constitución del clero; el juramento no incluía una ruptura directa con la doctrina o la práctica católica. Fue, ciertamente, una locura imponerlo, y fue locura basada en la ignorancia de los políticos (y de muchos de los obispos de la época) acerca de la naturaleza de la Iglesia Católica. Pero el juramento no era, ni pretendió ser, una medida persecutoria. Muchos miembros del clero parroquial lo prestaron, y la mayoría lo hizo probablemente de buena fe; ni tampoco fue un descrédito del juramento ante el público el hecho de que todos los

obispos en ejercicio lo rechazaron salvo cuatro, porque la situación de la jerarquía en la Francia pre-revolucionaria era por todos conocida. La actitud de los obispos apareció ante la opinión pública como puramente política, y la pronta aceptación del juramento por tantos, si bien aún una minoría, del bajo clero obró enérgicamente en su favor.

Sin embargo, ningún sacerdote u obispo o seglar católico podía prestar ese juramento sin incurrir en deslealtad con su religión; y eso, por la misma razón que llevó a Santo Tomás de Canterbury a realizar su curiosa y fructífera resistencia contra las medidas razonables e inevitables —y también las no razonables— del gobierno de su tiempo. La Iglesia Católica es una institución necesariamente autónoma. No puede admitir el derecho de ningún otro poder externo a su propia organización a imponer una modificación de su disciplina, ni, sobre todo, una concepción nueva de su organización jerárquica.

El lector debe distinguir cuidadosamente entre la aceptación por parte de la Iglesia de un detalle de reforma económica, o bien el consentimiento para suprimir un organismo a pedido del poder civil o aun la privación de ciertos derechos políticos, y el admitir el principio general del control civil. A ese principio general adhería muy evidentemente la Asamblea al fraguar la Constitución del clero. Admitir semejante poder civil y de coordinación externa, o más bien admitir un poder externo *superior* es, en teoría, negar el principio del catolicismo y, en la práctica, hacer de la Iglesia Católica lo que otras religiones cristianas estatales han llegado a ser.

He dicho que no fue hasta fines de 1790 que se

abrió el debate acerca del proyecto de obligar al clero a prestar el juramento.

Es digno de destacar el hecho de que toda esta cuestión de la compulsión se tomara como tema de debate. Uno podría imaginar que tal cosa hubiera resultado, normalmente, de la ley. Pero el acto de la Asamblea había sido tan excepcional y —como ahora empezaban a verlo— tan peligroso, que se necesitó un decreto especial —con la firma del Rey— antes de poder proceder a la consecuencia normal de una medida que era ya ley desde hacía meses.

Aquí dejamos al lector hacer una pausa para reflexionar acerca de qué acontecimientos sucedían en ese momento (fines de 1790).

Los asignados, papel moneda emitido sobre la garantía de las propiedades eclesiásticas confiscadas, ya se habían depreciado en un 10 %. Los que primero los habían aceptado pagaban en toda Francia un penique por libra o, podemos decir, un cuarto de penique por chelín, por lo que debe haberles parecido a la mayoría la obstinación de una sola institución —y esa muy impopular— contra los decretos de la Asamblea Nacional.

Era el momento en que una reacción concreta contra la Revolución estaba tomando forma por primera vez y en que el populacho por primera vez estaba empezando a tener inquietantes sospechas al respecto; era el momento en que la Corte empezaba a diligenciar la fuga; era el momento en que (aunque la plebe no lo sabía) Mirabeau con todo empeño aconsejaba al Rey aprovechar la imposición del juramento de los sacerdotes como oportunidad para la guerra civil.

Toda la atmósfera de ese invierno estuvo cargada de dudas y misterios: en la mente de todos

los que habían seguido con entusiasmo la marcha de la Revolución, los cortos días de aquel riguroso invierno de 1790, contuvieron episodios de desesperación, y había de bastar un lapso muy breve para hacer del juramento clerical no sólo la prueba de la democracia contra la reacción sino también la cuña que dividiría la nación en dos.

Al iniciarse apenas el nuevo año, el 4 de enero, los obispos y sacerdotes de la Asamblea fueron citados para prestar el juramento al Rey, la Nación y la Ley; pero esa ley incluía la Constitución Civil del Clero, y se negaron. Dentro de los tres meses siguientes Mirabeau había muerto, la fuga del Rey había sido resuelta, el furor de París llegaba al rojo vivo, el juramento fue prestado o rechazado en toda Francia y los sacerdotes cismáticos estuvieron instalados en sus parroquias (ya puede uno imaginarse con qué clamores y con cuántas riñas pueblerinas). En esa misma quincena apareció el Breve papal, largo tiempo demorado, conocido como el Breve *"Caritas"*, que denunciaba la Constitución civil del clero. Seis semanas más tarde, a fines de mayo, el representante papal en la Corte francesa fue retirado y con ese acto se declaró la guerra religiosa.

Durante toda esta disputa, que tenía ahora exactamente un año de duración pero cuya fase aguda habían abarcado solamente seis meses, todos los actos de cada una de las partes necesariamente tendieron a hacer el conflicto más violento. No sólo no hubo ninguna oportunidad de conciliación, sino que por la índole misma de las cosas las opiniones más moderadas tuvieron que colocarse de un lado u otro y cada acto público que tocaba de alguna manera la llaga, aunque la tocase indirectamente y sin ningún deseo por parte de los actuantes de despertar las pasiones del momento, apareció inmediatamente como una provocación de cualquiera de las partes.

Era inevitable que así sucediera, con una población que había abandonado las prácticas religiosas, con la adhesión de la organización clerical al antiguo régimen, con el estricto vínculo de disciplina que unía en un todo al sacerdocio de Francia, y sobre todo, con la necesidad que, a esta altura, tenía la Revolución de hallar un enemigo definido y tangible.

Este último punto es de primordial importancia. La opinión pública se hallaba exasperada y enardecida, porque se sabía que el Rey se oponía al movimiento democrático; sin embargo, firmaba los decretos y no podía ser abiertamente atacado. Se sabía que la Reina era una violenta opositora también, pero de hecho no gobernaba. Se sabía que los gobiernos de Europa eran opositores; pero todavía no había aparecido ninguna nota diplomática a la cual la opinión pública pudiera hacer objeto de ataque.

Por lo tanto, la resistencia ofrecida por el clero a la Constitución civil tuvo precisamente el efecto que tiene un núcleo en la cristalización de una solución. Polarizó las energías de la Revolución, proporcionó un rastro concreto, una negativa concreta, un contrapunto concreto, un blanco concreto. Aquí la cuestión era sencilla. Unos hombres que usaban un uniforme especial, que llevaban funciones conocidas y cumplían un papel conocido en la sociedad —a saber, los sacerdotes— eran ahora, en su mayor parte, los enemigos de la nueva Constitución democrática que se hallaba en preparación. No querían prestarle juramento de fidelidad; por doquier conspiraban secretamente contra ella y en los lugares en donde se los había despojado de sus

curatos estaban en franca rebelión. El clero, por ende, o sea el clero no juramentado (y el clero conformista fue un experimento que pronto se volvió ficción), a los ojos de todos los demócratas de la época fue, desde abril de 1791, la forma más simple y tangible de oposición a la democracia.

Dada la forma en que he presentado el problema aún se podría agregar mucho más. El hecho mismo de que el movimiento democrático hubiese advenido después de un período de incredulidad y que fuera no católico en sus orígenes, habría tenido a producir esa disputa. También la habrían producido la necesaria adhesión de los católicos a la autoridad y la fácil confusión entre el principio de autoridad y los reclamos de una monarquía tradicional. Asimismo, los elementos de vanidad, de codicia material y de una falsa finalidad que se hallan en cualquier teoría puramente democrática del Estado, se combinarán siempre para poner a esta teoría en conflicto con la religión. Los siglos durante los cuales el trono y el altar habían permanecido como símbolos gemelos, especialmente en Francia, la terminología misma de la metáfora religiosa que se había plasmado durante los siglos de instituciones monárquicas en Europa, contribuyeron a fundamentar la gran querella. Pero, repito, el acto manifiesto sin el cual la querella jamás podría haber llegado a ser lo terriblemente grande que fue, el error máximo que destruyó la unidad del movimiento revolucionario, fue la Constitución civil del clero.

Eso en cuanto al primer año del cisma, mayo de 1790 a mayo de 1791. El segundo año no es más que una intensificación del proceso aparente en el primero.

Se inicia con la fuga del Rey en junio de 1791: o sea, con el primer acto de franca enemistad hecho contra la autoridad de Parlamento nacional que, dos años antes, se había declarado supremo. Ya la Corte había sido identificada en general con la resistencia del clero y un particular ejemplo de esto había surgido en la opinión de que el viaje que el Rey intentó hacer a St. Cloud en abril había sido dictado por el deseo de tomar la Comunión de manos de un sacerdote no juramentado[1]. Por lo tanto, cuando el Rey huyó, aunque su fuga no tenía absolutamente nada que ver con la disputa clerical, la mente de la gente la asoció con la disputa clerical por su intento de abandonar París en abril y por la larga asociación de la Corte con la resistencia clerical. El estallido del sentimiento antimonárquico que siguió a la fuga fue al mismo tiempo un estallido de sentimiento anticlerical; pero el clero estaba en todas partes y podía ser atacado en cualquier lado. La Declaración de Pilnitz, que la nación muy exactamente interpretó como el comienzo de un avance armado europeo contra la democracia francesa, fue sentida como amenaza no sólo en favor del Rey, sino también en favor de los eclesiásticos rebeldes.

[1] Esta opinión ha sido registrada en tantas historias protestantes y no católicas de la Revolución que vale la pena criticarla una vez más en esta pequeña obra. El Rey estaba perfectamente libre para recibir la comunión privadamente de manos de sacerdotes ortodoxos, la recibió y había recibido la comunión dentro del tiempo canónico. No hubo razones de tipo eclesiástico para el intento de salir de París para St. Cloud el lunes 18 de abril de 1791, salvo la *costumbre* (no el deber religioso) de comulgar en público el mismo Domingo de Pascua; fue un gesto político.

Y así sucesivamente. La inquietante proximidad de la guerra todo ese otoño e invierno de 1791-2, la transformación peculiar en el temperamento francés producida invariablemente por la guerra o su proximidad —una especie de exaltación constructiva y pasión creativa— comenzó a volcar gran parte de su energía o furor contra las personas mismas de los sacerdotes ortodoxos.

El nuevo Parlamento, el "Legislativo" como se lo llamó, había estado sesionando dos meses cuando aprobó, el 29 de noviembre de 1791, el decreto de que los sacerdotes no juramentados debían ser privados de su estipendio. Y aquí otra vez hay que señalar la curiosa falta de ajuste entre hecho y derecho en toda esta disputa religiosa. Porque durante más de un año se había estado pagando dineros públicos a hombres que, por la ley, no debieran haber recibido ningún salario en todo el año. Sin embargo, como en el caso del juramento, se necesitó una acción especial, y además, el Parlamento agregó a esta tardía y lógica consecuencia de la ley una declaración de que aquellos que no hubiesen prestado el juramento dentro de los ocho días de promulgado ese decreto, serían considerados "sospechosos".

La palabra "sospechosos" es significativa. Aun entonces el Parlamento no podía actuar, por lo menos no podía actuar sin el Rey; y esta palabra "sospechosos", que no comprendía consecuencias materiales, podría encubrir la amenaza de cosas peores que el castigo normal y legal. Era como la marca que algún poder no autorizado o legal pone sobre las puertas de aquellos a quienes dicho poder ha señalado para exterminar en alguna ciudad.

Tres semanas más tarde Luis vetó el decreto

que rehusaba el estipendio a los no juramentados, y el año 1791 terminó con todo el asunto en suspenso, pero con una exasperación que creció hasta la locura.

Los primeros tres meses de 1792 no trajeron cambios. El clero no juramentado, en su situación ilegal era aun tolerado por el Ejecutivo y, lo que es más extraordinario, aún recibía dineros públicos y se hallaba en su mayor parte, todavía en posesión de sus curatos; el concepto de que el clero era el primordial o, en cuaquier caso, el más evidente enemigo del nuevo régimen, ahora cuajado en firme opinión que una parte expresaba ya como tentativa de persecución religiosa, y otra parte como rebelión obstinada y antinacional de sacerdotes facciosos, se acercaba con rapidez a la verdadera persecución y a la verdadera rebelión.

Con abril de 1792 vino la guerra y todas las pasiones que trae la guerra.

La conocida hostilidad del Rey para con la Revolución había llegado a ser ahora algo mucho peor: su conocida simpatía para con un enemigo armado. Llevar al Rey a la lucha abierta fue de ahí en adelante la táctica principal del grupo revolucionario.

Ahora bien, para aquellos cuyo objetivo era forzar a Luis XVI a una franca declaración de hostilidades contra la nación, su religión era el instrumento obvio. Ningún punto podía conducir a más abierta lucha con el Rey que esta cuestión de la Iglesia, en la cual, ya en diciembre de 1791, había ejercido su veto.

El 27 de mayo de 1792, por consiguiente, Guadet y Vergniaud, los girondinos, hicieron moción de que el sacerdote que hubiese rehusado prestar el

juramento debería ser pasible de deportación por el mero pedido de veinte contribuyentes cualesquiera presentada en la asamblea de parroquias llamada "cantón". Habían transcurrido casi exactamente dos años desde que la Constitución civil del clero había sido expuesta por primera vez por el Comité Eclesiástico de los Constituyentes o Asamblea Nacional.

No hay que olvidar bajo qué condiciones externas fue aprobado este violento acto, el primero de verdadera persecución. Ya había pasado un mes desde que, el 20 de abril, se iniciara la guerra en la frontera belga con un vergonzoso pánico y el asesinato del general Dillon; casi al mismo tiempo que este colapso sobrevino el correspondiente pánico y huída de las tropas francesas en su avance hacia Mons. Toda Europa hablaba de la fácil marcha sobre París que ahora podía efectuarse; y en general el decreto contra los sacerdotes no fue más que una parte de la política exasperada que surgía para encarar el terror de la invasión.

Fue seguido, naturalmente, por otro decreto que disolvía la Guardia Real y, algo más de una semana después, por el pedido de formación de un campamento de voluntarios bajo las murallas de París. Pero esto no nos concierne aquí. El Rey vetó el decreto contra los sacerdotes no juramentados, y en los dos turbulentos meses que siguieron, el clero ortodoxo, para la mente del populacho, especialmente el de París, estuvo identificado con la causa del restablecimiento del antiguo régimen y el triunfo de los ejércitos invasores extranjeros.

Con el ruidoso fracaso del 10 de agosto comenzó la persecución: la verdadera persecución, que fue para la amargura creciente de los dos años anteriores lo que un golpe es para las palabras iniciales de una disputa.

El decreto del 27 de mayo fue puesto en vigencia dentro de los once días posteriores a la toma de las Tullerías. Por cierto, no entró en vigor con la dureza que el Parlamento había reclamado: se concedió a los sacerdotes no juramentados un plazo de quince días para abandonar el reino y si dejaban pasar este plazo, habían de ser deportados.

Desde esa fecha hasta el fin del Terror, veintitrés meses más tarde, la historia de las relaciones entre la Revolución y la Iglesia, si bien turbulenta y terrible es sencilla: es una historia de simple persecución que culminó en extremos de crueldad y en el supuesto exterminio del cristianismo en Francia.

Por todas partes el clero ortodoxo para este entonces era mirado como el típico enemigo del movimiento revolucionario; el clero mismo, para este entonces, miraba al movimiento revolucionario como un intento de destruir la Iglesia Católica.

Dentro de los siete meses de derribada la monarquía, desde el 18 de marzo de 1793, los sacerdotes, tanto los no juramentados como los cismáticos, podían ser objeto de deportación por la denuncia de seis cuidadanos cualesquiera.

Inmediatamente siguió un ataque general a la religión. La tentativa de clausura de las iglesias fue, naturalmente, fallida, pero se creía firmemente que la adhesión que aún quedaba para con la Iglesia Católica era sólo producto de la ignorancia de los distritos de provincia en donde esto se palpaba, o del egoísmo de los que la estimulaban. El intento de mera "descristianización", como se lo llamó, fracasó, pero los meses de terror y crueldad, el gran

número de martirios (pues no fueron otra cosa) y los increíbles sufrimientos e indignidades de que fueron objeto los sacerdotes que intentaron permanecer en el país, abrasaron, por así decir, la fibra misma de la organización católica en Francia y, pese a todas las teorías políticas divergentes, y pese a las simpatías nacionales del clero quedaron como el único gran recuerdo vívido heredado de esa época.

A la inversa, la imagen del sacerdote, con su hábito y su carácter, como opositor fatal y necesario a la teoría revolucionaria, cristalizó de tal modo en la mente de los republicanos que dos generaciones nada pudieron hacer para borrarla, y aun en nuestros tiempos los hombres más viejos, no obstante la verdad histórica, no pueden librarse de imaginar una conexión entre la Iglesia Católica y una conspiración internacional contra la democracia. Ni tampoco a este sentimiento irracional pero muy real le falta el apoyo de las declaraciones de aquellos que, al oponerse a la teoría política de la Revolución Francesa, invocan consecuentemente a la Iglesia Católica como su necesaria y sagrada antagonista.

El intento de "descristianizar" a Francia fracasó, como he dicho, por completo. Se restableció el culto público y se creyó que el Concordato de Napoleón había conciliado las relaciones entre la Iglesia y el Estado de manera permanente. Hemos vivido para verlo anulado; pero ni esta generación, ni quizá la que la suceda, verá el resultado de la lucha entre dos cuerpos de pensamientos que no están divididos por ningún proceso de reflexión, sino profundamente divorciados por obra de intensos y trágicos recuerdos históricos.

D'Amico, Carlos, *Buenos Aires, sus hombres, su política.*
Doll, Ramón, y Cano, Guillermo, *Las mentiras de Sarmiento.* Por qué fue unitario.
Durán, Leopoldo, *Contribución a un diccionario de seudónimos en la Argentina.*

Ezcurra Medrano, Alberto, *Las otras Tablas de Sangre.*

Fay, Bernard, *La Francmasonería y la revolución intelectual del siglo XVIII.*
Font Ezcurra, Ricardo, *La Unidad Nacional.*
Furlong, Guillermo, S.J., *Los jesuítas y la cultura rioplatense.* Nueva edición corregida y aumentada.
— Matemáticos argentinos durante la dominación hispánica.
— Médicos argentinos durante la dominación hispánica.
— Músicos argentinos durante la dominación hispánica.
— Artesanos argentinos durante la dominación hispánica.
— *Entre los lules de Tucumán.*

Gálvez, Jaime, *Rosas y el proceso constitucional.*
— *Rosas y la navegación de nuestros ríos.* Segunda edición.
Gálvez, Manuel, *La Argentina en nuestros libros.*
— *Vida de don Gabriel García Moreno.*
García de Loydi, Ludovico, S.J., *El virrey Sobre Monte.*
Gaxotte, Pierre, *El siglo de Luis XV.*
Genta, Jordán B., *Libre examen y comunismo.*
Gómez Ferreyra, Avelino I., S.J., *Pedro "El Americano" y una misión diplomática argentina.* (2ª edición aumentada y corregida).
Grisar, H., S.J., *Martín Lutero.* Su vida y su obra.
Guenon, René, *El teosofismo.* Historia de una seudo religión.

Harmuth, Gerhard, y Schwalber, Georg, *El "Graf Spee" en el mar.* (De Kiel a Punta del Este).
Havard de la Montagne, Robert, *Historia de la democracia cristiana.*
Hutchinson, Thomas J., *Buenos Aires y otras provincias argentinas.*

Ibarguren, Carlos, *En la penumbra de la historia argentina.*
Ibarguren, Federico, *Mayo en ascuas.*
Irazusta, Julio, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia.* Cuatro tomos.
— Tomo V: *La agresión anglo-francesa.* 1845-1848.
— *Perón y la crisis argentina.*
— *Tomás M. de Anchorena.*
— *Ensayos históricos.*
— *Urquiza y el pronunciamiento.*
— *Las dificultades de la historia científica y el "Rosas" del Dr. Celesia.*
Ivern, Andrés, *Rosas y la medicina.*

Laferrere, Roberto de, *El nacionalismo de Rosas.*
Leumann. Carlos Alberto, *La literatura gauchesca y la poesía gauchesca.*
López, Vicente Fidel, *Manual de historia argentina.*
Lugones, Leopoldo, *La Grande Argentina.*

Magariños de Mello, Mateo J., *La misión de Florencio Varela a Londres.* (1843-1844).
Manoilesco, Mihaial, *El partido único.*
Marcó del Pont, Augusto, *Roca y su tiempo.* (Cincuenta años de historia argentina).
Marfany, Roberto H., *Vísperas de Mayo.*
Maulnier, Tierry. *El pensamiento marxista.*
Maurras, Charles, *Mis ideas políticas.*
Molinari, Diego Luis, *Prolegómenos de Caseros.*
Montarce Lastra, Antonio, *Redención de la soberanía.* Las Malvinas y el diario de doña María Sáez de Vernet.
Mujica Láinez, Manuel, *Miguel Cané, padre.* Un romántico porteño.
Muñoz Azpiri, José Luis, *Rosas frente al imperio inglés.* Historia íntima de un triunfo argentino.

Palacio, Ernesto, *Historia de la Argentina.* 1515-1957. Dos tomos.
Passage, Henri du, S.J., *Moral y capitalismo.*
Peña, David, *Juan Facundo Quiroga.*
Pereyra, Carlos, *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay.*
Pérez, Joaquín, *San Martín y José Miguel Carrera.*
— *Historia de los primeros gobernadores de la provincia de Buenos Aires.* El año XX desde el punto de vista políticosocial.
Presas, José, *Memorias secretas de la Princesa Carlota.*
Puentes, Gabriel, *El gobierno de Balcarce.*
Pueyrredón, Carlos A., *La diplomacia argentina con los países americanos.* 1815-1819.

Quesada, Ernesto, *La época de Rosas.*

Rapela, Enrique, *Cosas de nuestra tierra gaucha.*
Remond, René, *La derecha en Francia.*

Rodríguez Larreta, Carlos, *Después de Caseros.*
Rosa, José María, *La caída de Rosas.*
— *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica.* 3ª edición aumentada y corregida.
— *Nos los representantes.* 2ª edición aumentada y corregida.
— *Del municipio indiano a la provincia argentina.* (1580-1832). Formación social y política de las provincias argentinas.

Saldías, Adolfo, *Historia de la Confederación Argentina.* Rozas y su época. Edición ilustrada. Tres tomos.
Sarmiento, Domingo F., *Condición del extranjero en América.*
Sierra, Vicente D., *Historia de la Argentina.* Tomo I Introducción, conquista y población. (1492-1600).
— Tomo II. Consolidación de la labor pobladora. (1600-1700).
— Tomo III. Fin del régimen de gobernadores y creación del virreinato del Río de la Plata. (1700-1800).
— Tomo IV. Fin del régimen virreinal e instalación de la Junta de Mayo en 1810. (1800-1810).
Sorel, Jorge, *Reflexiones sobre la violencia.*

Tonelli, Juan B., *Manuel Dorrego.*
Torre Revello, José, *La orfebrería colonial en Hispanoamérica y particularmente en Buenos Aires.*
Trenti Rocamora, J. Luis, *El teatro en la América colonial.*
— *Grandes mujeres de América.*

Vargas Ugarte, Rubén, S.J., *El Episcopado en los tiempos de la emancipación sudamericana.*
Vásquez, Aníbal S., *José Hernández en los entreveros jordanistas.*
— *López Jordán.*
— *Causas económicas del pronunciamiento de Urquiza contra Rosas.*
Vedia y Mitre, Mariano de, *El manuscrito de Mitre sobre Artigas.*

Wast, Hugo, *Año X.* 3ª edición.
Wilkes, Josué T., Guerrero Cárpena, I., *Formas musicales rioplatenses.* (Cifras, estilos y milongas).

Zorraquín Becú, Ricardo, *El federalismo argentino.*
Zuretti, Juan Carlos, *Historia eclesiástica argentina.*

Este libro se terminó de imprimir el día 30 de julio del año 1962, en los talleres PELLEGRINI, *Impresores,* de la calle San Blas 4027, Buenos Aires.